



**Angélica Dossetti** nació en Santiago de Chile en 1973. Estudió Trabajo Social, pero su verdadera vocación son las letras. Desde su niñez ha sido una ávida lectora y ya en su juventud sintió la necesidad de escribir el sinfín de historias que bullían en su interior.

Sus cuatro novelas anteriores –*¡Hay que salvar a Sole!*, *Todo por una amiga*, *Un viaje inesperado* y *Un secreto en mi colegio*– la han consolidado entre los jóvenes como su novelista preferida, tanto por lo novedoso de sus argumentos, como por la inclusión de los temas y tecnologías que hoy les atraen, aparte de los valores que encierran, sin didactismo alguno.

En la presente novela, Ema –la protagonista de sus novelas anteriores– está por cumplir quince años y se ha enamorado perdidamente de un compañero de curso. Pero éste no gusta a sus amigas y, a su vez, a la madre del joven no le agrada Ema. Tanto, que la señora, en complicidad con dos compañeras de Ema, hace que la espíen cuando se junta con su pololo. Todo ello desencadena un conflicto que lleva a Ema a comparecer ante el Consejo Estudiantil para su posible expulsión del colegio.

CÓDIGO 350000

ISBN 978-956-12-2317-2



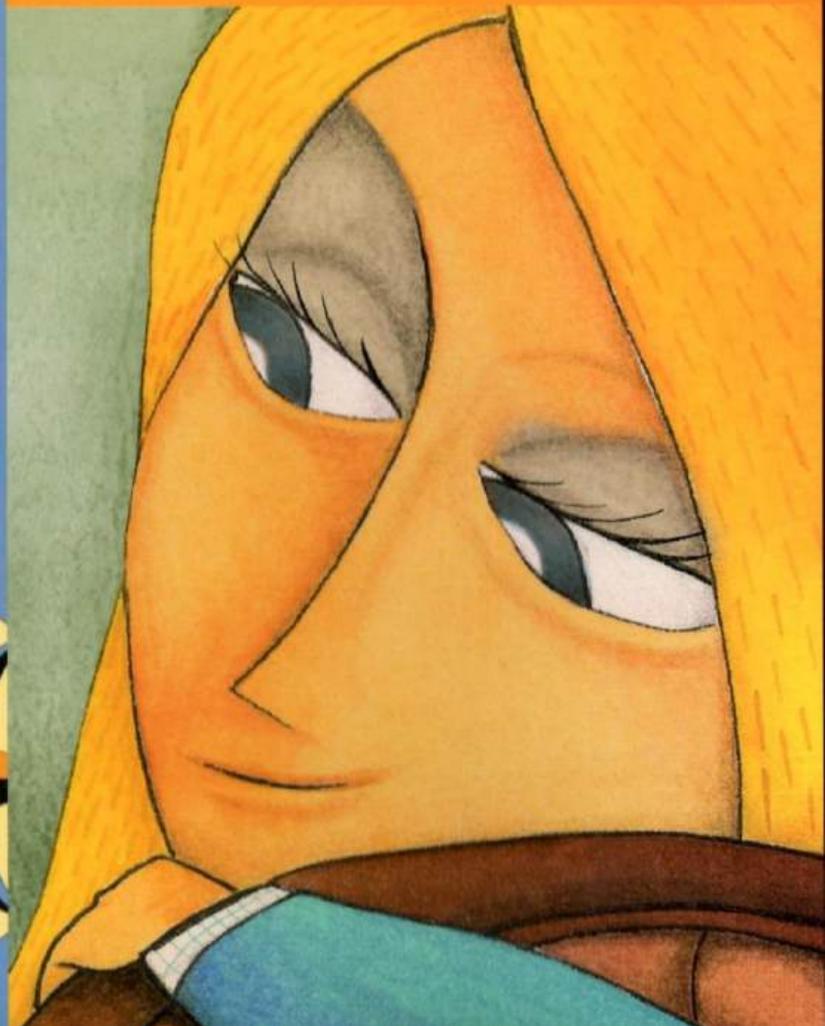
9 789561 223172



ZIG-ZAG NOVELA

# La decisión de Ema

ANGÉLICA DOSSETTI



# LA DECISIÓN DE EMA

---

ANGÉLICA DOSSETTI

*ILUSTRACIONES DE*  
CARLOS DENIS



Desde que tengo memoria espero con ansias mi cumpleaños para así poder sumar un número más a mi existencia y llegar a gobernar mi propia vida. Jamás imaginé que ese camino llamado adolescencia, encargado de llevarme a la adultez, pudiera ser tan sinuoso, repleto de decepciones que me derrumban y de las que creo nunca podré levantarme. Afortunadamente, aunque la noche con sus pesadillas parezca eterna, siempre amanece comenzando un nuevo día, que si me esfuerzo, pueden hacer de este andar inevitable, la etapa más hermosa de mi vida.

*Ema S.*

**Martes 6 de junio.**

Hoy, después del colegio, llegué a casa sin ganas de nada. Abrí la puerta con un poco de temor de encontrarme con mamá, pues en ocasiones sale temprano del trabajo y me espera con esa sonrisa permanente para preguntarme “¿Cómo te fue?”. Pero esta vez no tenía ánimos para contestar esa pregunta; di un vistazo rápido al departamento, para cerciorarme de que estaba sola, y luego me dirigí a mi dormitorio, único lugar en todo el mundo donde me siento a salvo. Tenía tanta rabia, quizá mezclada con un poco de pena, que lancé con furia mi mochila sobre el sillón verde pistacho que yo misma había acomodado junto a la ventana. En días mejores, disfrutaba sentarme en ese rincón para ver pasar a las personas caminando por la vereda, cuatro pisos más abajo, tratando de imaginar hacia dónde irían o en qué pensaban; pero hoy no estaba para adivinanzas.

Hoy no es un buen día aunque, en realidad, hace semanas que no consigo estar tranquila, sin poder disfrutar de las tardes con mis amigos del colegio, las cenas familiares en casa, los chateos con papá, que trabaja en el extranjero y

que hace más de un año se separó de mamá. No, no es un buen día, ni una buena semana; en realidad, este es un año maldito y todavía falta mucho tiempo para que termine.

Estoy sentada sobre mi cama deshecha, que por un momento pensé en ordenar, pero me arrepentí. En cambio, preferí sacar del bolsillo un papel, que desdoblé para leerlo por quinta vez: "Citación al Consejo Estudiantil". En cada ocasión que lo veo no puedo evitar sentir que la cara me arda y un cosquilleo en todo el cuerpo. —Son los nervios —diría mi abuela Normi, pero esta explicación no me sirve para encontrar el mejor modo de decirle a mamá que tiene que ir conmigo mañana al colegio para enfrentar a esa tropa de viejos, que me va a mirar como si yo fuera un bicho raro y que, estoy segura, lo único que desean es poder firmar la carta de mi expulsión. Di un vistazo al reloj de la mesa de noche: faltan diez minutos para las cinco. Debo pensar con rapidez.

Dejé de escribir, porque escuché ruidos en la puerta de entrada, antes del horario habitual. Mamá acostumbra a llegar con mi hermano Nico a las cinco en punto; sin embargo hoy, que es un día terrible, llegó antes, sin que hasta el momento hubiera podido concluir cuál podría ser el mejor modo de entregarle la citación.

Como siempre, mamá dio tres golpes a la puerta de mi dormitorio y de inmediato asomó su cara sonriente, con la pregunta acostumbrada:

—¡Hola, Ema! ¿Cómo te fue?

¿Cómo te fue?, maldita pregunta, que llega lo mismo que un latigazo para recordarme que me había ido MAL, muy mal. Lamentablemente, no le puedo responder eso, ni le puedo gritar que me deje tranquila, que no moleste, que no entre, que se olvide que existo, pues quiero estar sola y sumergirme en esta sensación mitad pena, mitad rabia. No le puedo decir que ya no soy esa niña buena, la que vive metida en líos por defender sus ideales, la que lucha contra viento y marea por lo que cree correcto, que ahora me convertí en "esa" de la que se murmuran cosas malas, que tienen algo de realidad, pero mucho de fantasía. No le puedo decir que mi corazón tiene vida propia y que se siente hecho trizas, que me duele como si tuviera una fractura que necesita con urgencia ser enyesada y que no se puede hacerlo. Entonces, no me queda más que resistir una agonía que comienza como un espasmo que viaja hasta mi estómago, que aprieta tanto que no me deja respirar, ni comer, ni pensar en algo distinto que no sea Rodri... ¡RODRI!, él, como Romeo y yo su Julieta, un amor imposible que no puede ser vivido porque su madre se opone..

—¡Hola, mamá! —es lo único que puedo responder. No la miro, y para que no advierta mis ojos llorosos, los cubro con un libro.

—¿Estas muy ocupada?

—Un poco, tengo una prueba.

Esas son las palabras mágicas, porque ella no molesta cuando cree que estoy estudiando. Sé que es incorrecto,

pero la mayoría del tiempo que quiero estar sola, finjo estar ocupada preparando algún trabajo o repasando para una prueba.

Mamá caminó hasta mi cama, me dio un beso en la frente y se fue. No me sentí mal por mentir y, apenas dejó la habitación, seguí cavilando en cómo entregarle la citación.

### ***Miércoles 7 de junio (Primer recreo).***

Ayer estuve unas veinte veces a punto de entregarle el papelito a mamá, pero me arrepentí en cada una de ellas. No, no es que no le tenga confianza, sino que me quería ahorrar las preguntas y la cara de espanto que pondría cuando escuchara de mi propia boca todo lo que, de seguro, me obligaría a contarle. Tampoco es que le tenga miedo a los castigos; habiendo tenido tantos, tener uno más, de verdad, me da lo mismo. ¿Vergüenza?, un poco, o quizás mucha. El asunto es que son las diez y cuarto, y mientras mis amigos Milo y Sofí andan comprando en el quiosco, estoy escribiendo en la biblioteca, como si fuera una delincuente intentando escabullirse de la policía; así es cómo me siento. Los minutos siguen corriendo y a las doce tendré que estar presente con mi apoderado en la sala del Consejo. Ya no me queda otra alternativa que enviarle un mensaje de texto por el celular.

### ***En la tarde.***

Recuerdo que cuando era chica y me portaba mal, mamá tenía la costumbre de mandarme a mi dormitorio a pensar en lo que había hecho. Para mí, eso era peor que un castigo físico y detestaba esa imposición, pero no me quedaba otra alternativa que cumplir sus órdenes. Ahora, que me considero grande, la misma costumbre debe padecerla mi hermano Nico. Hoy, que todo parece salir mal, mamá me ha enviado a pensar antes de que tengamos una larga conversación, en la que tendré que explicar muchas cosas, y creo que escribir es la mejor forma de analizar lo que me ha pasado.

Al no comparecer con mi apoderado ante el Consejo estudiantil, tendría que darme automáticamente por suspendida, por lo que decidí enviar un mensaje de texto a mamá que decía: “Se me olvidó decirte que tienes que venir al colegio hoy a las 12, te espero en la recepción”, sin dar ninguna explicación, y luego apagué el teléfono para no recibir sus llamadas inquisidoras.

La hora y media que me separaba del terrible encuentro fue una seguidilla de dolores: de guata, de cabeza, a las piernas, de todo. Cinco minutos antes de la hora fatal, me paré del pupitre, me acerqué a la profe de inglés y le mostré la nota con la citación al Consejo. No dijo ni una sola palabra, aunque me miró con pena, supongo que pensando en la desgracia que me esperaba en esa reunión. La profe me hizo una seña de autorización con la cabeza

y salí sintiendo las miradas de mis compañeros, que me quemaban como si me lanzaran agua caliente en la espalda.

Al llegar a la recepción, vi que mamá esperaba en uno de los sillones, con la cara seria y balanceando insistentemente la pierna derecha, que mantenía apoyada sobre la izquierda.

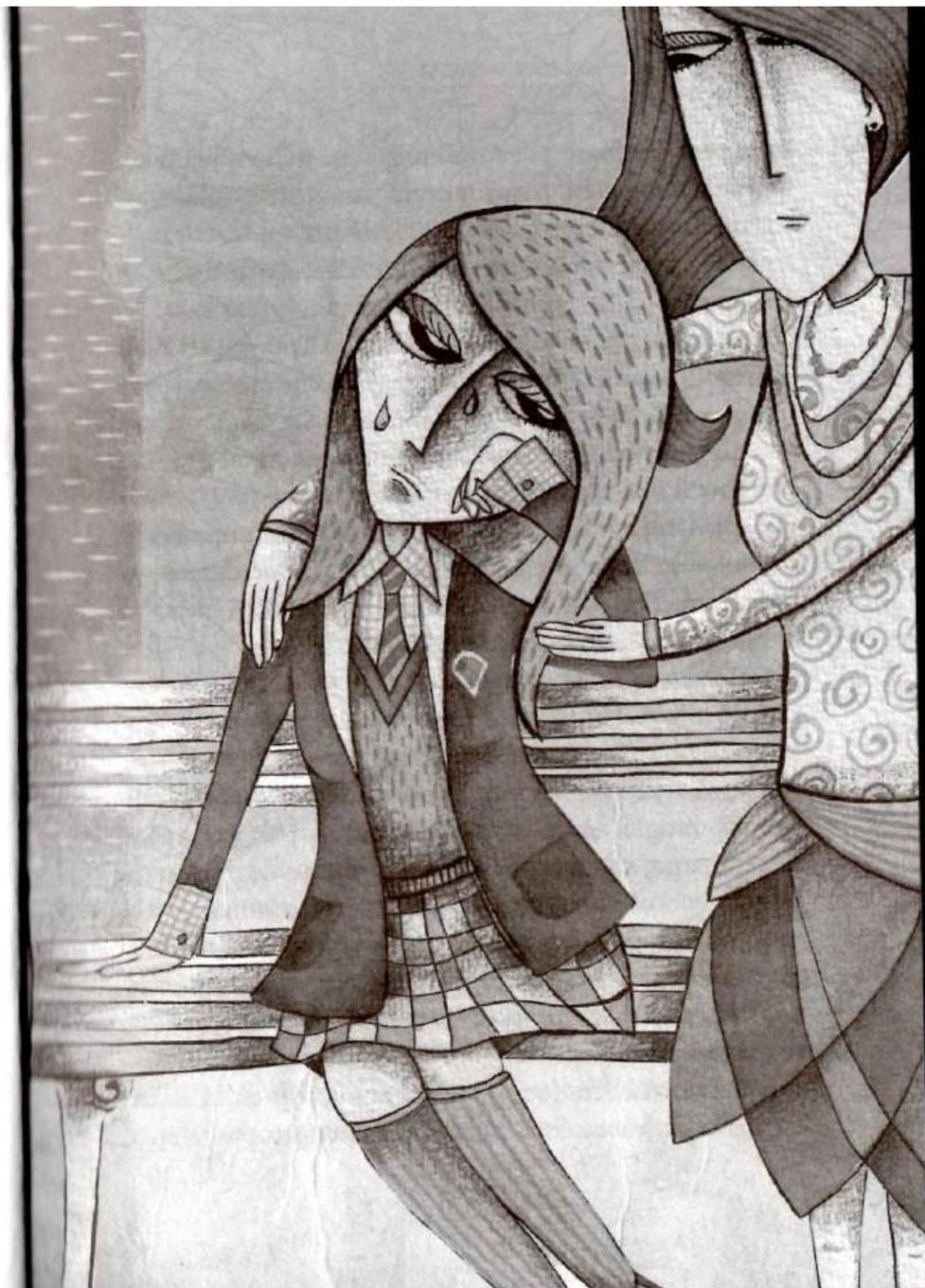
—¿Qué pasó, Ema? —Ni siquiera me saludó con un beso, como era su costumbre, y en sus ojos pude ver un enojo reprimido.

—Es que tengo un problema —le respondí en voz muy baja, sintiéndome insignificante, casi como un insecto intentando ser escuchado.

—¡Habla! —me ordenó, pero no le pude decir nada, pues no me salieron las palabras. En cambio, me puse a llorar como una idiota, lo que hizo que mamá se compadeciera de mí y me abrazara.

¿Cómo se hace para crecer sin tener que sufrir? ¿Cómo se hace para amar a alguien cuando se tienen casi quince años, y todos piensan que eres una niña chica? ¿Cómo se hace para pololear con alguien, sin que se meta todo el mundo? Sé que la embarré, ¿o no? En realidad no sé nada, y mi única certeza era que no quería estar allí.

Minutos después se abrió la puerta de entrada de la recepción, por la que ingresaron Rodri y su mamá. Apenas lo vi, se me paralizó el corazón, y quise correr a abrazarlo, decirle que todo estaría bien y que yo lo amaría por el resto de mi vida, aunque todo el planeta se opusiera, aunque me expulsaran, aunque lo encerraran en su casa. Lo que



sentía era tan fuerte, que no imaginaba mi existencia sin escuchar su voz, ni ver su sonrisa, sin sentir la calidez de sus brazos y la humedad de sus labios.

Traté, pero no pude lograr que nuestras miradas se encontraran. Rodrigo se metió las manos en los bolsillos del pantalón gris del uniforme y se dio vuelta para decirle algo a su madre. “¡Cobarde!”, grité en mi mente, “¿por qué no me miras?, ¿por qué no me hablas?” ¿Qué cosa tan grave le pude haber hecho para que me ignorara? Casi me pongo a llorar nuevamente, pero me tragué las lágrimas que quedaron ahogadas en mi garganta, transformadas en un dolor agónico que era menos terrible que demostrar todo lo que me estaba haciendo sufrir su indiferencia. Ya habrá tiempo para que me explique su actitud.

Su madre tampoco me miró, como si me hubiera transformado en un ente transparente, aunque no me importó porque solo me interesaba la conducta de Rodri. Antes, cuando todavía era la niña buena que gozaba de cierto prestigio, se desvivía en atenciones para conmigo. Sin embargo, ahora actuaba como tratando de proteger a su hijo, como si fuera una víctima y yo la criminal que le quería hacer daño. La señora caminó altiva hasta el mesón de la recepción, saludando de besos a las secretarias e intercambiando sonrisas cínicas con ellas. Después de acomodarse los lentes de sol como cintillo sobre su melena cobriza, verificó que su chaqueta marrón estilo sastre estuviera perfectamente estirada y que en sus pantalones

del mismo color no se asomara ni siquiera una pelusa que pudiera restarle la elegancia que parecía querer exhibir.

Mamá se levantó del sillón y se acercó animosamente a saludarla. Recuerdo que, hace apenas un par de semanas atrás, se juntaban de cuando en cuando a tomar café, hablar del colegio y reírse de cosas carentes de importancia. Sin embargo, en esta oportunidad, el saludo de la mujer fue distante e inexpresivo y, como resultado, mamá regresó a sentarse a mi lado, aún más desconcertada que antes.

Cuando faltaba apenas un minuto para la citación fatal, la gran puerta de entrada a la recepción se abrió nuevamente e ingresó Colomba con su caminar imponente. Me lanzó una mirada desdeñosa, para luego acercarse a saludar a Rodrigo y a su madre con un gran beso. La seguía su padre, a quien veía por primera vez, un hombre de unos cuarenta y cinco años, moreno, de mediana estatura, que vestía pantalones y camisa negras y una chaqueta de cuero beige. Llevaba un celular Blackberry pegado a la oreja y no paraba de hablar y gesticular. Saludó con un ademán de cabeza a todos los presentes, para luego pararse frente a la ventana y continuar con su plática.

A las doce en punto el señor Pablo Bustos, inspector general, bajó por las escaleras que conducen a las oficinas de la administración, y se acercó para saludarnos amablemente. Me paré presurosa, intentando acomodarme los pliegues de mi falda azul con cuadrillé rojo del uniforme, a medida que el inspector nos conducía por el oscuro pasillo detrás

de la recepción hasta una gran puerta gris, que abrió con un gesto ceremonioso. El silencio previo a la desgracia lo rompió el sonido de unas carreras aproximándose al grupo que ingresaba lentamente al salón. Al girar la cabeza, pude divisar a Teresita, que era la única involucrada en el conflicto que aun no se había hecho presente. Incluso, llegué a pensar que no asistiría, pues acostumbra a faltar a los compromisos importantes, excusándose después con un certificado médico. La chica, agitada por la carrera, se paró detrás de Colomba y le tironeó el chaleco al tiempo que le murmuraba algo al oído. Unos pasos más atrás venía su madre, una mujer alta teñida de rubio, con el rostro compungido.

Antes de entrar al salón observé que mamá parecía perturbada. Puede que, como yo, se sintiera estar en medio del ejército enemigo con apenas un soldado, sin siquiera tener conocimiento de la lucha en que estaba metida. Tampoco sabía si podía contar con el soporte de Rodrigo, que en todo este tiempo me ha jurado amor eterno y apoyo incondicional, pero que después de su actitud en la recepción me hace dudar que vaya a cumplir su palabra. Estoy segura que los otros cinco citados al Consejo harán lo imposible por defender su postura y, de paso, arruinar mi vida

En el interior del salón se encontraban, sentados ante una larga mesa de madera, el rector, la jefa de la Unidad Técnica Pedagógica, mi profesora jefe, el presidente del Centro de Alumnos y una representante del Centro de

Padres. Ésta última le hizo una seña de saludo a la mamá de Rodri, actual presidenta de ese organismo, quien en esta oportunidad no podía estar sentada en la mesa de los jueces porque era parte interesada en el conflicto. En ese momento presentí que la sentencia sería mi expulsión.

El señor Bustos nos señaló con la mano unos asientos frente a la mesa donde debíamos ubicarnos. Mamá y yo nos sentamos junto a las ventanas que daban al jardín, mientras el resto de los citados al Consejo lo hizo en los primeros banquetillos, al lado de la puerta, en el otro extremo del salón. El inspector general se sentó en la silla desocupada que lo esperaba en la mesa grande.

El silencio era insoportable. Mamá tomó una de mis manos, como si esperara una gran desilusión, en vez de temor por algo terrible que yo pudiera haber hecho.

—¿Qué pasó, Ema? —me susurró. Yo no le quería contestar, porque todavía no lograba encontrar el mejor modo de contarle el enredo en que estoy metida.

Sin decir palabra, solo encogí los hombros. En ese momento, sin proponérmelo, mi mirada quedó enfocada en la imagen de Rodrigo sentado al lado de su mamá, al otro extremo del salón. La mujer le hablaba al oído y él asentía con la cabeza.

El inspector general se dirigió a los asistentes, con voz seria:

—Señoras y señores del Consejo, apoderados, alumnos. Los hemos citado a esta reunión para resolver un problema

que partió como un conflicto entre alumnos, pero que ha pasado a afectar a toda nuestra comunidad educacional. La de hoy será la primera de las audiencias, a la que asisten los involucrados directos, y en días próximos nos reuniremos con el resto de los participantes del conflicto y sus padres.

Mamá apretaba mi mano con fuerza. Di una ojeada hacia atrás y pude ver la luz roja de la cámara de video que indicaba que nos estaba grabando.

—Ayer, aproximadamente a las once treinta de la mañana —continuó el inspector general— me informaron de una pelea que se estaba llevando a cabo en la sala del Primero Medio A. Tres niñas de ese curso, Ema Schulz, Teresita Pacheco y Colomba González, se estaban dando de golpes, arañazos y tirones de pelo. Me presenté en el lugar de los hechos y, luego de esperar un momento a que las niñas se calmaran, las conduje a mi oficina para aclarar el motivo del conflicto. Ema Schulz me informó que la pelea se había suscitado debido a que las otras dos niñas la estaban grabando con un teléfono celular, sin su permiso, mientras se encontraba abrazada a su pololo Rodrigo Ceballos. Al preguntarles a las señoritas González y Pacheco por el motivo de la grabación, me informaron que lo hacían por diversión y sin tener la más mínima intención de molestar a sus compañeros. Al hacerle la misma pregunta a la señorita Schulz, afirmó que las grabaciones realizadas por sus compañeras eran por expresa petición de la madre del señor Ceballos, quien se oponía

a que su hijo tuviera cualquier tipo de contacto con ella. Es más, señaló que desde hace un mes, las señoritas antes mencionadas, la habían estado espiando, para informar a la señora Claudia Salazar cada vez que ellos hablaban o se juntaban en los recreos.

Mi mamá me miró con la cara descompuesta.

—Señora Claudia Salazar, ¿qué nos puede informar al respecto?

La mamá de Rodri se acomodó en el asiento, acarició su pelo teñido color cobrizo, y respondió con voz suave:

—Efectivamente, mi hijo Rodrigo no tiene nuestro permiso para juntarse con Ema.

—Perdón —la interrumpió mi madre, que ya no podía contenerse—, ¿de qué me perdí? Si ambas sabíamos que los niños estaban pololeando, ¿cómo es eso que no se puede juntar con Ema?

—Señora Isabel, ya llegará su turno de hablar —el inspector la hizo callar—. Señora Salazar, ¿podría ser más clara? ¿Es efectivo que usted prohíbe a su hijo hablar siquiera con una compañera de curso?

—Usted me disculpará, señor inspector, pero son problemas familiares muy delicados, que no estoy interesada en tratar delante de extraños.

—Señora Isabel, ¿me puede explicar qué ocurre? —el inspector miró fijamente a mamá.

—Me encantaría, señor Bustos, pero no puedo. En este momento me vengo enterando de la existencia de

problemas en el colegio y, por ello, me gustaría pedirle que suspendiéramos esta reunión hasta que pueda hablar tranquilamente con mi hija Ema.

Los miembros del Consejo, sentados en la mesa del frente, cuchichearon entre ellos por unos minutos, volviendo el inspector a tomar la palabra:

—Señores, les reiteramos que no estamos dispuestos a tolerar este tipo de conflictos en el colegio. Ema, señora Isabel, ustedes mejor que cualquier otro miembro de nuestra comunidad, conocen los problemas de matonaje que sufrimos el año pasado, y estamos empeñados en que eso no vuelva a suceder. Nuestro establecimiento se destaca por impartir disciplina, moral y buenas costumbres, valores completamente opuestos a los actos deleznablez ocurridos el día de ayer. Mañana nos reuniremos a esta misma hora, esperando que usted, señora Claudia, medite sobre su decisión de no referirse a los problemas personales que hoy ya afectan a toda la comunidad y nos informe lo ocurrido. En tanto que usted, señora Isabel, la instamos a que tenga una conversación a fondo con su hija. Del mismo modo, les ruego a los apoderados de las señoritas González y Pacheco que conversen con sus pupilas sobre los hechos acaecidos, para que podamos tener un Consejo con toda la información necesaria y llegar a la resolución más justa en este caso. Muchas gracias.

Lentamente se fue desocupando la sala. A diferencia de los otros asistentes, Rodri con su madre salieron sin

siquiera mirarnos. Mientras desmontaban la cámara que había estado grabando la sesión, mamá y yo permanecemos en silencio dentro de esas cuatro paredes que habían visto expulsar a otros desdichados que les había tocado enfrentar al temible Consejo.

Me paré del asiento, pensando en volver a clases, pero me lo impidieron.

—Tú te vas conmigo; anda a buscar tu mochila.

—¿Por qué?

—Tenemos mucho de qué hablar.

—Pero, mamá, hablemos en la noche.

—No, señorita, vamos a hablar ahora.

Caminé por los pasillos con la lentitud de quien quiere aprovechar los últimos minutos de libertad antes de cumplir una condena perpetua. Era la hora del almuerzo y el colegio estaba alborotado, con los chicos corriendo de un lugar a otro cargando sus termos, mientras otros tantos hacían fila ante el quiosco y dentro del casino. Al llegar a mi sala, me encontré con Milo y Sofí, quienes me miraron con caras de interrogación.

—No digas nada ahora, cuéntanos durante el almuerzo

—Sofí me agarró de un brazo para que la siguiera.

—No puedo, me tengo que ir con mamá.

—¿Qué onda, qué pasó? —Milo se paró frente a mí, hablándome despacito, para que no escuchara el resto de los compañeros, que habían comenzado a rodearnos con caras de copuchas.

—No mucho, en realidad; los llamo en la noche.

No pude evitar mirar hacia el fondo de la sala: Colomba y Teresita murmuraban con otros compañeros, probablemente refiriéndose a mí, pues no dejaban de observarme. Rodrigo pasó caminando algo cercano a nosotros, y me vi tentada a hablarle, pero me contuve porque estaba profundamente molesta por su indiferencia. Me despedí con un beso en la mejilla de Milo y Sofía, tomé mi mochila y partí.

Llegando a la recepción, vi a lo lejos a mamá hablando con la señorita Tamara, mi profesora jefe. Estaba sentada en uno de los sillones, mirándola con cara serena, mientras mamá entornaba los ojos, como si intentara encontrar la respuesta a la pelea a combos del día anterior en alguna de las fotografías de los egresados de años anteriores, que colgaban en las paredes. Me ruboricé de solo imaginar que la profe le estaba contando todo lo que le había confiado en un momento de desesperación, faltando al juramento que me había hecho.

Me situé detrás de la vitrina en que se exhiben los trofeos del colegio para intentar oír la conversación, pero el ruido de los chicos que pasaban corriendo a mi lado, me impedía escuchar siquiera una palabra.

Mientras esperaba en mi escondite que terminaran de conversar, recordé la llegada de la profe Tamara, para reemplazar a la antigua profesora de Lenguaje, que se jubiló. La verdad es que cuando la conocí el primer día de clases, me cayó pésimo, pues lo primero que hizo fue

decirnos que sabía que nuestro curso era terriblemente desordenado y que ella, ante todo, valoraba la disciplina, porque “en medio del ruido y el desorden nadie puede aprender”. Acto seguido, nos formó afuera de la sala y nos cambió de puestos para que no quedáramos cerca de nuestros amigos. La señorita Tamara repetía todo el tiempo lo indisciplinados que éramos y cada vez que lo decía me caía peor.

Sin embargo, como dice mi abuela Normi, las personas no siempre son lo que aparentan y, con el paso de las semanas, me he ido dando cuenta que es súper buena persona. Me lo demostró cierto día, hace como un mes atrás, después de la clase de educación física. Iba yo caminando hacia la sala y me topé con Colomba, acompañada de su eterna amiga Teresita. Hasta ese momento las encontraba simpáticas, buenas para los chistes y para hacerles bromas a los compañeros despistados.

Se detuvieron frente a mí, mirándome con caras de circunstancias:

—¿Sabes qué andan diciendo de tí? —no supe si Teresita me quería advertir o simplemente, molestarme.

—¿Qué cosa? —pregunté, ingenua.

—Que eres la puta del curso —Colomba lanzó una carcajada burlona.

—¿Cómo puedes hablar tantas estupideces? —me defendí.

—No son estupideces; si no crees, pregúntale a tu pololito —respondió sarcástica.

Si me dijeran que soy floja, me daría lo mismo, porque este año mis notas demuestran que puedo ser la mejor del curso, como me lo he propuesto estudiando como enferma. Si me hubieran dicho que soy una pesada, también da lo mismo, porque no existe quien le caiga bien a todo el mundo. Si me dijeran que soy fea o flacuchenta, no me interesa, pues he aprendido con los años que lo físico se puede arreglar con cirugía y un buen maquillaje. Pero que me hubieran dicho que soy “la puta del curso” me dolió en el alma, porque me di cuenta que una conversación por chat con mi pololo ya estaba en conocimiento de todo el curso.

También me habían llegado los rumores que la mamá de Rodri me tenía entre ceja y ceja, y que había reclutado a un grupo de compañeros para seguirme los pasos, incitándolos a impedir que incluso hablara con su hijo.

Pude haberle dado una bofetada a la estúpida de Colomba por faltarme el respeto de esa manera, o al menos haberle dicho un par de garabatos, lo que me cuesta porque los encuentro ordinarios. En cambio, me dio una pena enorme y me dirigí al baño conteniendo apenas las lágrimas. Me miré por unos segundos en el espejo —“la puta del curso”, pensé— y ya no pude aguantarme. No quería que me vieran llorar y caminé con furia por el pasillo lleno de puertas, abriéndolas de golpe, como si cada una de ellas fuera Colomba y cada azote, un puño que le daba justo en la cara. Como no había nadie, únicamente los retretes

y una gotera que caía insistente desde una de las llaves del lavamanos, fueron los únicos testigos de mi descontrol.

De pronto, desapareció la rabia y quedó una gran pena. No me importó la humedad del suelo ni el frío que se colaba por las ventanas abiertas; me apoyé en la muralla y fui deslizándome lentamente, hasta quedar sentada en el piso. No me di cuenta en qué momento llegó Sofí, hasta que me percaté que intentaba consolarme, en tanto podía escuchar la voz de Milo hablando con alguien en la entrada del baño. Seguidamente, escuché a la profe Tamara, pidiéndole a Sofí que regresara a la sala.

—¿Qué te pasa, chiquilla? —la profesora se sentó a mi lado en el piso. Su voz era dulce, como si las palabras que brotaban de su boca las pronunciara otra persona, no la mujer que nos reta todo el tiempo por desordenados.

—Nada —respondí, entre sollozos. Levanté la cabeza que tenía metida entre las rodillas y vi la cara pálida de la profe.

—¿Tú siempre lloras por nada?

—No. —A esas alturas ya tenía la polera salpicada de lágrimas, los ojos rojos y la nariz hinchada.

—Cuéntame, ¿cómo sabes?, quizás yo te pueda ayudar.

—Usted no me puede ayudar.

—Esto me huele a problemas de amor.

Me dio un poco de risa, y de pronto me acordé que siempre me meto en líos por no pedir ayuda, por no contar mis problemas, por querer solucionar las cosas sola. Después de pensarlo un par de veces, decidí contarle casi todo.

–Júreme que no le va a contar a nadie –la miré, seria.

–Si me lo pides, no se lo diré a nadie, aunque es poco lo que puedo hacer si no me permites hablar.

–Júremelo.

–Te lo juro.

Después del largo relato, la profe Tamara me dio un abrazo bien apretado y un beso en la frente, que me hizo sentir bastante más aliviada. Me lavé la cara y juntas regresamos a la sala de clases.

Por eso me atemorizaba ver a la profe Tamara hablando con mi mamá aunque, después de recordar esa conversación en el baño, me tranquilicé. Algo dentro de mí me decía que no me traicionaría.

Cuando vi que mamá se despidió de la profe jefe, salí de detrás de la vitrina y nos dirigimos hacia la salida. Casi no hablamos en el camino; en el auto solo se escuchaba la voz del locutor de la radio que daba las noticias y que yo simulaba escuchar. Pero, en realidad, estaba sumergida en mis recuerdos: en la primera vez que vi a Rodri, en todas las veces que nos habíamos sentido felices y en el dichoso Consejo.

Ya en casa, no quise almorzar. A esas alturas, prefería que me interrogaran de una vez por todas, sin embargo mamá me dijo que me fuera por un rato a mi dormitorio, que pensara en todo lo que le tenía que contar y que, cuando me sintiera preparada, la buscara.

Así es como estoy aquí sentada en mi escritorio, recordando cosas lindas y otras tantas que me gustaría olvidar.

Mientras dibujo patas de gallo en mi diario, a veces me paro a mirar por la ventana y me acuerdo cuando Rodri me espiaba desde la vereda del frente: primero me llegaba un mensaje de texto, siempre el mismo: “Estoy tan cerca y a la vez tan lejos”. Yo dejaba lo que estaba haciendo y abría la cortina verde de mi ventana para encontrarme con su figura, cuatro pisos más abajo; luego sonaba mi celular: –Te amo más que a nadie en el mundo –escuchaba su voz dulce y nos quedábamos hablando por teléfono, al tiempo que nos mirábamos a través del vidrio.

Saber que Rodrigo me amaba me hacía sentir la chica más feliz de todo el planeta; nada me enojaba, ni siquiera las mañas de mi hermano Nico, que las tomaba como travesuras, y hasta dedicaba parte de mi tiempo a estar con él. Se siente bien el amor, se siente bien saber que eres importante para alguien que no tiene ninguna obligación de quererte, se sienten bien las caricias y los besos. Al recordar lo feliz que me sentía, se me hace más difícil entender lo que está pasando, de cómo pudieron cambiar tanto las cosas.

El mundo se me derrumbó hace poco más de un mes. Una mañana soleada a comienzos de mayo, Rodrigo pasó al lado de mi escritorio y, sin que nadie se diera cuenta, dejó un papel doblado que yo leí con premura: “Tenemos que hablar, al recreo te espero en la palmera”. Como si presintiera que algo malo había sucedido, un hormigueo empezó a recorrer todo mi cuerpo. Apenas sonó el timbre,

corrí al final del patio de los niños chicos, en donde se empina majestuosa la palmera. Rodrigo llegó apenas un minuto después, me sonrió con ternura y me dio un abrazo apretadísimo, que respondí de buena gana. Se apartó unos centímetros de mi cuerpo para decirme:

—Ya no nos pueden ver en el colegio —su voz era melancólica.

—¿Qué?

—Mi mamá me exigió que terminara contigo.

—Por qué?

—Me revisó el computador —en ese momento me pareció estar viendo nuestra última conversación por chat —y dice que tú no me convienes.

Me quedé callada. “Tú no me convienes”; la frase me daba vueltas sin cesar en mi cabeza y sentí vergüenza de saber lo que su madre había leído.

—Pero, Ema, dime algo.

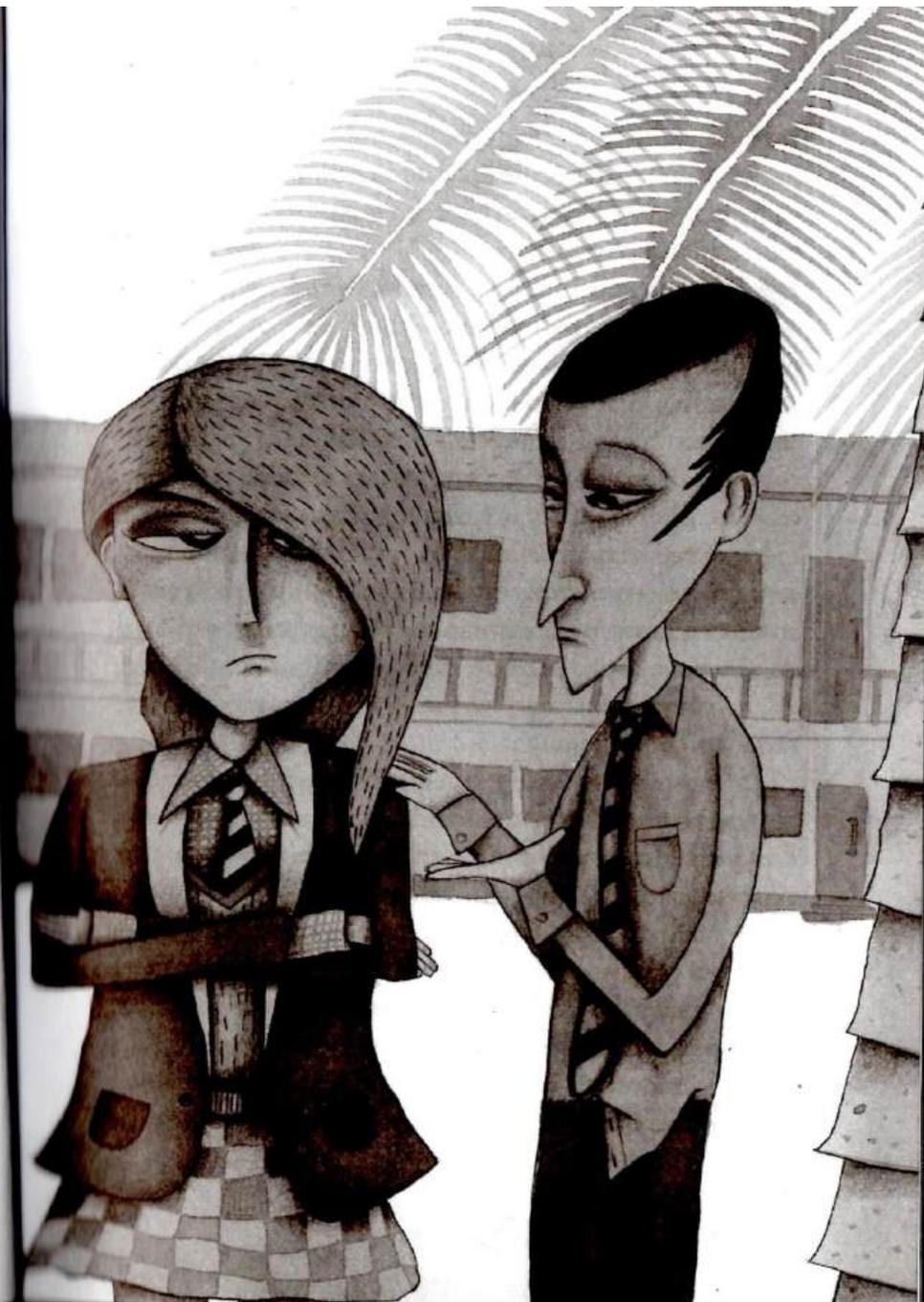
—¿Le vas a obedecer? —le pregunté, temiendo la respuesta.

—Tú sabes cómo es mi mamá —se disculpó.

—No, Rodrigo, no sé como es tu mamá. ¿Le vas a obedecer?

—Le dije que hoy iba a terminar contigo para que me dejara tranquilo, pero yo quiero que sigamos juntos sin que nadie lo sepa.

En ese momento acepté esconderme de nuestros compañeros, acepté que dejáramos de juntarnos cada tarde después de clases, porque lo amaba y mi vida no tenía sentido si no era junto a él.



Hacía mucho tiempo que no escribía en este cuaderno, y si estas hojas tuvieran discernimiento, no entenderían nada de lo que escribo en ellas. Lo mejor será que cuente todo desde el comienzo.

A Rodri lo conocí el año pasado, cuando llegué al colegio. No me pareció un chico lindo, de esos que todas caen rendidas a sus pies. No, él es normal; un poco más alto que yo, de piel algo morena, pelo negro y grandes ojos color marrón. Todo lo que a Rodri le falta en belleza, lo compensa con simpatía: siempre está riendo. Podíamos conversar horas sin parar y chatear hasta que amanecía.

Me di cuenta que me empezó a gustar cuando comencé a soñar con él y me empezó a dar una cosquillita en la guata al notar que me estaba mirando. Fuimos amigos todo el segundo semestre, pero no de esos amigos como Milo, que es como si fuera un hermano y al que nunca podría mirar con otros ojos.

La amistad con Rodrigo era distinta de otras amistades, porque siempre estaba intentando complacerlo, agradecerle. Aunque nunca antes me interesó verme bien, ahora comencé a hacerme adicta a las revistas en que publicaban consejos para estar más linda. Al desayuno, empecé a tomar leche con miel para combatir las espinillas que se habían empezado a apoderar de mi frente; el pelo lo lavaba a diario para que, cuando se acercara, sintiera un aroma agradable. Comencé a depilar mis cejas, que crecían lo mismo que la maleza, a cuidar mis manos, incluso acorté la falda del uniforme.

A menudo sorprendía a Rodrigo observándome y en casi todos los recreos se acercaba a conversar, pero sin darme luces de que yo también era de su agrado.

Ese semestre transcurrió más rápido de lo que me hubiera gustado y, por primera vez en toda mi vida, no quería que llegaran las vacaciones, prefiriendo seguir levantándome temprano, dando pruebas y haciendo tareas, si eso me permitía estar cerca de Rodrigo. Ya ni siquiera tenía interés en viajar a mi querida República Dominicana para estar con papá y reencontrarme con mis amigos.

El año pasado se organizó una fiesta de fin de curso, con motivo del paso de la enseñanza básica a la media, porque a los apoderados se les ocurrió que había que celebrar en grande. Contrataron los servicios de una casona de eventos en las afueras de Santiago y, a mediados de diciembre, nos vestimos por primera vez en la vida con traje de noche para asistir a la celebración. Me acuerdo de ese día como si fuera ayer, porque en esa fiesta comenzó mi desgracia.

No me caracterizo por ser una chica osada cuando se trata de hombres; si me gusta alguien, espero pacientemente que él se fije en mí y, si eso no ocurre, intento olvidarlo dedicándome a otras cosas. Sin embargo, Rodri me atrajo como nunca antes me había pasado con otro hombre, tanto así que se me ocurrió que la fiesta de graduación sería un buen momento para decidirme a decirle que me gustaba, superando, incluso, mi timidez, proponiéndome sorprenderlo con un beso. Aunque sabía que eso nunca

ocurriría, de todos modos me vestí con un vestido negro ceñido, que me llegaba sobre la rodilla, sin tirantes y rodeado de pequeños volados de gasa, entre los que destacaba un cinturón plateado, que acentuaba mi delgada cintura, única ventaja de ser tan flaca. Como pude, me encaramé sobre unas sandalias plateadas con un pequeño tacón, que torturaban mis pies cada vez que daba un paso, y me instalé feliz en el auto de mamá, para que me fuera a dejar a la dichosa fiesta.

Mis mejores amigos no asistieron a la celebración. Sofí se había ido a Puerto Montt a pasar las vacaciones de verano con su papá y Milo consideraba que “la fiestita era una estupidez”.

—¿De qué nos estaríamos graduando? —recuerdo la pregunta burlona de Milo mientras le rogaba que me acompañara a la fiesta.

—De octavo po', Milo.

—Yaaaaa, eso debe ser algo así como un magíster que te deja preparado para trabajar con un sueldo de unos cuantos millones —insistía, burlesco.

—Lo vamos a pasar bien; anda, di que sí.

—Amiga, esta vez paso, no pienso ir a meterme a una fiesta con pinta de elegante, pero con comida del McDonald, en donde te apuesto que va a quedar la embarrada. Mejor me quedo tranquilito en mi casa.

No hubo forma de convencer a Milo, quien prefirió quedarse en casa dedicado a los juegos de video. A pesar

de ello, no me sentía sola: estaba Rodri y, aunque andaba de un lado a otro conversando y payaseando con su amigo Gerardo, me conformaba con verlo cerca y poder guardar esos recuerdos, para que me acompañaran en los dos meses de verano, que ya empezaba a sentir eternos sin su presencia.

Cuanta razón tenía Milo: en términos generales, la fiesta fue un fiasco. Al comienzo, mis compañeros, que son unos pendejos encerrados en cuerpos de niños adultos, en vez de bailar prefirieron conversar, reventar los globos de la decoración, comerse todo lo que pudieron y, cuando se sintieron menos vigilados por los apoderados que nos acompañaban, sacaron de entre sus ropas pequeños frascos con licor y beber a escondidas. Súbitamente la fiesta aburrida, con las mujeres por un lado y los hombres por el otro, comenzó a animarse, quizás a causa de la bebida. Ahí empezó a quedar la embarrada: al poco rato vi a Colomba, la chica linda del curso, que hasta esa noche siempre se había preocupado de comportarse con decoro, ejecutando unos movimientos espasmódicos al ritmo de un reggaeton. Primero se sacó los zapatos y los lanzó lejos, dando grandes carcajadas; luego se soltó el moño, se sacudió el pelo y comenzó a agitar la cabeza como muñeca de trapo. Debe haber estado un poco mareada, porque tropezó y cayó como un bulto al suelo, aunque esto no la detuvo, ya que se puso de pie como pudo y se acercó a uno de los chico que agitaba una petaca con licor, al que abrazó mientras balanceaba sus caderas. “Perrea, mami, perrea”, se

escuchaba la voz ronca del cantante y Colomba obedecía. Después de lanzar un grito indescifrable, tomó con ambas manos la cara del chico para darle un beso fugaz en los labios y luego quitarle la botellita con alcohol, que bebió de un trago. Mientras tanto, Teresita la tomaba de un brazo, tironeándola para tratar de sacarla de allí e intentar minimizar la vergüenza que de seguro sentiría cuando viera las fotos que le estaban tomando. Entretanto, el resto de mis compañeros la animaban con aplausos, gritos y carcajadas exageradas.

Los apoderados, que supuestamente nos estaban cuidando, se hallaban en un salón vecino, riendo a carcajadas mientras los garzones repartían tragos a destajo. Parecía que nadie se daba cuenta que en la fiesta principal se estaba produciendo un escándalo de proporciones. De pronto, una de las señoras organizadoras me vio en la entrada con cara de aburrída, me hizo una seña con la mano, y yo me acerqué.

—¿Qué pasa, linda, por qué no estas bailando? —me preguntó, y yo sentí su aliento a licor, que me desagradó mucho.

—Es que la música no me gusta —le respondí, un poco tímida.

—¿Cómo? No te gusta el reggaeton —me miró extrañada.

—No —le dije, al tiempo que salía al jardín.

Me sentí incómoda en medio del alboroto. Podrán decir que soy fome, pero me desagrada el reggaeton y ver a las

parejas de bailarines haciendo movimientos de perro en celo. Mis compañeros me preguntaban cómo pude haber vivido años en el Caribe y no apreciar esta música, pero lo cierto es que para mí el reggaetón no tiene comparación con la salsa, el merengue o la bachata. Así es que salí del salón y caminé, lo más elegantemente que pude, soportando el tormento que me provocaban las sandalias, hasta llegar a la terraza, donde me senté en un escaño frente a la piscina iluminada con velas.

La noche era cálida, en el cielo se podía ver titilar las estrellas, mientras corría una suave brisa. Pensé en quedarme ahí, esperando tranquilamente que llegara la hora en que mamá vendría a recogerme. Consulté la hora en mi teléfono celular, y como aun faltaba mucho tiempo, me dispuse a disfrutar de la tranquilidad que en ocasiones se hace tan necesaria.

—¿Por qué estás tan solita? —escuché inesperadamente la voz de Rodri, y un cosquilleo recorrió mi cuerpo.

—Estoy mirando las estrellas. —Qué respuesta tan estúpida, casi como salida de una de esas películas románticas de las que me había hecho adicta en los últimos meses.

—¿Las puedo observar contigo?

Sin esperar respuesta, Rodri se sentó a mi lado, mientras me regalaba una sonrisa. Yo también le sonreí; era el momento en que había estado soñando durante mucho tiempo. Él a mi lado en una cálida noche de primavera. Yo, vestida de fiesta; él, de chaqueta negra y camisa blanca

con rayitas grises, asomando de unos pantalones que iban a parar arrugados sobre sus desgastadas zapatillas negras.

—Estás muy linda. —No pude evitar sonrojarme.

—Gracias, tú también. —Otra respuesta estúpida.

Permanecimos en silencio, a veces mirando los adornos florales que flotaban en la piscina y otras, las siluetas de nuestros compañeros en el salón, que continuaban pe-reando, como si de ello dependiera su vida. Quería mirar a Rodri, pero no me atrevía, me sentía nerviosa, un poco asustada, ansiosa, no sé.

—Lo único que quería esta noche era que estuviéramos a solas un rato —me susurró al oído. La tibieza de su aliento en mi cuello provocó que mi piel se granulara, como si fuera de una gallina.

—¿En serio, y para qué?

Rodri no contestó, pero pasó uno de sus brazos por sobre mis hombros, para aproximarme a él mientras tomaba una de mis manos. Cerré los ojos y sentí sus labios sobre los míos, pareciendo que el mundo se detenía por un instante. Pude respirar el aroma dulzón de su cuerpo, mientras acariciaba la mano que había puesto suavemente sobre mi pierna. En ese momento, me sentí feliz, como flotando en las nubes.

—Emita, me gustas mucho —me dijo, pegando su mejilla a la mía.

—¿De verdad? —Había soñado tantas veces estar así con él, pero no se me ocurría otra cosa que decir.

—¿No me crees? —se alejó apenas unos centímetros, mirándome fijamente a los ojos.

—No sé, tu cachai' que eri' hombre y...

—Tonta —me interrumpió —, me gustaste desde él primer día que te vi llegar con cara de despistada al colegio.

Nuestro encuentro romántico duró poco. Los apoderados ya se habían dado cuenta que la mitad de los alumnos estaban borrachos y que otros cuantos se hallaban fumando a escondidas en los baños. La presidenta del Centro de Padres, es decir la mamá de Rodrigo, pidió que apagaran la música y nos reunió a todos en el salón principal, para darnos un discurso memorable, que duró por lo menos media hora.

—...cómo puede ser que niños de buenas familias, que están siendo educados en un colegio de excelencia, se comporten de esta manera, ingresando licor a escondidas para emborracharse como unos picantes cualquiera. Ni hablar de fumar en los baños, ni de la forma escandalosa en que bailan... —la mujer seguía discursando, encolerizada.

Yo estaba de acuerdo con lo que decía; era verdad que mis compañeros se hacen los santos, pero apenas pueden, dejan un tremendo desastre. Pero si algo tenía que decir en nuestro favor, era que la música la habían programado los apoderados quienes, me imagino, sabían cómo se baila el reggaeton.

Los papás pueden ser muy cínicos. No quisieron admitir que la fiesta había sido un fracaso por su incapacidad para controlar el comportamiento de los chicos. La mamá de Rodrigo deliberó por un rato con los apoderados que la

acompañaban y luego se dirigió al grupo con una solución para tan lamentable celebración:

—Haremos un pacto. Lo que sucedió en esta fiesta no lo comentaremos con nadie, solo con los papás de los niños que están en mal estado. Pero que esta sea la última vez, porque ustedes saben que si lo informamos a las autoridades del colegio, pueden expulsarlos.

Dicho y hecho: nadie habló nunca más de la fiesta.

Pese al escándalo y a los consecuentes retos, esa fue la noche más feliz de mi vida, pero a la vez el comienzo de todo lo que ahora me estaba haciendo sufrir.

Rodri no fue mi primer pololo. Anteriormente, cuando aun éramos una familia unida y vivíamos felices en República Dominicana por el trabajo de papá, tuve un pololeo con un compañero de curso. Pero, lo que llegué a sentir por ese chico no tenía punto de comparación con lo que me provocaba Rodri. Con Facundo fue algo así como una amistad, con besos y tomadas de manos, con unos cuantos “te quiero” y miraditas de complicidad en medio de las clases. Al separarse mis padres, mamá, Nico y yo regresamos a Chile, mientras pololo y amigos quedaban en mi isla amada. En un comienzo lo extrañé, pero sin que me doliera el corazón con su lejanía, esperando que nuestra relación pudiera continuar viéndonos solo un par de veces al año. Cuando me enteré que Facu le estaba coqueteando a otra niña, me dio una rabia tremenda y di por terminado el pololeo, sin que me afectara más allá de

un día. Ahora es distinto, no puedo imaginar mi vida sin Rodri; creo que sin él moriría.

Dejé de escribir por un momento para conectarme a Internet. Tenía ganas de ver si papá estaba conectado en el chat para que habláramos un rato. No tuve suerte: entiendo que esta época del año es la más complicada en el hotel donde trabaja, aunque no pude evitar sentirme desilusionada.

Me disponía a apagar el computador y hacerme el ánimo que debía hablar con mamá y atenerme a las consecuencias, que de seguro sería un castigo, cuando vi que en la pantalla se desplegaba el aviso de “Nuevo Correo Electrónico Recibido”. Ingresé a la casilla en forma automática, pensando que podría ser un chiste enviado por Sofi, pues ella siempre pretende alegrarme el día a como dé lugar. Me equivoqué, porque vi con sorpresa que el remitente era Rodri.

**“De:** Rodrigo Ceballos [<mailto:rodriceballos121212@hotmail.com>]

**Enviado el:** miércoles, 7 de junio 19:28

**Para:** Ema Schulz

**Asunto:** Te amo

*Emita te amo, tu sabes q te adoro y q no aguanto estar lejos de ti. Perdóname por no saludarte, por no mirarte, pero no podía. Mi má esta furiosa porq la llamaron al Consejo Estudiantil dice q en su calidad de presidenta del centro de padres no tiene porq estar metida en estos enredos tan*

rascas. Yo intenté explicarle lo de la pelea y porq estábamos juntos en ese momento, pero ella no escucha.

Creo q nunca parará de vigilarnos porq hoy en la mañana me dijo q le daba lo mismo si tenía q ir al colegio todos los días a acompañarme en clases, pero q tu y yo no nos íbamos a seguir viendo ni riéndonos de ella porq ella así lo decidió y punto. Ema te juro q le he suplicado para q acepte q nos amamos o por último q es inevitable q hablemos porq somos compañeros de curso, entonces me dijo que le pediría al inspector general q te pusiera en el otro primero para q no me molestaras +, no quise seguir hablando con ella, la iba a enojar + y yo se q es capaz de ir al colegio y exigir q nos separen de curso y yo me muero si no tengo la posibilidad de mirarte en clases.

Imaginate cómo estará de podrida la cosa en casa q hasta mi pá, que nunca contradice a mi má, intentó ayudarme, explicándole q esto del pololeo era una decisión nuestra en donde ella no tenía mucho q opinar, quedó la escoba, hubieras visto como mi má le gritaba lo + suave q le dijo fue q yo era su hijo y hacía lo que ella decía y q si no le gustaba la forma de educarme, la puerta era bien ancha. Con eso mi pá se encogió de hombros y me miró como queriendo disculparse y ya no dijo nada +.

Hoy intenté llamarte, porq de verdad me sentí súper mal por no saludarte, me encerré en el baño y eché a correr la llave del lavamanos para q no se pudiera escuchar desde fuera, pero creo q mi má es + viva de lo q parece, abrió la puerta con la llave sin hacer ruido y me pilló con el celular en la mano marcando tu número, me miró con cara de furia y me lo quitó, no tengo idea donde lo escondió. Tampoco pude

llamarte desde el teléfono de casa, ella los saco todos y los guardo en un mueble con llave en su dormitorio. Ahora te puedo escribir un mail q apenas lo termine tengo q borrar rezando q no deje huella, tu sabes q me revisan la casilla, solo te pude escribir gracias a q vino a la casa Gerardo y andaba con su computador portátil, el mío me lo escondieron.

Emita, perdóname por no mirarte, perdóname por no saludarte, la verdad es q lo q está pasando en casa me tiene chato ya no kero seguir peleando con mamá, tampoco kero escuchar las discusiones de mis papás x nuestra culpa.

Te ama,

Rodrigo

Pd: no me contestes por favor".

Pobrecito, mi Rodri, yo intuía que lo habían obligado a ignorarme. Qué tonta fui, ¿cómo pude dudar de su amor? Tonta, tonta, tonta y mil veces tonta. Qué ganas tengo de tenerlo frente a mí y darle un beso, decirle que lo amo, que lo entiendo y lo perdono. En realidad no lo perdono, porque no tengo nada que perdonar. Me imagino que él sufre tanto como yo al estar cerca y a la vez tan distantes.

Tengo que pensar en algo, quizás hablar con su mamá para explicarle todo. Es posible que a mí me escuche y se le pueda pasar el enojo. Si así fuera, hasta me olvidaría que le pidió a Colomba y a Teresita que nos vigilaran y todo volvería a ser como antes. Sí, eso es lo que tengo que hacer.

Nota: El mail de Rodri me arregló el día, y ahora lo que tengo que hacer es ir a hablar con su mamá.

**Jueves 8 de junio (3 de la mañana)**

Estoy agotada, la cabeza me da vueltas y a momentos creo que explotará sin remedio. Hace rato que debería estar durmiendo, pero no logro hacerlo pese a que estoy más tranquila.

El mail que me mandó Rodri hizo que se me quitara el enojo acumulado durante el día de ayer. Pobre, me imagino lo mal que debe estar pasándolo al escuchar a toda hora los retos de su mamá. Tengo que encontrar el momento adecuado para conversar con ella y solucionar todo este enredo; es lo que debí haber hecho hace mucho tiempo. ¿Cómo no se me ocurrió antes?

Después de leer el mail de Rodri, me sentí con fuerzas para hablar con mamá. Cerca de las ocho de la noche, una vez que le sirvió la comida a Nico y lo acostó, me dirigí a su dormitorio. Estaba sentada en la cama, doblando cuidadosamente la ropa interior que acababa de sacar de la secadora, para luego guardarla en la cómoda. Me detuve bajo el dintel de la puerta, inmóvil como una momia, pues ya me había arrepentido de conversar con ella.

—¿Ahora puedes contarme? —me preguntó, al tiempo que se acercaba y me acariciaba el cabello.

—Sí.

Me tomó de la mano para conducirme a la cama, donde ambas nos sentamos.

—Ema, tú eres mi hija y yo te adoro, y me puedes decir cualquier cosa, ¿lo sabes, verdad?

—Sí —estaba junto a ella, sintiéndome una nenita, queriendo

decirle de una vez por todas lo que estaba pasando, pero sin saber cómo.

—Es que no sé como contarte.

—Las cosas tal como pasaron, que es lo más fácil, ¿o prefieres que yo te pregunte?

—Mejor pregúntame.

—¿Por qué la mamá de Rodri no quiere que él se junte contigo?

—Por una cosa que leyó.

—¿Qué cosa?

—Una conversación de chat.

—Pero, Ema, ¿qué decía la conversación?

—Cosas privadas, de los dos. —Mamá me miraba fijamente, lo que me intimidaba.

—Pero dime qué cosas.

—Es que me estás mirando.

—No te miro. —Mamá se puso de espaldas, con sus ojos fijos en el cielo raso—. ¿Prefieres que apague la luz?

—Bueno.

—Cuéntame, estoy escuchando.

—Te acuerdas de esa vez, en la primera semana de clases, que nos juntamos Sofí, Milo, Gerardo y yo en la casa de Rodri, a hacer un trabajo para el colegio?

—Sí.

—Ese día, Rodri me estaba haciendo cosquillas y me tenía aburrída con la tontera. Entonces, para molestarlo, le di un mordisco en el cuello.

–Pero eso es horrible, no se hace.

–Lo sé, pero me tenía aburrida. Su mamá le vio la marca en el cuello y, aunque él intentó cubrirla con un pañuelo, lo obligó a confesar cómo se había producido y lo castigó prohibiéndole usar, durante dos semanas, el computador. En realidad, lo que ella pretendía era que terminara conmigo, porque opinaba que yo no tenía costumbres decentes. En esa oportunidad, el papá de Rodri habló con la mamá y evitó que nos separáramos y, después de cumplido el castigo, pudimos seguir viéndonos.

–Entiendo, ¿y qué pasó después que la señora se enojó tanto?

–Seguimos como siempre, juntándonos en el colegio, hasta que la señora leyó una conversación que ambos tuvimos por chat. –Me quedé callada, sin saber cómo continuar.

–Pero, dime, ¿qué escribieron en el chat? ¿Hiciste algún comentario sobre ella?

–No, son cosas privadas.

–Ema, lo siento en el alma, pero mañana tenemos que ir al Consejo de nuevo, y esto ya dejó de ser privado. Mi vida, yo no te puedo ayudar si no me cuentas todo lo que pasó.

–Cosas como que queríamos hacernos cariño. –Nuevamente me quedé en silencio.

–¿Qué tipo de cariño?

–En realidad, no fui yo quien puso eso, fue él.

–No entiendo, ¿tienes grabada la conversación, para poder leerla?

–No, yo no las grabo. Rodri, que es medio despistado, nunca se preocupó de borrar las conversaciones y su mamá la leyó.

–Me estás mareando, Ema, ¿qué escribió?

–Que tenía ganas de tocarme.

–¿Tocarte qué?

–Tocarme po', mamá...

–Pero, Ema, sé más clara.

–Lo que se tocan los pololos cuando están solos, ¿cómo no entiendes? –ella se quedó callada durante un rato.

–Y tú, ¿qué le escribiste, que lo querías tocar?

–No, yo solo escribía “yaaaaaa”, pero nada más.

–Y, ¿qué pasó después?

–Rodri me contó que esa noche su mamá le revisó el computador, como siempre lo hace, y descubrió la conversación. Aunque era súper tarde, le dio lo mismo que él estuviera durmiendo: lo despertó y comenzó a sermonearlo por pololear con una pendeja de moral tan relajada y le exigió que terminara inmediatamente esta relación poco sana.

–¿Terminaron?

–No, Rodri le prometió que iba a terminar conmigo, aunque no tenía ninguna intención de hacerlo, para que parara de gritar como loca.

–Ya.

–La señora, que parece que no confía en su hijo, llamó por teléfono a sus amigos Gerardo, Teresita y Colomba, y

les pidió que le informaran si Rodri se juntaba conmigo, si hablábamos o nos sentábamos cerca. Los convenció de que yo era una pésima influencia para su hijo, que ya habíamos terminado el pololeo y que le había prohibido cualquier tipo de relación conmigo.

Estábamos tendidas en la cama de mamá, con la luz apagada, escuchando de cuando en cuando los motores de los autos que circulaban por la calle, ambas pensando en cómo continuar la conversación. Yo no quería hablar y el silencio nos consumió por unos minutos, hasta que decidí seguir adelante:

—¿Estás enojada? —le pregunté, esperando escuchar la lista de castigos que se me vendrían encima por ser una niña inmoral, como había asegurado la mamá de Rodri.

—No.

—Por qué no dices nada?

—Estoy pensando, Ema. —Mamá giró en la cama y me abrazó. Me dio tanta pena, que me puse a llorar.

—¿En qué piensas? —intenté que no notara mis lágrimas.

—En que no me di cuenta que habías crecido, sin percartarme que habías dejado de ser mi guagua. También pensaba en todo lo mal que lo has pasado, en todo el daño que te han hecho y que te ha tocado sufrirlo sola.

Ya no pude disimular las lágrimas y ambas nos pusimos a llorar a moco tendido.

—¿Sabes, Ema? Tu papá y yo siempre hemos querido protegerte, cuidarte, ahorrarte los malos ratos, pero es muy

difícil contigo. ¿Por qué nunca nos dices cuándo estás en problemas?

—Perdóname, mamá.

—¿Qué quieres que te perdone?, ¿qué creciste? No, Ema, lo único que podría reclamarte es que no me contaras lo que te estaba pasando en el momento en que ocurrieron las cosas, que me hicieras pensar en que estabas anoréxica cuando no querías comer... Ahora entiendo tantas cosas.

—Es que no sabía cómo decírtelo —intenté disculparme.

—Es obvio que no sabías como decírmelo. Me acuerdo cómo era la cosa cuando tenía tu edad, y a la última persona a quien se me hubiera ocurrido contarle algo así era a tu abuela.

Permanecemos quietas, hundidas entre las sombras, mientras el tiempo parecía haberse detenido.

—Ema, ¿por qué te peleaste con Colomba?

—Porque no paraba de molestarme, vigilándome todo el tiempo y grabando lo que hacía, para luego ir a dar cuenta a la mamá de Rodri. Según supe, ella lo seguía castigando y diciéndole que si no se alejaba de mí lo cambiaría de colegio. Es por eso que yo ya no soportaba a la estúpida de Colomba, quien, además, estoy segura que disfrutaba con hacernos la vida imposible.

Nos abrazamos y acariciamos durante un buen rato, hasta que me sentí aliviada de no tener que seguir cargando sola con mi secreto, pese a que a estas alturas era de conocimiento generalizado en el curso.

—Una última pregunta: ¿quieres mucho a Rodri?

—Sí, mamá, por más que lo intento, no puedo dejar de amarlo.

Regresé a mi dormitorio pasada la medianoche, sintiendo que el problema que tengo es del porte de una catedral, pero consciente que ya no estoy sola en esto. Estoy segura que mañana en el consejo mamá levantará la voz por mí, y eso me deja más tranquila.

De cuando en cuando miro la hora en el reloj de mi mesa de noche: es de madrugada y no tengo ni una pizca de sueño. No he podido dejar de pensar en lo raro que es todo esto. Estaba segura que cuando mamá supiera lo de la conversación de chat me castigaría, o por lo menos me daría uno de esos retos monumentales que duran horas. Sin embargo, no me reprochó nada por lo “suelta e inmoral” que resulté ser, como dice la mamá de Rodri. A lo mejor, está tan complicada como yo con el problema.

Nota: Tengo un millón de cosas que escribir, pero son las 4:30 y faltan pocas horas para que suene el despertador y no he dormido nada. Sigo mañana.

### ***Llegando del colegio (como zombie).***

No creo que anoche durmiera más de dos horas, pero a pesar del sueño que tengo, quiero escribir otro poco, hasta que ya no resista.

Por la mañana, mamá se levantó con la energía de un batallón que se dirige al combate. Me llevó desayuno a la cama: leche con chocolate, pie de limón y huevos a la copa con tostadas. —No te vas a morir de hambre por una señora loca —me dijo y salió entusiasmada rumbo a su dormitorio. Me comí todo, luego me duché para quitarme la flojera que tenía pegada al cuerpo, pero que el agua no fue capaz de espantar.

Habitualmente, mamá nos lleva a Nico y a mí al colegio, y luego sigue camino al trabajo. Sin embargo, hoy rompió su rutina, arreglándose con dedicación: traje sastre color negro, blusa blanca, zapatos con tacones altos y alisamiento de pelo por casi una hora. Llegamos al colegio cinco minutos antes que sonara el timbre que avisa el inicio de clases, pero mamá no nos dejó en la puerta, como era su costumbre. Estacionó el auto y caminamos los tres a través de los jardines hasta la recepción, donde se despidió de nosotros con un beso y se dirigió derecho a hablar con las secretarias. Como yo no tenía idea de lo que pensaba hacer, permanecí nuevamente tras la vitrina de los trofeos para intentar averiguar sus planes.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? —di un salto de susto.

—¡Cote! —La chica que se sienta conmigo en clases estaba detrás de mí—. No hago nada.

—Seguro... jajaja... tu quer' saber lo que está hablando tu vieja con las secres. —La miré con complicidad—. Espera —dijo, y se fue a instalar en el mesón.

La Cote me cae bien. Es alta, de pelo negro, con unos mechones de color fucsia, que le han causado más de un problema en el colegio. Tiene una personalidad que admiro, porque siempre sabe qué decir en el momento justo, lo que hace que el resto de mis compañeros no se atreva a molestarla. Es sabido que no tiene buen carácter y a la más mínima provocación responde con un par de razonamientos que deja callados a todos. No podría decir que somos amigas, ya que ella se junta más con Catalina Ahumada, una niña bajita de largo pelo castaño, de mirada inocente y que rara vez alza la voz. La Cote y la Cata son tan distintas como el día y la noche pero, a pesar de ello, las une una profunda amistad.

Mi compañera de puesto siempre se da el tiempo para ayudarme en las materias que no entiendo, o para defenderme cuando Colomba y Teresita me dicen alguna pesadez. Tiene, además, la capacidad de darse cuenta cuando estoy aporreada por algo y no duda en apoyarme.

—Tu vieja quiere hablar con el rector y dijo que no se movería de ahí hasta que la recibiera. Parece que está enojada. —Cote se paró junto a mí, le dio las últimas mascañas al chicle que tenía en la boca y que luego botó en el basurero—. Es por el mechoneo del otro día, ¿verdad?

—Por eso y otras cosas.

—Ah, por lo que dicen de ti en el curso. —No le respondí—. No seai' tonta, esas locas de la Colomba y la Teresa hablan puras leseras.

—Se llama Teresita.

—Qué Teresita, Teresa a secas; si se hace la tonta, está de patio... vámonos a la sala mejor. —La Cote tenía razón, no sacaba nada quedándome escondida para ver qué hacía mamá.

En clases no pude poner atención, y todo lo que hablaba el profe de matemática me entraba por un oído y me salía por el otro. En algún momento, Sofí y Milo, que se sientan detrás de mí, me tiraron un papelito: "No llamaste, nos cuentas en el recreo" —escribieron. Me di vuelta y asentí con la cabeza. Para completar la distracción, me desconcertó la actitud alegre de Rodri, que estaba sentado al otro lado de la sala, junto a la ventana, riéndose a cada rato, a quien tuvieron que llamarle como tres veces la atención por estar hablando con Gerardo. Tenía la sensación que yo era la única que lo estaba pasando mal, porque ese mail con tanto sentimiento que me mandó ayer no parecía tener relación con la conducta que exteriorizaba hoy.

Casi al final de la clase de matemática, el profe fue a buscar unas guías para que las desarrolláramos en casa. No estaba segura si era buena idea acercarme a Rodri y crearle un problema pero, por otro lado, no soportaba la angustia que me provocaba su extraño buen humor. Me paré de mi puesto y me fui a sentar en el banco que estaba desocupado delante de él, con la intención de hablarle, pero no pude, porque el profesor regresó al instante.

Apenas sonó el timbre, salí disparada de la sala para ver si mamá aún permanecía en el cole. No la encontré, así es que regresé un poco decepcionada al patio, donde me interceptaron Sofí y Milo.

—¿Qué pasó? —Sofí me miró con sus enormes ojos marrones muy abiertos. Se tomó la larga melena negra con las dos manos y se hizo un moño, y luego me cogió por un brazo, para llevarme hasta los escaños del borde del patio humedecidos por la llovizna.

—Con el Consejo no pasó nada: lo suspendieron hasta hoy —le aclaré, al tiempo que intentaba envolverme en el chaleco para protegerme del frío viento que se dejaba sentir.

—¿Le contaste a tu mamá lo del chat? —Milo se sentó en la banqueta, sin importarle la humedad ni que las ráfagas gélidas, cada vez más fuertes, arremolinaran los rizos de su cabello, que enmarcaban su pálido y pecoso rostro.

—Sí, no me quedó otra.

—¿Te castigaron? —preguntó Sofí, con voz de lamentación.

—No, fue tan raro: me dijo que había crecido sin que ella se diera cuenta y que lo único que sentía era que no le hubiera contado antes lo que me estaba pasando.

En ese momento sonó el pitito de aviso de mensaje en mi celular. Lo saqué con premura de mi bolsillo, ilusionada que fuera de Rodri.

—¿De quién es? —Milo se paró de su asiento, escudriñando la pantalla de mi teléfono con sus ojos marrones de largas pestañas.

—Es de mi mamá, avisándome que los Consejos estudiantiles están suspendidos hasta nuevo aviso, y que tengo que hablar con la psicóloga del colegio.

Me sentí más tranquila, como si me hubiera sacado una mochila de una tonelada de peso de la espalda.

—¿Por qué, qué onda? —insistió Milo, al tiempo que se sentaba nuevamente.

—No tengo idea, lo único que sé es que mamá vino a hablar con el rector.

—Ema, tú sabes que Rodrigo nos cae como patada en la guata a la Sofí y a mí —mi amiga asintió con la cabeza—, y te advertimos que andar con ese tipo te iba a traer puros problemas ¿recuerdas?

¿Qué si me acordaba?, claro que me acordaba, ¿cómo no?, si al contarles que estábamos pololeando, se espantaron.

—¿Estai' loca, Ema? Ese tipo es un mamón, hace todo lo que le dice la mamita —fue lo primero que dijo Sofí cuando la llame al día siguiente de la fiesta para contarle lo contenta que estaba. De ahí en adelante, no pararon más de contarme todos los conflictos que en los años anteriores había tenido con cualquier compañero que hiciera algo que a la señora no le gustara. —Juntarse con Rodrigo significa puros problemas —sentenció Milo, al enterarse de mi romance. Mucha razón tenía, pero ahora era demasiado tarde, pues ya estaba metida hasta las patas en las intrigas de la vieja loca, y la única esperanza que me quedaba era que, al hablar con ella, decidiera cambiar su actitud.

—Mira, Ema, te diré algo por enésima vez: termina con ese pelotudo, que no te hace bien. Andai' con cara de muerta, ya ni te rei', no queri' comer, lo pasai' pésimo. Olvídate de ese tipo. —Sofí intentaba convencerme.

—Él dice que me ama y me mandó un mail súper lindo, disculpándose por su comportamiento de ayer.

—¿Qué hizo ayer? —Milo me miró con su cara roja de ira, mientras se paraba del banco para quedar frente a mí.

—Nos cruzamos en la recepción, antes de entrar al Consejo; él estaba con su mamá y ni me miró —levanté la cabeza para ver sus ojos

—¿Viste?, es un poco hombre. Hazle caso a Sofí.

—No digas eso, Milo, tú no lo entiendes porque no sabes todo lo que sufre por las tonteras que se le ocurren a su mamá. ¿Eres capaz de comprender que lo obligaron a ignorarme? Rodri me ama tanto como yo lo amo a él. Me lo dijo y yo le creo.

—Estai' ciega, Ema, eres tú quien no se da cuenta que el tipo no te pesca, ¿o crees que no vi que intentaste hablar con él en clases y no te dio ni la hora? —Milo estaba realmente enojado.

—Estai' viendo mal, po' Milo, llegó el profe ... y por eso no pudimos hablar.

—Sí, claro, y ahora está desesperado intentando encontrarte en medio del patio para demostrarte cuanto te ama —respondió, burlón.

—¡Ya, paren de pelear! —Sofí nos hizo callar.

Permanecía en el patio soportando el frío, aprovechando el silencio de mis amigos para cavilar sobre quién podría haber iniciado el rumor que dejó mi imagen por el suelo.

—¿Saben?, lo único que quiero saber es quién anda diciendo en el curso que soy una puta, quién vio la conversación de chat y la desparramó a los cuatro vientos.

—Ema, ¿te cabe alguna duda que fue el propio Rodrigo? Yo te dibujo el mono: primero se lo contó a su amiguito Gerardo, él se lo contó a la Colomba y eso es lo mismo que publicarlo en Internet. —Milo se sentó nuevamente en el escaño, habiendo secado antes el asiento con un pañuelo desechable, para que Sofí y yo lo acompañáramos.

—No, yo creo que la mamá divulgó el contenido del chat cuando pidió ayuda para que te vigilaran en el colegio. —Sofí tenía su propia versión.

—Ema, si tú fueras mi polola, jamás hubiera permitido que mi mamá te hiciera lo que te está haciendo la señora esa. Rodrigo no te cuida, entiende de una vez por todas.

Entender es fácil, porque mi cabeza comprende todo lo que está pasando, pero mi corazón lo único que sabe es que quiere estar con Rodri.

En las dos clases anteriores al almuerzo fui incapaz de prestar algo de atención. Mi mente estaba ocupada en la idea que me rondaba desde que leí el mail de Rodri: hablar con su mamá. Ella venía todos los días al cole para traerle el almuerzo recién preparado, y esa sería mi oportunidad. Apenas sonó el timbre del recreo largo, salí de la sala en

medio del alboroto, escabulléndome entre mis compañeros, para que mis amigos no se percataran de mi ausencia. Me dirigí corriendo a la recepción y me escondí detrás de uno de los sillones de espera, casi al mismo tiempo la señora de pelo rojizo cruzó la puerta de vidrio de la recepción, donde permaneció esperando la llegada de su niño. Luego de haberle entregado la lonchera, y cuando mi pololo ya se había alejado en dirección al patio, salí de mi escondite y alcancé a la señora justo cuando se disponía a abrir la puerta de salida.

—¡Señora Claudia! —la llamé y ella se detuvo—, ¿puedo hablar con usted?

—Yo no tengo nada que hablar contigo —me dijo, al tiempo que me dirigía una mirada despectiva.

—Soy yo... —tragué mi orgullo y afirmé—: soy yo la que quiere hablar.

—Si quieres decirme que te deje pololear con mi hijo, pierdes tu tiempo.

—Pero, señora, nosotros nos queremos.

—Es posible que tú lo quieras, pero él no a tí —me dijo y se dispuso a salir nuevamente; yo la detuve por un brazo— ¡Suéltame! —me ordenó.

—Pero, señora...

—Mira, niña, eres una mocosa agrandada que lo único que quiere es incitar a mi hijo a hacer cosas que él no quiere hacer. Espero que en el Consejo se den cuenta de la calaña de alumna que eres y te echen con viento fresco —la mujer abrió la puerta y se fue.

Me sentí miserable, como un gusano arrastrándose lo más rápido que puede para evitar ser pisoteado, pero que no lo logra. Regresé al patio, sin buscar a mis amigos, y menos a Rodrigo, para evitar contarle la embarradita que había dejado al intentar hablar con su mamá. La idea no había resultado tan buena como creí, pero tampoco me podía deprimir más de lo que estaba. Mejor sería pensar en otra solución, tal vez en seguir pololeando clandestinamente, pero teniendo, esta vez, mayor cuidado para que nadie se enterara, ni siquiera mis amigos.

El recreo terminó y el resto del día pasó lento y triste, gracias a las miradas de mi supuesto pololo, que eran tan frías como la brisa que calaba los huesos.

A la salida de clases tuve que esperar que Sofí y Milo hablaran con la profe de Arte. Pensé quedarme sentada en los escaños frente al quiosco, pero hacía mucho frío y el único lugar abrigado abierto a esa hora era la recepción. Caminé por los pasillos, esquivando a los niños chicos que, como digo, son clientes frecuentes de la enfermería, pues corren como manadas de potros salvajes, sin fijarse si tropiezan o chocan con alguien y quedan llorando en el suelo con las rodillas peladas o un cototo en la cabeza. Estaba en eso, saliendo del camino de los niños, cuando a través de las vitrinas con trofeos que divide la recepción de las rejas que dan al primer patio, vi por segunda vez a la mamá de Rodri conversando con otra apoderada, que también pertenece al Centro de Padres.

Después del intento fallido de conversación con la señora, su sola presencia me atemoriza, haciéndome sentir que debo permanecer fuera de su vista, como para que olvide que existo. Esa mujer provoca en mí la sensación de ser culpable de un crimen atroz, que ella está encargada de descubrirme.

—¿Te vai', Ema, no me dijiste que ibai' a esperar a Milo y a la Sofi? —Cote y su amiga Catalina habían llegado a mi lado en el preciso momento en que quedé absorta mirando a las dos mujeres.

—Los estoy esperando pero, como me dio frío, quise refugiarme un rato en la recepción.

—Nosotras también vamos pa' llá —Cote me sonrió—. Vamos.

—Mejor espero aquí —me disculpé. Cote miró a través de la vitrina y entendió todo.

—No querí' ir porque está la mamá del pesado de Rodrigo, ¿verdad?

—Un poco.

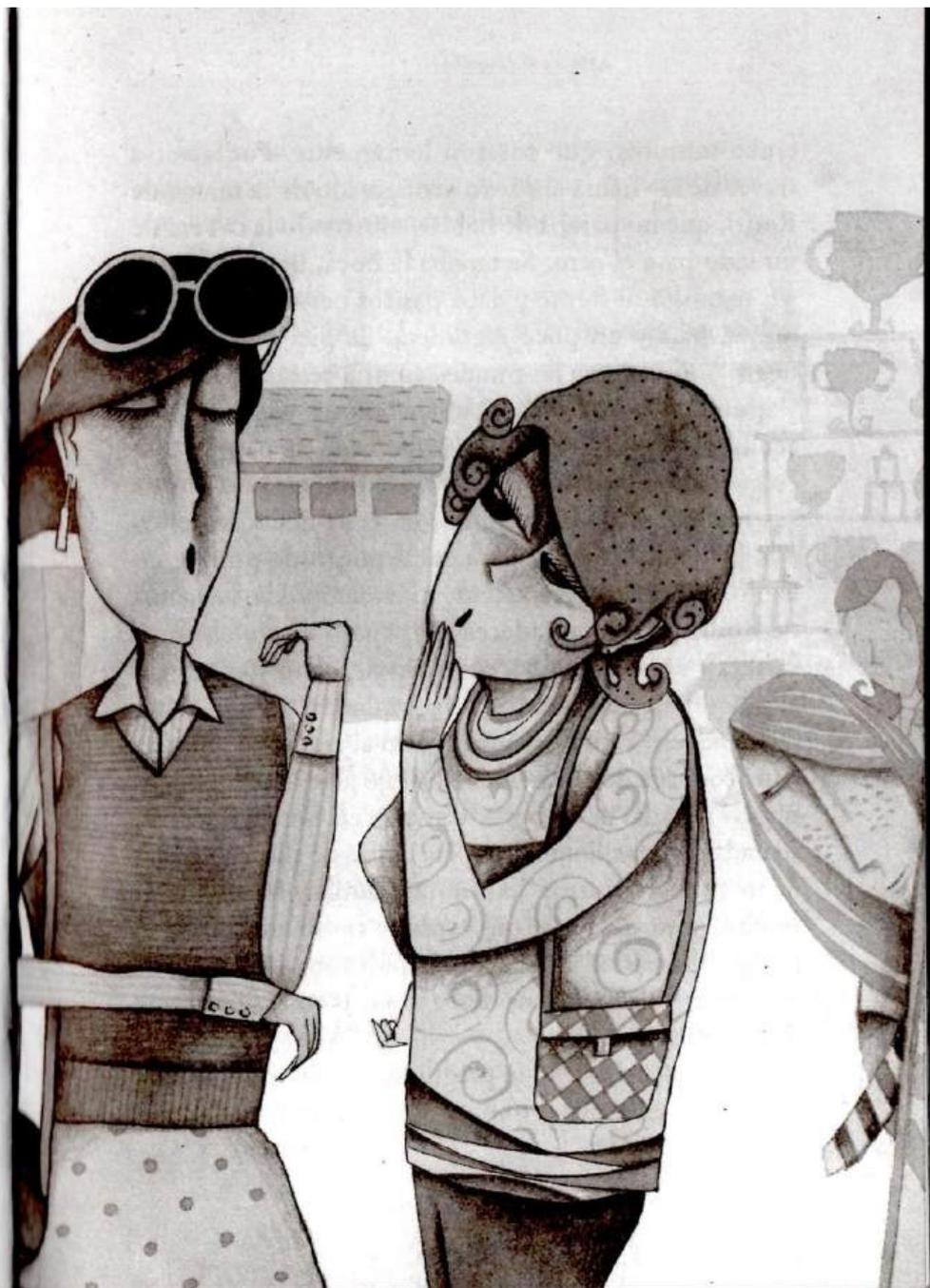
—No seai' tonta, vamos —Cote me tomó por un brazo, obligándome a caminar rumbo a la recepción.

—Espera, quiero saber de qué hablan.

—Oye, mis honorarios de espía son altos... jajaja. Espérame aquí y te cuento lo que trama el brujerío.... jajajaja.

—Cote continuó su camino con Catalina, mientras yo permanecía inmóvil.

Con la maraña de chicos corriendo, yo pasaba desapercibida, así que me quedé esperando a Cote unos



cinco minutos, que pasaron lentamente. Podía ver a través de la vitrina el rostro acongojado de la mamá de Rodri, que no paraba de hablar, moviendo la cabeza de un lado para el otro. Se tapaba la boca, llevaba una de sus manos a su frente y daba pasitos nerviosos. La otra mujer, baja y un poco regordeta, de piel mate y pelo negro ondulado en las puntas, asentía cerrando los ojos y apuntado la cara al cielo, mientras cada cierto tiempo acomodaba el enorme bolso atiborrado de papeles que colgaba de su hombro derecho. De pronto, con una de sus manos, plagada de anillos en cada dedo, le aplicó a la pelirroja, que parecía estar a punto de romper en llanto, unas palmaditas afectuosas en su espalda. La mamá de Rodri pareció agradecer el apoyo, y luego abrió su cartera y sacó un espejo, examinó su rostro y se arregló el maquillaje con una pequeña esponja.

No advertí cómo llegó mi pololo al lado de su madre. Este, con cara de chico bueno, le dijo algo al oído, mientras las miradas de ambos se clavaron en Cote y Catalina, sentadas en los sillones de espera detrás de ellos, a no más de treinta centímetros. La señora Claudia y la otra mujer miraron con desdén a mis espaldas y caminaron hacia el jardín de la entrada, donde se despidieron.

Cote me hizo una seña desde su lugar en el sillón y me dirigí a su encuentro.

—¿Qué escuchaste? —le pregunté, sentándome lo más cerca posible de ella.

—Le contaba de todos los problemas que tenía en el colegio por una niña “suelta de cascos” que acosaba a su hijo —me relató, en apenas un susurro.

—¿Qué?

—Eso, que en el colegio escaseaba la moral y que de seguro a fin de año saldrían unas cuantas embarazadas, como ocurriría con una suelta que de seguro termina con guagua antes de salir de cuarto. —Me dio tanta vergüenza saber que hablaba de mí, que me puse roja.

—¿Qué más dijo?, ¿nombró a alguien? —no sé para qué pregunté, si no quería escuchar la respuesta.

—Ema, tómate esto como de quien viene y no le hagas caso. —Cote tomó una de mis manos cariñosamente.

—Dime, Cote —le supliqué.

—Que conste que tú me lo pediste —me advirtió—. Dijo que su hijo, que era tan buen niño, de familia bien constituida como Dios manda, educado, compuesto, estudioso, se había puesto a pololear con una pobre niñita hija de padres separados, que lo único que quería era “eso, tú entiendes”...

—No entiendo —la interrumpí.

—Te estoy diciendo lo que dijo ella; no sé a qué se refería, pero tengo una idea de ello —me habló impaciente—, y que su pobre hijo estaba tan angustiado en ese pololeo, que ella lo notaba mal, pero que no se atrevía a preguntar hasta que vio lo que tu le escribiste en un chat...

—¿Me nombró? —interrumpí nuevamente.

—Sí, te nombró. ¿Me vas a dejar terminar o no?, que ya tengo que irme a la casa.

—Perdón.

—Sigo... y que ahí el pobre le contó todo: que tú eras agrandada y querías “hacer otras cosas poco sanas”; entonces ella, que intenta ser una buena madre, acordó con su hijo que lo mejor era terminar con la pololita. Eso fue. Después llegó Rodrigo, le dijo que nosotras éramos compañeras de curso —recién en ese momento se dieron cuenta que estábamos detrás de ellas— y se fueron.

—Gracias —les dije a las chicas y ambas salieron del colegio.

¿Por qué mi pesadilla no terminaba?, ¿por qué tenían que hablar de mí?, me preguntaba, sentada en la recepción, esperando la llegada de mis amigos. Amo tanto a Rodrigo, pero no podemos estar juntos. ¿Qué tendría que hacer para evitar que su mamá me odie?

Nota: No aguanto el sueño, dormiré un rato, después sigo.

### *En la noche.*

Estoy furiosa. Mamá me contó lo que había hablado con el rector, quien le comunicó la razón por la que la mamá de mi pololo me tiene vetada para su hijo. Ahora me muero de vergüenza de solo imaginar que me lo puedo encontrar en algún pasillo del cole. Me enfurecí con mamá, hasta creo que le grité por haber contado mis cosas íntimas, pero ella

me explicó que era la única forma de frenar el escándalo. No sé qué pensar, creo que la odio.

Si no hubiera sido por la pelea con Colomba, nunca me hubieran llevado al Consejo Estudiantil y, por ende, mamá no se habría enterado de las propuestas que me hizo Rodrigo por chat, y tampoco hubiera tenido que hablar con el rector para librarme de ese tribunal de pacotilla.

No es mi estilo andar agarrándome a combos por la vida, pues la violencia me carga, y siempre he pensado que los problemas se pueden arreglar hablando. Lamentablemente para mí, el martes dejé de lado la paz, porque ya no soportaba más a ese par de intrigantes.

La mañana era de lo más normal; yo, sentada en mi puesto de siempre al lado de la Cote, intentando escuchar lo que decía el profesor de matemática. Mis compañeros murmuraban cada vez que se daba vuelta a escribir en la pizarra y luego venían los retos típicos por indisciplinados. Ya ni me molestaba, era parte de la rutina diaria: estar en clases era como hallarse en una jungla plagada de animales ruidosos, que no se respetan ni a sí mismos. De pronto, el profe Jorge se tomó la cabeza, como si estuviera mareado, se apoyó en la muralla y caminó con dificultad hasta su escritorio. Parecía sentirse realmente mal, por lo que consiguió que todos guardáramos silencio. Sofía, que siempre tiene ideas atinadas, salió de la sala y llamó a una inspectora para que fuera a ver lo que le ocurría al profesor, que a esas alturas estaba completamente pálido. La señorita le pidió

ayuda a dos de mis compañeros más fornidos, quienes lo llevaron en andas a la enfermería.

Faltaban unos quince minutos para que sonara el timbre del recreo y mis compañeros, al verse sin una autoridad en la sala, comenzaron a pararse de sus puestos. Alberto y Joaquín tomaron sus posiciones habituales, encaramados en una de las mesas, mirando por la ventana para alertar si algún profesor o inspector se acercaba por los pasillos. Oscar le quitó el chaleco a su compañero de puesto, lo envolvió para formar una improvisada pelota y junto a otros tres compañeros, comenzaron a jugar una pichanga de fútbol en la parte delantera de la sala. La Cote se paró y se fue a conversar con Catalina, mientras yo permanecía sentada en mi lugar, en medio del alboroto, intentando terminar de escribir los ejercicios que el profesor había dejado anotados en la pizarra. De pronto, miré hacia el fondo de la sala y me encontré con la mirada de Rodrigo, le sonreí y él caminó hacia mí, esquivando los estuches que volaban por el aire.

Mi pololo ocupó el lugar de Cote, tomó una de mis manos, que tenía sobre el escritorio y, sin decir palabra alguna, me besó en la mejilla. De pronto me dio la sensación de estar solos en la sala: ya no escuchaba los gritos de mis compañeros ni veía papeles desparramados por todas partes.

—¡Rodrigo! —un grito me sacó de mi aturdimiento. Frente a nosotros estaba Colomba, grabando con su celular todo lo que estábamos haciendo.

—¿Qué haces, pendeja?! —le grité, al tiempo que me paraba del asiento para intentar quitarle el teléfono.

—Grabo una película muy interesante, y estoy segura que a la mamá de Rodrigo le encantará saber lo que hacen en clases —respondió Colomba, con voz cínica.

Me dio una rabia enorme, todo lo vi rojo y me abalancé sobre ella para arrebatárle el maldito celular, pero no lo conseguí porque la estúpida se lo lanzó a Teresita, que estaba detrás de ella, y la muy arrastrada salió corriendo con el aparato, muerta de la risa, como si se tratara de un juego.

—¿Querí' hacer películas conmigo, retardada? —le grité, a la vez que le daba un empujón.

—¡No te metái' conmigo, puta! —me respondió tan fuerte, que mis compañeros dejaron de lado la pichanga, los estuches ya no volaron más, y un silencio incómodo se apoderó del lugar.

Del resto, solo recuerdo a Colomba, sacudiendo mi cabeza sujetándola por el pelo, mientras yo intentaba liberarme dándole manotazos, que no lograba acertar. Sentía tanto dolor, que le mandé un par de patadas en las pantorrillas que la hicieron soltarme y, como ya estaba metida en la pelea, le agarré el moño, como si quisiera arrancárselo, mientras ella, con las manos empuñadas, me daba golpes en la espalda.

—¡El inspector! —escuché el grito de Alberto, que seguía vigilando por la ventana.

Creo que unos pocos corrieron a sus puestos. Incluso Colomba, que está acostumbrada a este tipo de situaciones,

intentó zafarse de mí para que no la sorprendieran peleando. Pero yo estaba tan enojada que no la solté y, aprovechando su descuido, la lancé al suelo y seguimos revolcándonos y dándonos golpes entre los pies de los compañeros que intentaban separarnos.

El señor Bustos quiso, en un primer momento, suspendernos a las dos, pero como consideró que la pelea era extremadamente grave, optó por llevarnos al Consejo Estudiantil, que casi siempre termina con la expulsión de los culpables.

Esa fue la primera vez que tuve una pelea a golpes con alguien. Lo peor de todo es que, pese a crearme pacifista, estoy dispuesta a darle nuevamente a Colomba un par de puñetes si me sigue molestando.

Nota: Me dio sueño, me iré a dormir.

### ***Viernes 9 de junio.***

Hoy Rodri no fue a clases y a las molestosas de Colomba y Teresita les quitaron los celulares por un mes por andar grabando sin mi autorización. Como nadie me molestó, pensé que el día sería tranquilo; pero no, siempre las cosas pueden salir mal, por más esfuerzo que una haga para que no sea así.

Después del colegio, Sofí, Milo y yo nos dirigimos a la casa de la Cote, para hacer un trabajo de Lenguaje y

dispuestas a sacarnos un siete, aunque ya ni me acuerdo de qué se trataba, porque tengo la cabeza que se me revienta con tanta pena y rabia juntas. A eso de las cuatro de la tarde llegamos a la casa, situada en un barrio nuevo en los faldeos cordilleranos, en el que también vive Rodri, a un par de cuadras de mi compañera de puesto. La abuela de Cote nos recibió con sándwiches y jugos y, después de jugar un rato con su perro, nos dedicamos a nuestras obligaciones. Me hizo sentir bien hacer otra cosa, ya que al tener la mente ocupada evitaba pensar en mi pololo.

Todo marchó perfectamente hasta que mamá llegó a buscarme. Salí con mis compañeros hacia el auto, que me esperaba frente al antejardín y, justo en ese momento, aparecieron Rodri y Gerardo, caminando y conversando animadamente. Sin detenerme a pensarlo, lo saludé: –¡Hola, Rodrigo! –pero nadie respondió–. ¡HOLA, RODRIGO! –le grité, pero nada, pasaron junto a nosotros como si no existiéramos. Mis amigos me miraron en silencio, mamá se bajó del auto y me abrazó.

–No vale la pena, Emita –me susurró al oído y me llevó hasta la puerta del acompañante, abriéndola para que subiera, como lo hacía cuando era niña y me acomodaba en la silla para niños. Me fui llorando como una Magdalena los quince minutos que tardamos en llegar al departamento, para luego encerrarme en mi dormitorio hasta la hora de la cena.

—¡A comer! —mamá gritó desde el pasillo.

—¡No tengo hambre! —respondí con otro grito, pero mamá no se dio por vencida. Abrió la puerta y se sentó a mi lado en la cama, donde me encontraba tendida boca abajo, sorbiendo los mocos y con los ojos rojos.

—Tienes que comer.

—No tengo hambre.

—Ema, mira... yo sé que piensas que soy una vieja incapaz de entender lo que estás sufriendo pero, créeme que lo entiendo. Si ese niñito no te saluda, ni siquiera por educación, es que no vale la pena.

—Pero yo lo amo —me brotaron más lágrimas.

—Chiquitita mía —mamá me abrazó, mientras acariciaba mi pelo.

—Me quiero morir —me salieron las palabras sin pensar.

—¿Cómo me dices eso?

—Es que es verdad, mamá, ya no quiero seguir viviendo. Me duele el pecho y la cabeza de tanto llorar y lo peor es que, haga lo que haga, no puedo dejar de amar a Rodrigo. Aunque no me mire, aunque no me salude, aunque me evite, lo sigo queriendo.

—Ema, lo único que te puedo decir es que todo pasará. —Me puse de espaldas en la cama y mamá se tendió a mi lado.

—¿Cuándo, en cuánto tiempo más?

—No sé, pero si te quedas encerrada llorando, no te darás la posibilidad de pensar en otras cosas y de seguir con tu vida.

—Oye, mamá, yo pensaba que cuando supieras lo de esa conversación de chat me ibas a castigar por el resto de la vida. ¿Por qué no te enojaste? —me sequé las lágrimas con la manga de mi chaleco y la miré fijamente a los ojos.

—Es complicado, Ema. No puedo enojarme por algo que considero completamente normal, aunque lo que sí me tiene preocupada es que te estés metiendo en líos de pareja que no están en concordancia con tu edad. —Mamá se sentó en la cama, intentando hablarme calmadamente.

—Yo no hice nada —me defendí.

—Sé que no hiciste nada, pero también es verdad que imaginé que este pololeo no pasaría de besitos y tomaduras de manos.

—Mamá, te juro que no pasó nada más que eso, el resto fueron cosas que me escribió Rodri.

—Ya me lo dijiste y te creo, pero quizás debiste haberle dicho que no querías hablar de esas cosas.

—Yo no dije nada.

—Mira, Ema, quiero que entiendas algo: tienes catorce años, y como pronto cumplirás quince, tu cuerpo puede parecer el de una niña grande, casi el de una mujer, y es normal que quieras experimentar cosas nuevas. Pero, mi vida, con tus poquitos años, si te pones a hacer cosas de grande, por mucho que creas que tu cuerpo está listo, tu mente aún no lo está y pasan estas cosas. Si tú fueras una mujer, estarías preparada para enfrentar este tipo de problemas y, querida, está claro que tu cabecita aún es la de una niña.

—¡Mamá, yo no quería hacer nada con Rodri! —le contesté, algo molesta.

—Ya sé, Ema, pero los chicos de hoy por lo general están súper erotizados, y la verdad es que no podemos pedir algo distinto: es cosa de mirar cómo bailan o ver los programas de la tele dirigidos a los jóvenes, en que lo único que hacen es mostrar pechugas y traseros. Si tu pololo ve esas cosas, lo más probable es que quiera tener algo más contigo.

—Pero no es mi culpa, y ahora la vieja de la mamá de Rodri me odia, me hace la guerra y arruinó todo lo lindo que teníamos.

—Preciosa, ya no hay nada que hacer; esa señora no te quiere y yo tampoco quiero que te humilles más. Lo que ocurrió hoy es el colmo: ese chico te ignoró y te quedaste con el saludo en la boca. Mi vida, ten un poquito de amor propio, deja de llorar, deja de lamentarte y olvídate de ese chiquillo, que no te merece.

—Es que no puedo —insistí, llorando nuevamente de solo imaginar la vida sin mi gran amor.

—Vas a poder —mamá me abrazó.

No sé cuanto rato me quedé abrazada a ella. Mamá no hablaba, solo me daba besos en la frente y me acariciaba el pelo. Finalmente me quedé dormida, y al despertar ella ya no estaba.

Al encender el computador me di cuenta que era casi medianoche. Por inercia ingresé al chat, como siempre

lo hago, casi sin pensarlo. Lo primero que vi fue una invitación de amistad de Rodrigo. Me llamó la atención, porque su mamá le tenía terminantemente prohibido tenerme como amiga, obligándolo hace unas semanas a borrar de Facebook y del Messenger. Sin pensar, acepté la invitación.

No pasaron ni cinco minutos cuando el botón de la mensajería instantánea comenzó a parpadear:

**Rodri dice:**

*Ola*

**Em@ dice:**

*Te conozco???*

**Rodri dice:**

*Pesada ☹*

**Em@ dice:**

*Es q como no me saludaste*

**Rodri dice:**

*Tu sabes q no podía*

**Em@ dice:**

*Verdad po', tu mamita se podía enojar*

**Rodri dice:**

*Si tu sabí que no me dejan hablar contigo, no quiero tener más ataos.*

**Em@ dice:**

*Yo tampoco, así q xao, y te digo al tiro q te estoy eliminando del xat.*

**Rodri dice:**

*Te amo ;)*

**Em@ dice:**

*No te creo, me hubieras saludado.*

**Rodri dice:**

*No podía.*

**Em@ dice:**

*Tu mamita no te estaba mirando, no estaba ni cerca.*

Abandoné el chat y lo eliminé antes de tener oportunidad de arrepentirme.

Después de apagar el computador, me dirigí a mi sillón verde pistacho, abrí la cortina y me puse a mirar las gotas de lluvia que golpeaban el vidrio. No tenía ganas de pensar, quería tener la cabeza en blanco, pero no podía. Alguna vez leí en una revista que el amor era algo así como una enfermedad, un estado de locura que vuelve a las personas vulnerables, incapaces de darse cuenta de las mentiras que les decían sus parejas, pues la mente fabricaba justificaciones para aceptarlas como verdaderas. ¿Será eso lo que me está pasando? ¿Estaré tan enamorada de Rodrigo que justifico sus desprecios? Mamá tiene razón: no me puedo seguir arrastrando, no por orgullo, sino que por salud mental. No tengo ganas de estar con una persona a la que veo cinco días a la semana y en cuatro de ellos pareciera que yo no existo.

Estoy tan confundida, que ojalá me llegue una señal que me indique qué hacer.

**Sábado 10 de junio.**

Hoy desperté como al mediodía, debido al ruido que provenía de la sala. Bajé de mi cama a investigar qué ocurría y encontré sentados en el sofá a Milo, Sofí y Cote, esperándome.

—Te vinimos a buscar —Cote habló sonriente.

—¿Para qué?

—Anda a arreglarte, vamos a salir —ordenó Sofí.

—No quiero.

Regresé a mi dormitorio, sin importarme que mis amigos se hubieran quedado en la sala. Transcurridos unos segundos, mamá dio tres golpecitos a la puerta y entró.

—Ema, se acabó, ya no más —yo estaba mirando a través de la ventana. Vino a pararse a mi lado.

—¿Qué es lo que se acabó? —le pregunté, de malas ganas.

—Eso de andar llorando por los rincones, de no querer comer, de tratar mal a tus amigos. ¡Basta ya!

—¿Qué quieres que haga?

—Que salgas con tus amigos, que sigas viviendo; ya lloraste todo lo que tenías que llorar.

—Y tú crees que con decirlo ya está? —Me aparté de su lado y regresé a la cama.

—Mira, Ema, me da lo mismo si te gusta o no, pero no quiero verte lloriquear por ese niño. Eso se terminó ayer, así que ahora ve a ducharte, arréglate bien bonita y sal con tus amigos. Si no lo haces, me vas a ver enojada, ¿y tú no quieres eso, verdad?

Mamá no esperó mi respuesta, saliendo algo molesta de mi dormitorio, por lo que no me quedó otra alternativa que obedecer.

Tomamos el Metro que, pese a ser sábado, estaba atestado de gente. Nos abrimos paso como pudimos entre las señoras con guaguas, hombres de terno y maletín que tenían la desgracia de trabajar los fines de semana y uno que otro escolar que regresaba de las lamentables clases de los sábados que tienen algunos colegios. Permanecimos apretujados de pie frente a la puerta del vagón, pues el centro comercial al que mis amigos me llevaban estaba a escasas tres estaciones.

Al llegar ya no me sentía tan enojada. Pensé que quizás la salida de compras ayudaría a quitarme la imagen de Rodri de la cabeza. El día estaba iluminado por un tímido sol, que parecía no recordar que ya casi era invierno, y que traía algo de calor. Los chicos caminaban animados, mientras yo los seguía dispuesta a hacer lo que me pidieran. Después de todo, agradecía que se tomaran la molestia de perder un día de su fin de semana en mí.

A las dos de la tarde el mall aún era soportable, porque todavía no se había llenado y se podía caminar con cierta tranquilidad por sus pasillos bordeados de vitrinas coloridas, que exhibían la moda invernal. Como primera medida, los chicos me condujeron a una heladería, y nos sentamos en un rincón, al lado de unas palmeras plásticas que le daban un aire caribeño al local. Se acercó a atendernos un chiquillo

rubio con apariencia de universitario, de camisa blanca, pantalones negros y un delantal amarrado a la cintura. Sofí le dio un codazo a Cote y las dos lo observaron de pies a cabeza, para luego lanzar una risita cómplice, al tiempo que el muchacho nos ofrecía la carta.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Milo, apenas el chico se alejó de la mesa.

—No puedes negar que estaba rico —dijo Cote, al tiempo que los cuatro soltábamos la risa.

Cuando el chico regresó, pedí un milkshake y mis amigos, helados. Esta vez, las tres seguimos descaradamente la figura del muchacho que se perdía detrás del mesón.

No habían pasado ni dos minutos, cuando Cote empezó a hablarnos, con cara de circunstancias.

—Este es el plan: con mi abuela hemos visto un programa en el Discovery Home & Health que se llama “Olvida a tu ex”, y que encontramos súper entretenido. Se trata de hacer cosas para que las chicas se saquen de la cabeza a sus ex novios, y eso es lo que haremos con Ema, para que se olvide del pelotudo de Rodri —dijo Cote, con una sonrisa de niña inteligente.

—Jajaja —no pude evitar una carcajada ante semejante idea. Sofí y Milo me imitaron.

—No se rían, esto va en serio —nos aguantamos la risa para continuar escuchando las instrucciones—. Milo, saca la libreta —ordenó la Cote y nuestro amigo escarbó en el bolsillo de su casaca, de donde aparecieron un lápiz y un papel—.

Anota –Milo obedeció–. Primero, cambiarle el peinado, que está muy pasado de moda –a los chicos se les escapó una sonrisa–. Segundo, comprar ropa de este siglo, porque la que tiene puesta es horrible –Sofí asintió con la cabeza y mi amigo seguía escribiendo, mientras yo los miraba con cara rara–. Tercero, ir a su casa y quemar todos los recuerdos y regalitos del estúpido.

–Oye, no me pueden obligar a eso –protesté.

–Tú no opinas –Cote me lanzó una mirada de reproche.

–Está bien, no me retes. Pero tu brillante idea me produce una duda: ¿con qué plata? –creí que con ese pequeño pero importante inconveniente, se le quitarían las ganas de jugar con mi desgracia.

–Con la que me entregó tu mamá. –Jaque mate, me embarró.

En pocos minutos terminamos de saborear las exquisiteces, pagamos la cuenta, y desfachatadamente le echamos el último vistazo al mesero. Pese a mis regaños, me llevaron casi a la rastra hasta una peluquería ubicada en el tercer piso del centro comercial, que a esas alturas ya comenzaba a llenarse de familias completas.

Miré con un poco de temor el letrero que anunciaba “De Pelos” escrito con letras cursivas de neón rojo.

–No quiero –dije, mientras me agarraba el pelo con las dos manos.

–Claro que quieres –dijo Cote con decisión, al tiempo que me tomaba de una mano y me arrastraba al interior.

Se nos acercó una señora delgada, bajita, de largo pelo rubio perfectamente cuidado y con un delantal blanco.

–¿Quién se atiende? –preguntó, como si fuera una grabación.

–Ella –respondieron mis amigos en coro, señalándome cada uno con el dedo índice como si intentaran zafarse de una tortura.

La mujer se me acercó más de lo que me hubiera gustado y comenzó a toquetear mi pelo largo y rubio natural.

–¿Ya pensante en lo que te quieres hacer? –preguntó.

No pude responder, ya que mis amigos habían tomado unas revistas con peinados y en menos de dos minutos tenían decidido mi destino. Me sentaron en un sillón al lado de dos señoras con las cabezas entubadas que olían a químicos a punto de hacer explosión y le mostraron el peinado que querían para mí al hombre delgado, de pelo con visos verdes, cejas depiladas, brillo en los labios y voz suave, que había sido encargado para torturarme. Contemplé con pena como mi largo pelo iba siendo mutilado y hasta me parecía que, con cada sonido de la tijera abriéndose paso por mi cabeza, saltaba una lágrima.

–No escandalices, Ema, es solo pelo –Cote puede ser muy insensible cuando quiere.

El tiempo que tardó el estilista en lograr mi nuevo look se me hizo eterno. Cuando terminó y pude ver mi imagen reflejada en el enorme espejo, casi morí: una melena desflecada, que llegaba un poco más abajo de la oreja, con

una chasquilla tijereteada que jamás en mi vida me hubiera hecho voluntariamente.

—¡No me gusta! —di un grito desesperado, al tiempo que miraba esparcidos en el piso los restos de mi pelo.

—Calma, niña —sonó lo voz de pito del peluquero—, me falta peinarlo.

El hombre tomó un frasco con mousse, del que vertió un poco en las palmas de sus manos y lo pasó por mi pelo, desordenándolo por completo. —Ya está —dijo con una sonrisa triunfante, como si estuviera observando una verdadera obra de arte.

—No sé si me gusta —sentenció.

—No seas tonta, quedaste bella. —Cote se acercó a la caja para pagar el corte y el peinado.

—De verdad, Ema, se te ve súper lindo, moderno, con personalidad —me consoló Milo.

—Amiga, es distinto y de eso se trata: que desde hoy en adelante seas otra Ema, una a la que le de lo mismo Rodrigo —opinó Sofí.

Quizás tenían razón y ya era tiempo de pensar en terminar con ese pololeo que me estaba trayendo puros problemas. Es verdad que siento que se me parte el corazón cada vez que veo su cara, escucho su voz o simplemente lo recuerdo, y lo malo es que todo el tiempo lo tengo metido en la cabeza, sintiendo que nunca más podré sacármelo de ella. También es verdad que, cuando la vieja arpía de su madre le prohibió hasta hablar conmigo, hicimos un

pacto secreto, mediante el cual juramos que seguiríamos estando juntos y amándonos pasara lo que pasara. Yo estaba dispuesta a que nos reuniéramos a escondidas, a crearme un nuevo perfil en el Facebook, y a inventar una nueva cuenta de chat para seguir conectados; pero, después de lo que ocurrió ayer, en que ni siquiera tuvo la delicadeza de mirarme, creo que no le intereso tanto como dice y quizás es cierto lo que piensa Milo.

—Es hombre, Ema, y puede que te quiera de verdad, pero también quiere probar otras cosas —me había dicho Milo ese día en que quedó la escoba con los comentarios en el colegio y no tuve otra alternativa que contarle a mis amigos lo que estaba pasando.

Cerca de las cuatro de la tarde ya no se podía caminar por los pasillos del mal; se habían iniciado las liquidaciones de invierno y las personas atiborraban las tiendas comprando cualquier cosa que fuera “oferta”, como si se tratara de una orden divina que no se podía eludir. Avanzamos, intentando no perdernos en medio del tumulto, hasta la tienda Caprichos, que mis amigos saben que me encanta. Nos dirigimos a la sección juvenil, donde comenzaron a escoger las prendas que consideraron más apropiadas para mi nueva imagen. No fue tarea fácil, y en más de una ocasión a Cote y Sofí les tocó disputar a tirones una prenda bonita y a buen precio. Resultado: unos jeans ajustados y un poco desgastados en las rodillas que, como soy muy flaca, no se me pegaban en ninguna parte del cuerpo. Estoy

segura que no serán del agrado de mi mamá, que piensa que es botar la plata pagar por algo que tiene aspecto de viejo. También seleccionaron una polera de manga larga de color rojo, con tachas plateadas que formaban la figura de un ave en vuelo, y un sombrero de fieltro negro, con el que coronaron mi cabeza. —Te ves moderna, casi ruda —decretó Cote y los cuatro nos largamos a reír.

Después de todo, la idea de mis amigos no era tan mala, pues durante esas horas que dedicamos a las compras casi no me acordé de Rodri.

Volvimos al departamento cuando ya estaba oscureciendo. Mamá nos recibió muy animada, incluso la peste de mi hermano Nico se comportaba amorosamente. Nos sentamos a la mesa a tomar onces y devoramos el montón de cosas ricas que mamá había preparado pensando en mí. Lo sé, porque normalmente le da flojera hacer panqueques, y esta vez se había esmerado en cocinar los más deliciosos del mundo.

Pensé que a esas alturas a los chicos se les había olvidado la ocurrencia descabellada de quemar mis recuerdos de Rodri, pero estaba equivocada. Apenas engulleron todo lo que pudieron, se pararon de la mesa como resortes y, armados de una gran bolsa plástica, me llevaron casi arrastrándome hasta mi dormitorio. Me sentaron en el sillón junto a la ventana y comenzaron a hurgar.

Me pregunto si seré tan predecible, porque nunca imaginé que los chicos encontrarían al instante la caja en

que guardaba todos los recuerdos que me ataban a Rodri. Sofí encontró en la última repisa llena de cachureos de mi armario, la caja de zapatos que hace un tiempo yo misma había forrado con papel de seda rosado y decorado con muchos corazones de distintos colores. La alzó como si se tratase de un trofeo y a continuación los tres chicos se sentaron en la cama y comenzaron a escarbar en su interior, para ver su contenido. Estuve a punto de pararme y quitarles mi mayor tesoro, pero me arrepentí, pues pensé que probablemente lo mejor sería deshacerme de esas cosas que miraba todas las noches y que de seguro hasta estaban un poco manchadas con las lágrimas derramadas en los últimos días.

Me sentí tan extraña, como si observara mi vida desde lo alto: mis amigos sacando cada papelito que contenía un “te amo”, arrugándolo y depositándolo en la bolsa; el llavero con una niña con trenzas, que Rodri me compró en sus vacaciones en Pucón; el clavel de viruta de lápiz, que él mismo me hizo el primer día de clases; el corazón hecho de alambre y el diminuto osito de peluche que me regaló en la navidad pasada.

—¿Dónde guardas las fotos? —me preguntó Milo, que ya comenzaba a disfrutar esto de sacar a Rodrigo de mi vida.

—Yo sé —dijo Sofí y enfiló derecho hasta mi notebook, que mantenía cerrado sobre mi escritorio. Sin hablar, ni protestar, permanecí observando cómo lo hermoso que viví esos meses desapareció de la memoria de mi

computador con un simple clic. Ojalá pudiera apretar un botón y eliminar de mi cabeza su imagen, su voz, sus besos y sus caricias, y así todo esto tendría sentido. No pude evitar ponerme a llorar.

—No llores, Ema, lo mejor para ti es no tener nada que te lo recuerde —Cote se sentó a los pies de la cama, frente a mi; los chicos la imitaron.

—Pero, Cote, ¿cómo no entiendes que no sacas nada con botar todo lo que Rodri me regaló? Yo lo sigo recordando y, lo peor, lo seguiré viendo en el colegio —le dije, al tiempo que doblaba las piernas bajo mi cuerpo que descansaba sobre el sillón verde.

Mis amigos callaron por un instante, quizás preguntándose si lo que hacían tenía algún sentido.

—Ema, sé que es difícil, pero te juro que los tres estaremos contigo para lo que necesites —Sofi se paró de la cama y me abrazó, pese a que yo continuaba llorando como tonta.

Cote fue a pedirle a mamá algún recipiente metálico donde poder quemar mis recuerdos. Los cuatro llevamos al baño la olla vieja que le había pasado mamá, Milo encendió el extractor de aire, acumuló un poco de agua en la bañera en que puso la olla y, con un fósforo, comenzaron a quemar uno a uno cada recuerdo, hasta que solo quedaron cenizas.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó Cote, verificando que no quedaba nada más por eliminar.

—Me siento igual —respondí, con algo de congoja.



—Ahora tenemos que encontrarte otro pretendiente, porque eso hacen en el programa. —La miré con el ceño fruncido.

—El chico de la heladería no estaba nada de mal —dijo Sofí.

—No, es muy mayor, tiene que ser otro. Tengo un compañero de teatro, Camilo, de tercero medio, que es estupendo y divertido, ideal para la Ema —Cote sonrió.

—Chicas, no hablen como si yo no estuviera aquí; además, no quiero saber nada de los hombres —les repliqué, algo molesta por semejante ocurrencia.

Los cuatro seguíamos encerrados en el baño, yo sentada en el retrete, Cote en el borde de la tina, Sofí y Milo en el suelo frente a mí. Pese a que se respiraba un aroma enrarecido por el humo, el ambiente de complicidad me agradaba. Sentía que podría decir cualquier cosa dentro de esas cuatro paredes y que quedaría ahí para siempre.

—He estado pensando —insinué en voz baja— que si no fuera por la mamá de Rodrigo, no estaría pasando por esto.

—Esa mujer es muy pesada, me cae pésimo —agregó Cote —y sé de lo que hablo, acuérdate que vive cerca de mi casa.

—Ema, cuando piensas, me empieza a dar miedo, ¿qué estás planeando? —Milo me miró fijamente.

—Vengarme.

Milo abrió tanto los ojos, que por un momento pensé que sus globos oculares saltarían y rodarían por el piso. Sofí lanzó una carcajada y movió la cabeza de lado a lado, como si todo este tiempo hubiera estado esperando que

planeara algo en contra de esa mujer. El rostro de Cote fue presa de un brillo inusual y levantó su pulgar derecho en señal de aprobación.

—¿Qué opinan? —miré a los ojos a cada uno.

—Lo de siempre, que estás loca —Milo se apresuró a responder.

—Yo te ayudo —la voz de Cote era decidida—. Después de lo que escuché el jueves, lo menos que se merece esa señora es que le hagan una pitanza por teléfono.

—¿De qué estai' hablando? —preguntó Sofí, intrigada.

Cote me miró, sin saber si hablar o no y, como asentí con la cabeza, le repitió a los chicos lo mismo que antes me había dicho a mí.

—Pero Cote, por mucho que esa señora hable pestes de la Ema, no podemos ponernos a hacer tonteras. Ya se le va a olvidar este episodio, así que dejemos las cosas como están. —Milo se paró e intentó salir del baño, pero no pudo porque bloqueé la puerta con mi cuerpo.

—No son tonteras, Milo, estoy aburrída de ser la tonta buena que protege a todo el mundo, pero cuando soy yo la perjudicada, nadie me defiende.

—Ema, no te metas en más enredos, deja que se olviden del chat, que esto va a pasar. En un tiempo más nadie lo recordará.

—No quiero quedarme tranquila viendo como destrozan mi vida. No quiero ser la niña buena que llora por un pololo mamón. No quiero dejar que esa vieja maldita se

salga con la suya, contándole a todos los que la quieran escuchar lo suelta que soy, cuando todos aquí sabemos que nunca quise hacer nada impropio con Rodrigo, que fue él quien lo propuso. ¡La detesto! –Me alejé de la puerta para sentarme nuevamente en el retrete.

–Tiene razón –insistió Cote.

–Ustedes están locas, esa señora es la presidenta del Centro de Padres y te puede hacer pebre. –Milo intentaba hacerme cambiar de idea.

–Milo, ¿no te dai' cuenta que ya le embarró la vida? ¿Tú cachai la fama que tiene Ema en el colegio? –Sofí lo miró con cara de reproche–. Ema, cuenta conmigo.

–Y tú, Milo, ¿me vas a ayudar? –me acerqué a él, tomando sus manos entre las mías, mientras ponía cara de rogona.

–Tú sabes que siempre te ayudo –respondió, de malas ganas.

Los chicos se fueron y yo regresé a mi dormitorio. Hacia mucho tiempo que no me sentía con ganas de que amaneciera y dejar la cama para ocuparme de otras cosas que no fuera llorar por lo desdichada que me sentía. Esta era la primera vez que pretendía vengarme de alguien, y me gustaba la idea.

### ***Domingo 11 de junio.***

A mamá se le ocurrió que el día estaba demasiado lindo como para quedarnos encerrados en el departamento,

así que se puso a buscar en Internet algún panorama entretenido, hasta que encontró una función de teatro. Aunque el teatro me encanta, lamentablemente escogió El gato con botas, para que la pudiera ver mi hermano Nico. Me cargan esas obras para cabros chicos; encuentro que los actores hablan como estúpidos y los niños chillan todo el tiempo, sin que uno pueda concentrarse en lo que ocurre en el escenario. Siempre me pasa que, al terminar la tortura, en vez de haber disfrutado del espectáculo, lo que consigo es un dolor de cabeza feroz y odiar a cualquier humano que me llegue más abajo del hombro. Prefería quedarme sola en casa, pero mamá no lo permitió, así que opté por visitar a la Normi, pues con todos estos enredos no había tenido tiempo de verla en las últimas semanas.

Mamá me dejó a eso de las once de la mañana en la entrada del pasaje, con aspiraciones de condominio, donde vive mi abuela. No tenía ganas de encontrarme con las vecinas viejitas, que parece que no tienen con quien conversar y me detienen para decirme lo grande que estoy y preguntarme cómo me va en el colegio, como si a ellas eso les importara. Tampoco quería encontrarme con Milo, que vive frente a la casa de mi abuela, porque quería evitar que se me acercara con cara de chico que odia los problemas, para decirme que no me pensaba ayudar a vengarme de la vieja loca. Cuando estamos solos, casi siempre termina haciéndome desistir de esas

geniales ideas que se me ocurren, cosa que no consigue cuando las chicas están presentes.

La Normi me estaba esperando en el antejardín con su sonrisa permanente. Apenas me vio, corrió a saludarme con un abrazo que por poco me asfixia, y luego me acarició la cara con sus manos manchadas por los años.

—Pasa, que te tengo una sorpresa.

—¿Qué es? —pregunté, imaginando una fuente con soapillas, que tanto me gustan.

—Ya verás —respondió, caminando delante de mí, con un andar tan ágil que no concuerda con su edad.

Al entrar a la casa, la sorpresa que me aguardaba era mi nana Carmen, afanada con el tubo de la aspiradora en las manos, intentando sacar del tapiz de los muebles los pelos de las perritas de mi abuela.

—¡Carmen! —di un grito de alegría, al tiempo que la mujer detenía la máquina para correr a abrazarme.

—Mi gatita —permanecemos entrelazadas unos instantes. La percibí un poco más baja y delgada de lo que recordaba.

Carmen me había cuidado desde que tenía dos meses de edad hasta que debimos partir a República Dominicana para acompañar a papá en su nuevo trabajo. Yo siempre evocaba su aroma dulzón, parecido a colonia de guagua, su largo pelo negro, la redondez de su rostro moreno, con ese lunar característico en su mejilla izquierda, y sus manos cariñosas, pese a estar maltratadas por el trabajo diario. De vuelta a Chile quise llamarla, pero el número telefónico que tenía ya no existía.

La Normi libró del trabajo a mi nana, que siempre seguirá siendo mi nana, para que pudiéramos salir a conversar a la terraza. Nos sentamos en las sillas metálicas con cojines floreados, que habían logrado sobrevivir a los filosos dientes de las perritas de mi abuela. El jardín se veía lindo, pese a que el invierno que estaba aproximándose ya hacía estragos en los árboles, y lo que unas semanas antes había estado poblado por un verde intenso, ahora eran en su mayoría ramas peladas, casi melancólicas, a excepción del imponente naranjo cargado de frutos perfectos, con su aroma típico y los rosales recientemente podados.

En pocos minutos, Carmen ya me había contado de su nueva hija Alejandra, que tiene poco más de un año, mostrándome en su celular las fotos de su linda carita. Yo solo conocía a su hijo Maxi, un año mayor que yo, que en el verano siempre la acompañaba al trabajo para evitar dejarlo solo. Ambos lo pasábamos súper bien, haciendo rabiar a mi pobre nana, escondiéndonos de ella y haciéndole bromas pesadas, como ocultarle los útiles de limpieza. Como la Carmen no me podía castigar, al pobre Maxi casi siempre le tocaba pagar el pato por los dos.

Lo de las separaciones parece epidemia: mi nana me contó que debió echar a su marido de la casa un día que discutieron y él intentó pegarle. Tuvieron que llegar los carabineros a defenderla y al tipo le prohibieron acercarse a menos de cien metros de su casa.

Puesto que a Carmen no le alcanzaba el dinero para mantener sola a sus dos hijos, llamó a mi abuela para que le diera algún dato para conseguir un trabajo. Como la Normi ya está viejita y no le quedan tantas fuerzas como antes, la contrató para que tres veces a la semana le hiciera la limpieza de la casa y la ayudara con la cocina.

Un rato después tuvo que pararse de la silla para continuar con sus labores: servirnos el almuerzo, lavar los platos y planchar la ropa. Me apenaba verla haciendo tantas cosas, y pese a que me desagrada el trabajo doméstico, la ayudé con gusto para que terminara pronto.

A eso de las cinco, a la Normi se le ocurrió que sería buena idea ir a dejar a Carmen a su casa, aprovechar de conocer a Alejandrita y ver a Maxi. Sacó de la cochera la carcacha que tiene por auto, con sus latas todas abolladas y la pintura roja desteñida, y partimos en él hacia su casa en Peñalolén, encumbrada en las faldas de la cordillera, cerca del barrio donde viven Cote y Rodrigo. La casa está en un sector pobre y populoso, de casas chiquitas, en las que viven demasiadas personas para tan poco espacio, surcado por calles polvorientas de pavimentos trizados cubiertos de basura, con uno que otro árbol raquítico y plagadas de perros vagos, que mi abuela intentaba esquivar para no atropellarlos y a los que yo adoptaría si no viviera en un departamento. No es la primera vez que iba a la casa de Carmen, pero siempre vuelve a impresionarme ver tanta gente en las calles; mujeres conversando, mientras los niños

corretean a su alrededor, grupos de jóvenes en las esquinas aspirando con impaciencia cigarrillos que despiden un olor picante, que hacen correr de boca en boca, y chicas casi de mi edad, demasiado niñas para cargar criaturas, que pueden ser sus hijos o sus hermanos.

Al otro lado de la población, separados por una avenida, se ubica el barrio donde viven quienes tienen más plata, en casas casi idénticas que tratan de imitar a las del barrio alto, con jardincitos bien cuidados, autitos modernos, altos muros electrificados y guardias uniformados parapetados en casetas estratégicas, siempre vigilantes para que ningún vecino del otro lado de la avenida ose cruzar la frontera invisible que los separa de su mayor miedo, la pobreza.

Mi abuela estacionó frente a una reja azul tan desteñida como nuestro auto. Carmen abrió el candado del portón y caminamos por el estrecho corredor de tierra que separaba la casa de sus padres de la suya, una construcción de madera ubicada al fondo del sitio. Mi nana se apresuró a corretear los gatos esqueléticos y de ojos infectados que nos maullaban y se refregaban en nuestras piernas, para que nos dejaran el camino libre.

—Este año le pude construir un baño a la casita, y así ya no tendré que usar el de mi mamá —le contó con orgullo a la Normi, mientras le apuntaba con el dedo índice el calefón adosado a la muralla, unido por una manguera amarilla a un cilindro de gas amarrado con cadena a una de

las vigas que sostenían el pequeño cobertizo que albergaba una banca y la puerta principal—. Ahora nos bañamos con agua calentita.

El interior de la casa era oscuro y olía a humedad. Una sola habitación hacía las veces de cocina, comedor y sala. Se abrió una puerta y apareció Maxi, cargando una niñita risueña de pelo ondulado y piernas rollizas.

—¿Ema? —el chico le entregó la pequeña a su madre y se apresuró a darme un abrazo.

—¡Maxi!, tenía tantas ganas de verte.

La nenita nos quedó mirando con sorpresa, sin dejar de enseñar sus dientes, que parecían aun más blancos contra su piel morena. Aunque no me gustan mucho las guaguas, pues me recuerdan al Nico cuando era más chico y resultaba insoportable, esta niñita me provocaba una extraña sensación de ternura.

Carmen sentó a Alejandrita en su silla para comer, mientras le ofrecía una taza de té a mi abuela. De un viejo mueble de cocina sacó un paquete de galletas obleas; le dio una a Alejandra, quien la comenzó a chupar con avidez, y el resto lo acomodó en un plato de loza blanca, que puso sobre la mesa para acompañar la infusión.

Mientras las dos mujeres continuaban conversando, yo no podía dejar de mirar a Maxi, que estaba muy distinto de cómo lo recordaba. Antes era un poco más alto que yo, gordito, de pelo muy crespo y voz suave.

—¿Y tú qué te hiciste? —le dije, sin medir mis palabras.

—Na', esta es la onda que me gusta, ¿vamos al patio a conversar?

Salimos y nos sentamos en la banca ubicada al lado de la puerta de entrada. Comenzaba a oscurecer y el frío del otoño que finalizaba se hacía sentir; subí el cierre de mi parka y me envolví el cuello con la bufanda, sin poder despegar los ojos de ese niño que quería como si fuera mi primo. Sus rizos habían desaparecido, y ahora su pelo era completamente liso.

—¿Te lo planchas? —le pregunté, al tiempo que le señalaba su cabeza.

—Me cuesta hartito, pero me queda filete, ¿verda'? —respondió orgulloso, con una voz que ya no era tan suave como la recordaba.

—No sé, me gustaría tener el pelo crespo como el tuyo. ¿Eres un emo?

—Na' que ver, es mi onda no ma'.

—Ah, como además tienes ese collar con púas de perro bravo...

Nos miramos fijamente y no pudimos contener la risa. Maxi se paró y me mostró sus pantalones pitillos negros, la polera negra con una enorme calavera roja estampada y una chaqueta que simulaba ser de cuero, y que le llegaba más abajo de la rodilla. Tenía las uñas pintadas de negro y los ojos delineados del mismo tono. Mi compañero de juegos de otros tiempos ya no era tan gordito y los años lo habían hecho crecer unos cuantos centímetros.

–Oye Maxi ¿te dejan entrar así al colegio?

–Es que voy al gimnasio –me respondió, evasivo.

–Ya, pero uno al gimnasio va como quiere, pero en mi colegio me molestan hasta si aparezco con una bufanda que no sea de color azul –le dije, para ver si de ese modo entendía de lo que estaba hablando.

–Es que me retiré.

–¿Cómo?

–Eso po', que ya no voy al colegio.

–¿Pero cómo? Si tú estás solo un año más arriba que yo; o sea, que te falta harto para llegar a Cuarto Medio.

–Es que me aburrí, porque me molestaban mucho.

No pude seguir la conversación con Maxi, porque mi abuela se asomó reclamando que hacia mucho frío y que pronto me tenía que ir a dejar al departamento. Me despedí de la niñita con un beso, que ella respondió dejándome la cara babeada y con restos de galletas. Le di otro beso a mi amigo y un abrazo a Carmen y nos re juramos que nos seguiríamos viendo, compromiso que pretendo cumplir como sea.

No he podido dejar de pensar en Maximiliano; me quedó dando vueltas en la cabeza eso de que no está yendo al colegio. Recuerdo lo inteligente que era, sacaba siempre las mejores notas de su curso, lo que tenía muy orgullosa a la Carmen, quien pensaba que si seguía así sería el primero de su familia en terminar Cuarto Medio y quizás hasta ingresaría a la universidad. ¿Qué le habrá pasado?

Nota: Tengo que averiguar que le sucedió a Maxi.

### **Lunes 12 de junio**

Me gustaría estar de vacaciones, pero ni siquiera tengo esperanzas de tener un fin de semana largo, ya que falta como un mes para que haya uno.

Hoy llegué a clases con mi nuevo look. La verdad es que con un poco de vergüenza, sabiendo que todos me mirarían y me carga llamar la atención. Sofí, Milo y la Cote me recibieron animosamente y continuaron alabando el excelente trabajo que habían hecho el sábado, pero no les hice caso. El corte de pelo no me gusta nada, por mucho que mis compañeros opinen que me queda bien, ya que me siento extraña con estos pelos cortos, que no puedo tomar en un moño para que no me molesten en la cara.

Me senté en mi puesto y me preparé para las clases, pensando que quizás Rodrigo no iría al colegio, porque los lunes siempre falta o al menos llega más tarde. Al contrario, apareció justo a las ocho, pasó por mi lado y me quedó mirando fijamente. Intenté que su presencia me fuera indiferente, pero no lo conseguí. Me puse roja de solo sentir su mirada y me invadió un cosquilleo en todo el cuerpo.

En la primera clase nos tocaba matemática. El profe Jorge estaba explicando quizás qué cosa, sin que yo fuera capaz de poner atención. Por suerte, mi puesto se ubica en

la tercera fila del medio y, si estoy un poco distraída, no se nota mucho. Mi mirada perdida viajaba entre el pizarrón y el mapamundi que cuelga en uno de los costados, hasta que de pronto mis ojos se enfocaron en la pequeña mancha que representaba a Dominicana y, en ese momento, deseé con todas mis fuerzas estar allí con papá, lejos de todo lo que estaba sucediendo, y poder escapar de la obligación de ir al colegio y encontrarme con Rodrigo, que me daba la sensación de no importarle nada de lo que me estaba pasando. No puedo explicarme que luzca tan contento conversando con Gerardo, o haciéndole bromas pesadas al pobre Cristián, que se sienta delante de él. No consigo olvidar esos meses que estuvimos juntos, ni las cartitas que nos mandábamos y las largas conversaciones por chat. A veces pienso que sería mejor pedirle a mamá que me cambie de colegio para no estar obligada a verlo todos los días, porque esto se está convirtiendo en una tortura. Creo que si lo pudiera odiar, todo sería más fácil; pero no lo consigo.

Hoy fue un mal día: estaba tan pesada, que hasta Sofí y Milo se alejaron de mí, y solo la Cote, que tiene una perseverancia tremenda, se empeñó en hacerme reír. A la salida se me acercó y me pasó todos sus cuadernos para que me pusiera al día, porque se dio cuenta que había sido incapaz de tomar siquiera algún apunte.

—Olvídate de Rodrigo, que no te hace bien.

—Cote, me lo dices como si fuera tan fácil.

—Yo creo que no es fácil, pero sí que es lo mejor.

—Ya sé, me lo dijiste como veinte mil veces el sábado.

—Oye, Ema, por último ánimo un poquito con la venganza —me guiñó un ojo—; yo estoy de lo más entusiasmada.

Estábamos de pie en la salida de la sala cuando, sorpresivamente, aparecieron Colomba y Teresita.

—Oye, Tere, ¿te diste cuenta que la puta se cortó el pelo? —Colomba puso voz burlona al tiempo que Teresita asentía con la cabeza— ¿y cachaste que se sigue viendo igual de puta que antes?

—¿Qué te pasa, estúpida?, ¿a quien le estás diciendo puta? —Cote dejó su mochila en el suelo y se abalanzó sobre Colomba, aprisionándola fuertemente de un brazo—. Escúchame bien, descerebrada, pobre de ti que te vuelva a escuchar diciendo algo de mi amiga, que a mí no me cuesta nada sacarte la cresta.

Colomba se puso pálida de susto; sus ojos color miel se encontraron con la mirada furiosa de Cote, que es por lo menos diez centímetros más alta que la desdichada que intentaba librarse de la poderosa mano de mi nueva amiga.

—Qué exagerada, si era una broma —dijo Colomba con voz titubeante, mientras se acomodaba el chaleco, que le había quedado todo desaliñado—. ¿Verdad, Tere?

—Taradita, no me gustan tus bromas, ¿entendiste o te lo dibujo?

Su amiga Teresita, una tímida chiquilla de mirada inocente, pelo castaño lacio y más kilos de los que le gustaría

tener, no dijo nada. Como siempre, ella nunca habla mucho, siendo más bien la eterna sombra de Colomba, que disfruta en su rol de comentarista de cuanto chisme corre por el curso. Eso nunca me molestó, en realidad me daba lo mismo pero, ahora que estaba siendo el centro de sus intrigas, me tenía realmente fastidiada.

—Mira, modelo de pacotilla, a nadie le interesan tus comentarios, así que te los puedes guardar —Cote la arrinconó entre la muralla y su poderoso cuerpo. Colomba se escabulló como pudo, agarrando a Teresita de una mano, y salieron corriendo rumbo a las escaleras, sin detenerse a mirar si alguien las seguía.

—Esas no te molestarán más —la voz de Cote era tan segura, que no me atreví a contradecirla—. El año antes que tú llegaras al colegio, se le ocurrió la mala idea de molestarme porque era alta. Un día la agarré a la salida de la sala de música y le di dos patadas disimuladas en las pantorrillas, y nunca más se atrevió a molestarme.

En realidad nadie se atreve a molestar a Cote, porque tiene un carácter de temer; si no está de acuerdo con lo que dice un profesor, le discute tanto que hasta él mismo termina dudando de sus argumentos. Ella nunca ha necesitado que alguien la defienda, pues sabe lo imponente que es con su metro setenta y cinco de estatura y se vale de ello para marcar presencia. En su pelo negro, que le llega hasta los hombros, sobresalen sus característicos mechones fucsias, que los inspectores del colegio no han conseguido que se

los tiña de un color más natural, pues cada vez que le han llamado la atención apela a los derechos humanos y a la libertad de expresión. Ante argumentos tan poco utilizados por mis compañeros, que solo se interesan por los videos musicales del MTV, no les queda más que mirar al cielo y pedir a Dios que les mande paciencia.

—¿Por qué me defiendes? —le pregunté, mientras caminábamos por los pasillos rumbo a la salida, con Catalina, que también se nos había unido.

—Me cargan las injusticias.

—¿Tú crees que son injustos conmigo?

—Yo creo que lo que tú hables o hagas con un pololo, no les incumbe a ese par de intrigantes.

Desde que llegué a este colegio, me di cuenta que Colomba no era del agrado de la mayoría de sus compañeras, pues tiene la manía de querer destacarse sobre todas las chicas, haciendo alarde de su cuerpo tan desarrollado, como el de una mujer de unos veinte años. Es más o menos de mi altura, de piel blanca, largo pelo negro, enormes y vivaces ojos marrones, y unas piernas torneadas que se preocupa sean la envidia de todas y la admiración de los chicos. No es un secreto que a Colomba no le interesa obtener buenas notas; lo que no sabe de las materias que nos enseñan, lo compensa con el dominio de cada dieta y plan de ejercicios que aparecen en las revistas juveniles, porque el mayor temor de su vida es engordar. También es una asidua visitante del baño, donde se instala con su eterna escolta, Teresita,

para hacer sesiones fotográficas ante el espejo. Lo que Colomba ansía es terminar el Cuarto Medio, para poner en práctica todos los cursos de modelaje que sus padres le han pagado, e ingresar como modelo o bailarina a alguno de los programas juveniles que los canales exhiben en las tardes. A veces, me da un poco de pena, porque se ha transformado en la tonta del curso, lamentablemente sin que se dé cuenta de ello.

—Te cae pésimo la Colomba, ¿verdad?

—Ema, lo que no me gusta es la gente tonta —me dijo Cote, mientras tomaba a Catalina por un brazo para que se detuviera—. Tenemos que ponernos de acuerdo con lo que conversamos en tu casa, y creo que sería buena idea que nos juntáramos los cuatro. Hablemos en la noche por el chat.

Juntas cruzaron la calle y caminaron hasta el paradero de los micros, mientras yo permanecía mirándolas por un rato, como si esperara algo, pero sin saber qué.

Cuando hace frío, tengo que ir a cada rato al baño, lo que volvió a ocurrir mientras estaba parada en la entrada del colegio. Como pensé que no alcanzaría a llegar a los sanitarios de las alumnas, preferí correr hacia el de los apoderados, que se ubica detrás de la recepción, frente a las salas de entrevistas. Una vez que me alivié de la urgencia, abrí la puerta con cuidado, ya que todos sabemos que está prohibido usar esos baños, y me quedé pasmada al escuchar la voz de la mamá de Rodrigo, que hablaba

en el pasillo con el inspector general, a un par de metros de donde ya estaba.

—Pero, Pablo, cámbiala de curso al menos. —La mujer se escuchaba un poco molesta.

—Claudia, no puedo, estamos a mitad de año.

—¿Cómo no vas a poder, no eres acaso el inspector general?

—Te digo que no puedo; la única forma sería que lo solicitara su apoderado. ¿Qué te dio con esa pobre cabra?

—Nada —me asomé levemente, y pude ver cómo la mujer jugueteaba nerviosamente con sus uñas de perfecto manicure francés—. No la quiero cerca de mi hijo, no le hace bien, le da puros problemas.

—Podemos poner a Rodrigo en el otro Primero, si estás tan preocupada.

—¿Por qué? Mi hijo no es el problema, y sería como un castigo, considerando que no ha hecho nada malo.

—Eres tú la que los quieres separar de curso, mujer. —Permanecieron en silencio por un instante—. Claudia, tengo reunión, después hablamos.

Se despidieron y por fin pude salir del baño, con el mayor cuidado posible para que no me descubrieran. Mientras caminaba a casa, me rondaba un par de preguntas: ¿estarían hablando de mí?, ¿será que la mamá de Rodrigo quiere que me cambien al otro Primero? —No, no creo, sería demasiado —me dije en voz alta, mientras tocaba el timbre de la conserjería de mi edificio.

**Miércoles 14 de junio (por la mañana)**

Estoy en la biblioteca del colegio, porque en la clase de biología al profe se le ocurrió que investigáramos sobre la “absorción de nutrientes” y mis amigos me dejaron sola escarbando entre los libros, mientras ellos se fueron a la sala de Artes; querían ver si se podían conseguir cartulina, pegamento y revistas, materiales que se nos olvidó traer y que necesitaremos para confeccionar un papelógrafo, que después deberemos pegar en la sala. Me carga estar sola aquí, sentada en una mesa, mientras la bibliotecaria se pasea por el salón haciendo callar al resto de mis compañeros, quienes, al parecer, al igual que yo, no tienen ganas de investigar y se lo han pasado conversando. Abrí la enciclopedia del cuerpo humano que me pasó Milo, busqué y encontré algo de información, pero no me pude concentrar, debido a que en mi cabeza da vueltas lo que ocurrió ayer en el curso y que no alcancé a escribir, pues me moría de sueño. Decidí que, mientras espero que regresen los chicos, relataré lo ocurrido.

Ayer quedó la escoba en el colegio, y ya perdí la exclusividad de víctima de las locuras de la mamá de mi ex. Llegué a clases durante el primer recreo de la mañana, porque me tocaba control de mi tratamiento de ortodoncia (ya no tengo frenillos a la vista, pero todavía me quedan unos alambritos pegados por dentro para que los dientes no se me vuelvan a enchuecar y una placa de contención, con la que debo dormir todas las noches). Apenas entré a la sala

noté algo extraño: los escritorios estaban más desordenados que de costumbre, Colomba y Teresita dibujaban corazones con un plumón rojo en la pizarra, mientras un grupo de compañeros conversaba en un rincón de la sala y en otro, mis amigos Sofí, Milo, Cote y su amiga Catalina.

—¿Te perdiste la última, Ema! —Milo salió a mi encuentro, me dio un beso en la mejilla y me acompañó a mi puesto mientras yo lo miraba intrigada.

—¿Qué onda?

—El Bustos vino a buscar a Gerardo y se lo llevó a la Inspectoría.

—¿Por qué razón?

Lo cierto era que a la última persona que me hubiera imaginado en problemas con la temible Inspectoría era Gerardo, el niño perfecto, tanto en apariencia como en comportamiento. Es un chico de estatura mediana, delgado y con unos lentes que dan fe de su gran inteligencia, siempre el mejor alumno. Se comporta con tanta corrección, que de sus labios nadie jamás esperaría escuchar una palabrota. A las niñas las trata con delicadeza y a los profesores con un respeto sublime.

—Todo por una foto —Sofí se apresuró a relatar.

—No entiendo.

—Ocurre que Gerardo subió al Facebook una foto suya acompañado de Rodrigo pero, en vez de la cara de Rodrigo, puso una carita feliz, esa redonda, amarilla y sonriente —continuó Sofía, mientras Cote sacaba el celular de su

bolsillo, tecléo por unos instantes y luego me mostró la foto que había aparecido en la página de Internet.

–Ya, ¿y eso qué tiene de malo?

–Es que estos no cachan na'; yo te cuento –Cote hizo callar a mis amigos–. Mira, cuando llegué al cole delante de mí iban caminado la vieja loca con Rodrigo, nada raro, porque esa mina se lo pasa metida en el colegio. Pero yo, que soy brillante, no entré y me quede haciéndome la tonta para ver si pretendía hablar algo de tí, tú cachai'. Bueno, la mujer estaba completamente descompuesta y, casi llorando, le pidió a la recepcionista una reunión urgente con el Bustos porque, según ella, le estaban haciendo bullying a su hijito.

–No entiendo –la interrumpí.

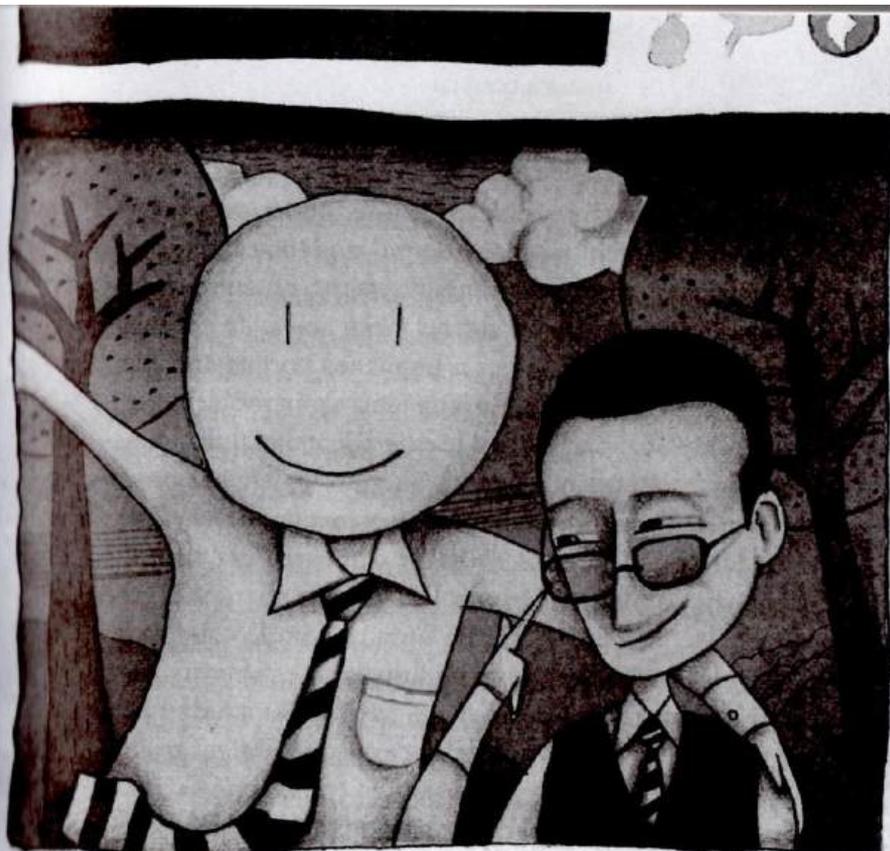
–Espera, no he terminado. En eso apareció el Bustos y ella se le acercó con cara de victima, mostrándole la foto del Facebook que había sacado de su cartera, mientras el atolondrado de tu ex ponía carita de pobre cabro.

–¿Y?

–Lo único que alcancé a escuchar antes que se fueran a la oficina, era que le decía que no podía ser que a su hijo, que era tan buen niño, le hicieran ese tipo de maltrato psicológico por Internet, y que ella exigía la intervención del colegio.

–Ya, ¿y? –De verdad yo no veía lo malo.

–Y que un poco antes que sonara el timbre para salir a recreo, mandaron a buscar a Gerardo y se lo llevaron a Inspectoría –continuó Milo.



 MURO

 FOTOS

 AMIGOS



—¿Y?

—Nada po', estamos esperando a ver que pasó.

En ese momento pensé que mis amigos exageraban. ¿Qué le podía pasar a un niño que era casi un santo, y que además había sido desde kinder el mejor amigo de Rodrigo? Siempre decían que parecían hermanos porque andaban juntos en todos lados. Si Gerardo tenía algún problema, mi ex lo consolaba; si a Rodrigo le estaba yendo mal en alguna materia (cosa bastante común, pues no se destaca por ser brillante), Gerardo se podía amanecer intentando ayudarlo.

A los pocos minutos de haber comenzado la clase de Lenguaje con la profe jefe, golpearon a la puerta e ingresó Gerardo, con una cara de furia que no le conocía, y tras él Rodrigo —no quería mirarlo, pero era inevitable—, dirigiéndose con paso cansino y actitud de víctima hasta su puesto, junto a Gerardo. Parece que mis amigos tenían razón en que algo grave había pasado en Inspectoría, pues el proyecto de santo del curso tomó su mochila, guardó en ella sus pertenencias, se la colgó en la espalda y se dirigió hacia la mesa de la profe. Le susurró algo al oído a la señorita Tamara, quien le señaló un puesto desocupado delante del mío, al que se dirigió y donde acomodó sus cosas.

—Te dije que había quedado la escoba —murmuró Cote, mientras yo asentía con la cabeza.

En todo el resto de la jornada, Gerardo ni siquiera miró a Rodrigo, a quien no le quedó más compañía que Colomba y Teresita. No me gusta que los amigos peleen, menos

por cosas tan sin sentido como una foto en el Facebook. Lo único bueno de esta situación fue que ya a nadie más le importó que Rodrigo y yo no nos habláramos, pues ahora los chismes del curso versaban sobre el término de la amistad de años de Gerardo y Rodrigo.

Ha pasado más de media hora y mis amigos todavía me tienen olvidada en la biblioteca, mientras casi todos mis compañeros de curso se han ido y la bibliotecaria hasta me tomó una foto, al verme escribiendo tan concentrada. Con seguridad, ella piensa que estoy trabajando en la investigación de Biología, pues se me acercó con uno de los formularios de petición de textos para preguntarme si necesitaba otra enciclopedia. Como no le podía decir que estaba escribiendo en mi diario lo que había ocurrido ayer en mi curso, le sonreí, mientras asentía con la cabeza. Ella misma llenó la papeleta y se dirigió feliz hacia los estantes atiborrados de libros, desde donde me trajo dos enciclopedias, que abrí en sus índices, haciéndome la inteligente. Menos mal que por fin me dejó sola y pude seguir escribiendo en mi diario, pues no tengo ninguna intención de hacer un trabajo grupal yo sola.

Hoy llegué muy temprano al colegio, porque mamá había concertado a primera hora una reunión importante con un señor que quería contratar un seguro de vida con la compañía en que ella trabaja y que, según dijo, le dejaría una comisión muy grande. Así que nos sacó de la cama antes de que amaneciera para dejarnos en la puerta del colegio a las siete

diez de la mañana. Ser la primera en entrar a la sala es una lata; no me gusta esperar a mis amigos, que siempre llegan casi al sonar el timbre de inicio de clases. Hoy pensé que me aburriría como ostra, pero me equivoqué, pues apenas cinco minutos después que yo entró Gerardo.

—¡Hola! —lo saludé un poco dubitativa, desde el costado del escritorio del profesor, donde me encontraba mirando por la ventana. Quería aprovechar que estábamos solos para preguntarle lo sucedido el día anterior.

—Hola —respondió, como en automático.

Gerardo, tan ordenado como siempre, se sentó en su nuevo puesto, sacó un libro y comenzó a leer. Yo lo miraba con la mente llena de preguntas que no me atrevía a formular, sintiendo que ambos habíamos resultado ser bajas en distintas batallas, pero con el mismo enemigo. Me armé de valor y caminé los escasos metros que me separaban del chico, y me senté a su lado. Como todavía estábamos solos, le metí conversación:

—Oye, Gerardo, ¿te puedo preguntar algo?

—Pregunta —el chico hizo un pequeño doblez en la esquina de la hoja que estaba leyendo y cerró el libro.

—¿Te peleaste con Rodrigo?

—Algo así.

—Cómo algo así, ¿te peleaste o no? —lo miré fijamente, con el mentón apoyado en mis dos manos.

—Uf, a veces la gente se enoja por tonteras y arman grandes escándalos por cosas insignificantes. —Gerardo se sacó los lentes y los limpió con el borde de su polerón.

—¿Qué pasó?

—¿Por qué quieres que te cuente?

—Porque, aunque tú y yo no somos amigos y casi nunca nos hablamos, ahora ambos lo estamos pasando mal por culpa de las mismas personas. Eso nos hace algo así como cómplices, ¿no te parece?

—Jajaja —Gerardo rió de buena gana—, dices cada cosa. Nosotros no somos cómplices.

—Tienes razón, somos víctimas. Cuéntame qué pasó.

—Supongo que supiste lo de la foto en Face.

—Sí.

—La tía Claudia vino a hablar con el señor Bustos porque considero que era una ofensa para su hijo que, en lugar de su cara, apareciera una caricatura. Lo que me pareció mal fue que el inspector me sacó de clases para llevarme a su oficina y me hizo eliminar la foto de mi perfil en su presencia. Eso lo considero grave, porque se están metiendo en mi vida privada.

—¿Y tú la borraste?

—Me obligaron.

—¿Y te enojaste con Rodrigo?

—La verdad es que no, no me enojé, más bien me decepcioné. Me di cuenta que no quiero ser amigo de un traidor, porque si a él no le gustaba la foto bastaba con que me lo dijera y yo la sacaba. Pero eso de ir corriendo a contarle a su mamita para que lo defendiera de mí, su amigo de toda la vida, eso no se lo perdono.

–Feo, en realidad.

–Horrible, además de la vergüenza que me hizo pasar, porque yo nunca había estado en la Inspectoría.

Nos quedamos en silencio por un instante, como si intentáramos entender lo ofensivo de la imagen publicada en Internet.

–Supe que estás peleada con Rodrigo. –Gera me sorprendió.

–Yo creo que estoy como tú, un poco decepcionada –le respondí, sin pensarlo mucho.

–¿Terminaron?

–Algo así. Lo amaba mucho, creo que todavía lo amo, pero han pasado tantas cosas, que no sé si es buena idea seguir a su lado.

Probablemente, si hubiera pensado un poco más en mis palabras, de mi boca no habría salido nada, puesto que no es buena idea confesarle estas cosas al mejor amigo de un ex, por mucho que estén peleados.

–El problema de Rodrigo es que hace y repite lo que le dicen, sin pensarlo dos veces –me dijo Gerardo, con la serenidad de una persona que es capaz de analizar cosas que yo ni si quiera me doy cuenta que existen.

Quería seguir hablando con Gerardo, porque sus últimos dichos me habían dejado con más preguntas, pero los chicos del curso comenzaron a llegar y se estaban acomodando a nuestro alrededor para escuchar la conversación, los muy copuchentos.

Mientras sigo esperando a mis amigos en la biblioteca, ya casi termina la hora que nos habían dado para investigar el famoso tema de Biología. Me tinka que ya no volverán, así que los iré a buscar.

Nota 1. Tengo ganas de decirle a Gerardo lo de nuestra idea de venganza; está tan enojado que creo que estaría feliz de participar.

Nota 2. Mejor tengo cuidado y espero un poco, no sea cosa que Gerardo se reconcilie con Rodrigo.

### *En la noche*

En la mañana, al salir de la biblioteca en busca de mis amigos, me encontré con la inspectora de patio encargada de la disciplina de los Primeros Medios. Me quedó mirando con cara de “por fin la encuentro” y sin decir palabra me entregó un sobre con mi nombre escrito en la carátula. Empalidecí de solo verlo, al pasar por mi mente las citas al Consejo Estudiantil. Me detuve en medio del pasillo y lo abrí con desesperación: “Hora para consulta psicológica con la señorita Ivonne Cañas el día jueves 15 de junio a las 16:15 horas” –leí, y pude respirar un poco más aliviada. No tenía ganas de ir a esas famosas terapias, pero era mejor que ser citada al Consejo.

A mis amigos los encontré en la sala de Artes, conversando con la profe. Me dio rabia verlos súper entretenidos,

mientras yo los esperaba como una tonta, y lo que es peor, no investigamos nada, tampoco hicimos el papelógrafo. Por suerte, ningún grupo alcanzó a terminar el trabajo y por eso lo podemos entregar mañana.

En la noche vinieron la Normi y Paula, la hermana menor de mamá, a comer a la casa. Tenía hartas ganas de quedarme conversando con ellas; me entretiene mucho escuchar las historias de la época en que eran chicas y se metían en líos peores que los míos, pero no pude hacerlo porque en la Biblioteca me puse a escribir en mi diario en lugar de investigar para el trabajo de Biología. No me quedó otra alternativa que irme a mi dormitorio a navegar por Internet, para ver si encontraba algo sobre la “absorción y circulación de nutrientes”, una fomedad de principio a fin.

Casi siempre escucho conversaciones sin proponérmelo y me entero de cosas que estoy segura que nadie me las contaría, por esa fijación que tiene mi familia de considerarme una nenita. Mi mamá, la Normi y la Paula estaban sentadas en el sofá de la sala tomando té, mientras desde mi dormitorio podía escuchar sus voces a lo lejos. En verdad, no tenía intención alguna de enterarme de qué hablaban, hasta que retumbó en mis oídos la palabra “Maxi”. Esto me hizo pararme del escritorio, abrir la puerta y caminar en puntas de pies hasta quedar oculta entre las sombras, al inicio del pasillo. Desde allí podía ver y escuchar todo.

—El pobre pajarito dejó el colegio. —Mi abuela sorbió un trago de té.

—Pero, ¿cómo la Carmen le permite esas cosas? —Mamá se agarró la cabeza, moviéndola de un lado a otro, intentando comprender lo que escuchaba.

—Es que ha tenido muchos problemas con el chiquillo. Fíjate que le dio por vestirse con ropa negra, pintarse los ojos y ponerse esos collares como para perros, hasta con púas.

—Qué exageradas son, ¿que no han escuchado acerca de las tribus urbanas? —Paula intentó bajarle el perfil a la situación.

—Es que no es eso no más, Paulita, parece que el chiquillo es además del otro equipo —insistió mi abuela.

—¡No! —Ahora sí que mamá se quedó con la boca abierta de la impresión.

—Sí, Isabelita, fíjate que al pobre cabro unos compañeros le sacaron la ñoña en el colegio por maricón, y el pobre quedó tan asustado que no quiso volver más.

—Pero tú sabes como son los chiquillos en el colegio, que siempre molestan al más débil, y el pobre Maxi tiene la voz tan finita y esos modos delicados que, claro, la agarraron con él. Pero eso no quiere decir otra cosa. —Paula no se convencía de lo que escuchaba de la boca de mi abuela e intentaba dar todo tipo de explicaciones.

—No, Paulita, si el chiquillo le dijo a la Carmen que las niñas no le gustaban ni un poquito.

—No te creo, mamá. —Paula se paró del sofá, con tan mala suerte para mí que me descubrió escuchando desde el pasillo.

Para variar, me retaron por estar escuchando las conversaciones de los adultos y me mandaron de regreso a mi dormitorio. ¿Será verdad todo lo que decían? Qué fuerte; creo que tengo que conversar un poco más con Maxi.

Nota. Mejor sigo investigando para Biología y dejo de pensar en lo que me enteré de Maxi.

### ***Jueves 15 de junio***

Nunca había ido al sicólogo y nunca más quisiera volver a ir, pero estoy perdida: ya me citaron a una segunda consulta para el jueves de la semana entrante.

Comprendo que hay muchos chicos que necesitan terapias para superar sus problemas. A algunos les va mal en el colegio, otros se llevan pésimo con sus papás o se lo pasan peleando con los hermanos, y nunca faltan los que tienen cara de depresión todo el tiempo. ¿Pero yo?, yo no necesito que una señorita con cara de mosca muerta me pregunte cosas de las que no quiero hablar con extraños. Toda la culpa es de mamá, que se le ocurrió ir a hablar con el rector. Es cierto que me libró del Consejo por un tiempo, ¿pero a qué costo? Estoy segura que me seguirán molestando. No es justo que tenga que someterme a una terapia psicológica, porque no estoy loca.

Durante toda la jornada de clases estuve pensando en la mejor manera de eludir esa dichosa citación. Tuve la idea

de atentar contra mi vida con una caída desde la escalera o un ahogamiento con comida a la hora del almuerzo, pero las deseché porque el resultado era más terrible que la consulta. Como todas las cosas malas llegan rápido, sin que me diera cuenta terminaron las clases y debía pasar por la oficina de la sicóloga antes de irme.

Me daba vergüenza entrar en esa salita, ubicada en el edificio de la administración, que anuncia "SICÓLOGA" en la puerta gris, en un cartel hecho con letras de papel maché morado, adornadas con florcitas rojas y hojas verdes entrelazadas, simulando una enredadera, como si eso pudiera quitarle el malestar al pobre que está esperando ser atendido y que, por desgracia, en esta ocasión era yo.

Permanecí apoyada en la muralla que enfrenta a la dichosa puerta, esperando que alguien saliera a buscarme. Si en cinco minutos nadie aparecía, había decidido irme, pero con la mala suerte que me acompaña, no alcancé a esperar ni treinta segundos cuando la puerta con letrero y todo se abrió y apareció una señorita con más cara de alumna que de sicóloga; delgadita, más baja que yo, de piel muy blanca y pelo castaño que le llegaba debajo de los hombros.

—¿Ema Schulz? —me miró con cara simpática y de sus labios se escapó una voz casi infantil.

—La misma —respondí, con un gruñido.

—Hola, soy Ivonne, pasa por favor.

La oficina o consulta era luminosa, destacándose en una de las murallas el diploma de título de la sicóloga, enmarcado en negro (que me imagino necesita mostrar para que sus pacientes le crean que, al menos, es mayor que ellos), rodeado de dibujos infantiles y de una que otra fotografía de la señorita con chicos del colegio. Había un gran ventanal cubierto por una persiana entreabierta, dejando ver las jardineras repletas de plantas que colgaban hacia el patio del colegio. El escritorio era pequeño, adornado con un ramo de flores, unos cuantos papeles desordenados, además de un computador portátil. Mirándome sonriente, la señorita me indicó con una de sus manos el sofá, para que me sentara, mientras ella lo hizo en un sillón ubicado al frente.

—Veamos, Ema ¿por qué te mandaron a hablar conmigo? —Una pregunta estúpida, porque estoy segura que ya lo sabía todo.

—No sé —le respondí de mala gana, mientras la sicóloga abría una carpeta, a la que dio una ojeada rápida.

—Ema, tu informe dice que has tenido problemas con dos compañeritas, que incluso pelearon a golpes. ¿Por qué? —preguntó, con su sonrisa que ya me irritaba.

—Simplemente, me defendí.

—¿De qué?

—Hacía tiempo que me estaban molestando.

—¿Por qué?

—No quiero hablar de eso.

—¿Y de qué quieres hablar?

—De nada, yo a usted no la conozco y no hablo con extraños.

—Veamos —la mujer suspiró—. Partamos de nuevo: mi nombre es Ivonne y quiero ayudarte, pero no puedo si no me dejas. Para eso, lo más importante es que podamos hablar sinceramente, ya que a mí me puedes decir cualquier cosa y eso no saldrá de esta sala.

—Esta bien, hablemos sinceramente. ¿Qué fue lo que le dijeron de mí? —Creo que mi cara debería ser la de la chica más desagradable del colegio. No quería hablar con ella, y se lo estaba demostrando.

—Ema, te siento molesta.

—Claro que estoy molesta; en realidad, furiosa. Como no estoy loca, no entiendo por qué me mandan a hablar con usted —se la lancé de una, casi sin respirar.

—No seas prejuiciosa, nadie te está tratando de loca. Sabemos que tienes un problema y solo queremos ayudarte a solucionarlo.

—¡Yo no tengo ningún problema! —le grité, sin darme cuenta.

—¿No? — A ella, tan calmada como en el comienzo, parecía no molestarle en nada mi actitud. Tomó la carpeta y continuó leyendo por un momento—. ¿No es problema que esté en proceso un Consejo Estudiantil? —la mujer cerró la carpeta y estiró su brazo para dejarla en el escritorio—. Mira, Ema, la cosa es bien simple, y tienes dos alternativas:

o te juntas cada semana conmigo para que hablemos de lo que te está pasando, hasta que yo elabore un informe, o prosigue en curso el Consejo. Tú decides –al terminar de hablar, en su rostro se dibujó una sonrisa.

No tenía mucho dónde escoger: al Consejo le tengo pánico y la sicóloga me carga. Opté por el mal menor y le conté de mi pololeo con Rodrigo, la conversación de chat subida de tono descubierta por su mamá, el chupón en el cuello, los rumores que sobre mí corren en el curso, la grabación con el celular y el mechoneo a Colomba. La sicóloga me escuchó atentamente, sin interrupciones ni poner caras raras, ni sermones por mis actos.

–¿Y esto, cómo te hace sentir? –Maldita pregunta, que formuló con voz suave.

–Sucia, pero no sé por qué, puesto que no he hecho nada malo.

–¿Te arrepientes de algo?

–Sí, de haber ido a la fiesta de Octavo. Ahí partió todo.

–¿Sigues pololeando?

–Ya no. ¿Le puedo preguntar algo?

–Todo lo que quieras –se paró y se acomodó en el sofá, junto a mí.

–¿Es tan malo lo que Rodrigo me escribió en el chat? ¿Soy tan mala como para que me traten de puta?

–No, Ema, la sexualidad es normal, no es ni mala ni buena, solo es. Las niñas y los niños de tu edad quieren saber, quieren sentir y sus papás se asustan mucho con

estos temas, porque no saben cómo abordarlos. Tú no eres mala, ni mucho menos una prostituta; no hagas caso a esas habladurías.

–Yo no quería hacer nada, solo leí lo que Rodrigo me escribió, pero su mamá cree que soy una niña sucia.

–Está claro que la señora actuó muy mal, pero ese es otro tema que tendré que hablar personalmente con ella. A los chicos no se les puede tener encerrados en una cajita para que nada les pase; lo que los padres tienen que hacer es ayudarlos a crecer, enseñarles a tomar decisiones, porque no siempre estarán a su lado para decirles cómo deben actuar. –Me pareció tan cuerdo lo que dijo, que ya no me molestaba tanto estar hablando con ella.

Nota 1. Después de todo no fue tan malo ir a la sicóloga, y es mejor que me guste la idea, ya que estoy condenada a seguir viéndola.

Nota 2. Cada vez que repito la “triste historia de mi pololeo” encuentro más ridículo que siga sufriendo por Rodrigo, pero lo malo es que no puedo dejar de pensar en él y de estar pendiente de todo lo que hace.

Nota 3. Mañana, después de clases, nos juntaremos en la casa de la Cote para comenzar a planear la venganza. ¿Seré muy mala?; no tengo idea, pero me gusta.

***Viernes 16 de junio.***

Hoy, en clases de Arte, Rodrigo se acercó y me entregó un papelito, que no quería leer, pero la curiosidad pudo más.

“Ema ¿porq no me miras, porq no me hablas? Te echo de menos. Te espero en la Plaza Egaña a las cinco. Te amo”.

Con Sofí y Milo es imposible tener secretos; apenas vieron que Rodrigo me entregó el papel, se plantaron a mi lado y no dejaron de molestar hasta que se los mostré. No estuvieron de acuerdo en que me juntara con mi ex, pero yo sentía que era necesario que tuviéramos una conversación para terminar las cosas.

Aunque pretendí caminar sola las dos cuadras que dista el colegio de la Plaza Egaña, no pude hacerlo porque Milo, Sofía y Cote me siguieron y se sentaron en el borde de la jardinera, junto a la parada de los micros. En el sector andaba mucha gente, pese a que la tarde amenazaba lluvia. Me sentía incómoda, me molestaba la parka, la mochila pesaba más que nunca y el fuerte viento que corría me llenaba los ojos de pelusas, provocándome una fuerte picazón.

Esperé un buen rato, parada al lado de la entrada del Metro, pero Rodrigo no aparecía por ningún lado. Como no me gusta esperar, además que me sentía tonta de solo pensar en hablar con él, comencé a caminar hacia donde estaban mis amigos, para que nos fuéramos a la casa de la Cote a planear la venganza.

—¡Ema, no te vayas! —escuché un grito y miré hacia atrás. Rodrigo venía corriendo hacia mí.

—Pensé que no vendrías —le dije, seria.

—Me atrasé, perdóname. —Rodri me miró con esa cara tierna que me derrite, pero me contuve.

—¿Qué quieres?

—No quiero que estemos peleados.

—Yo no estoy peleada contigo, simplemente no quiero saber nada más de ti.

—Pero si nosotros nos queremos, ¿por qué me dices eso?

—Yo no te quiero —le mentí.

—Eso no es verdad. Mira, tengo pensado en cómo hacerlo para seguir pololeando sin que nadie lo sepa.

—Entiende, no quiero pololear contigo, no quiero esconderme de nadie, no tengo por qué hacerlo. Todo esto me ha hecho mal, lo he pasado pésimo...

—Yo también lo he pasado mal —me interrumpió.

—No se te nota —le dije, con ironía.

—¿Tú siempre haces lo mismo?

—¿Qué cosa?

—Estar con alguien y después dejarlo tirado. Yo no fui tu primer pololo.

—No, no fuiste mi primer pololo, pero sí el peor.

—Parece que es verdad lo que dice mi mamá —el rostro de Rodrigo se transformó: frunció el ceño y se puso rojo de ira.

—¿Qué dice tu mamita ahora? —le dije, con sarcasmo.

—¡Que eres una suelta que te gusta andar con uno y otro y que, de seguro, vas a tener una guagua antes de salir del colegio! —me gritó, al tiempo que me agarraba fuertemente

de un brazo. La gente que pasaba por la calle nos quedaba mirando con sorpresa.

—¡Suéltame, estúpido!

Me zafé de su mano, di media vuelta y comencé a caminar hacia donde me esperaban mis amigos. No había avanzado ni tres pasos cuando me arrepentí de escapar de sus insultos, de no enfrentarlo, de no defenderme. Me detuve por un par de segundos y me devolví.

—No entiendo, Rodrigo, cómo a veces puedes ser tan tierno, tan lindo, tan cariñoso. Cuando recuerdo eso de ti, me dan ganas de llamarte y decirte que, sin importar lo que diga la gente, quiero estar contigo. Pero no sé qué te pasa, que de pronto dices unas cosas tan feas solo para dañarme, que me ignoras lo mismo que si fuera una piedra a la que se le da una patada porque molesta.

—Perdóname, no quise decir eso, es que me hiciste enojar —ahora su rostro era afable.

—No te voy a perdonar.

—Dame otra oportunidad —suplicó.

—¿Sabes qué, Rodrigo?, no hay más oportunidades, me aburríste, me tienen chata tú y tu mamita. Me da lo mismo lo que piensen de mí; tú eres el caliente que anda siempre pensando en toquetear minas, pero la vieja de tu mamá no se da cuenta y tú no has sido lo suficientemente hombre para aclararle el cuento. ¿Sabes que más, Rodrigo?, te están embarrando la vida: primero te separaron de mí y ahora te hicieron pelear con tu mejor amigo. —Estaba

furiosa, y de un momento a otro me cargó estar parada al frío escuchando sus sandeces.

—Por favor, Ema, perdóname, sigamos siendo amigos, por lo menos.

—No te perdono nada, no vales la pena. Escúchame bien: no somos pololos, no somos amigos, no somos nada y no me molestes más.

Di media vuelta y me dirigí corriendo hacia donde estaban mis amigos. Los chicos no dijeron palabra alguna, se levantaron del borde de la jardinera y los cuatro cruzamos la calle para tomar el micro que nos llevaría a la casa de Cote.

Debo reconocer que, antes de la conversación con Rodrigo, ya estaba arrepintiéndome de la idea de vengarme de su mamá. La verdad es que me daba un poco de miedo que me descubrieran haciendo quizás qué cosa y que el castigo fuera mucho peor que todos los malos ratos que había pasado en el último tiempo. Pero, si en algún momento surgió la duda, ésta se disipó después de la conversación, que más bien había sido una discusión con el susodicho. Ahora estaba decidido: dejaría para siempre de ser la tonta buena.

Llegamos a la casa de Cote cerca de las cinco de la tarde, nos acomodamos en su dormitorio y, con cuaderno en mano, me propuse anotar todo lo que haríamos para fregarle la vida a esa mujer de falsa apariencia gentil, pero que saca sus garras ponzoñosas cada vez que alguien no le cae en gracia.

—¿Qué haremos? —preguntó Milo, que aún no estaba muy convencido de cooperar.

—He estado pensando harto —Cote se paseaba de un lado para el otro, como si fuese un perro enjaulado, en el estrecho espacio libre entre la cama llena de cojines y el escritorio, que tenía un desorden monumental—. Esa mujer, que se ve tan santita, siempre sonriendo, bien vestida y con familia ejemplar, estoy segura que oculta algo.

—Amiga, lo que tú pienses no nos sirve de mucho, ¿acaso sabes algo? —interrumpí, mientras me acomodaba sobre la cama, apoyando mi espalda sobre los cojines.

—Nada —dijo Cote con decepción, al tiempo que se sentaba en el suelo, afirmándose en la puerta del armario.

—Lo primero es hacer un juramento —dije, ceremoniosamente—. Lo que se hable aquí, muere aquí. Cote, no se lo puedes contar ni siquiera a Catalina —le advertí, mirándola fijamente a los ojos, y asintiendo ella con la cabeza—. Si a uno de nosotros lo descubren haciendo algo en contra de la vieja loca, no delata al resto, ¿lo juran?

—Lo juro —respondieron los chicos en coro.

—Nos comunicaremos todo lo que hagamos o averigüemos de la vieja, ¿lo juran?

—Lo juro —volvieron a contestar en coro.

—¿Y que hacemos, aparte de jurar? —preguntó Sofí, que estaba sentada en la silla del escritorio, meciendo sus piernas insistentemente.

—Lo primero, es que les voy a contar algo —los chicos me miraron con atención.

Les hablé de la conversación entre el Bustos y la mamá de mi ex que había escuchado el martes pasado, a la salida del baño de los apoderados, y que no les había contado antes, porque todavía me costaba convencerme que la señora pretendiera que me deberían cambiar de curso.

—¿Creen ustedes que la vieja se refería a mí?

—Seguro que sí —sentenció Cote—. No se va a quedar tranquila hasta que te tenga lejos de su “hijito”.

—No puedo creer que existan mamás tan locas. —Milo movía la cabeza de un lado a otro—. En verdad, Ema, yo pensaba que la señora estaba exagerando un poco y que se le olvidaría todo en unos pocos días, pero parece que no será así. ¿Qué hacemos?

—Creo que tenemos que investigar todo lo que podamos acerca de esa mujer. Todo: dónde estudió, cómo era en el colegio, a qué edad se casó, si tiene amigos, dónde trabaja, todo —dije, como si fuera una detective privada.

—¿Para qué? —preguntó Milo—. ¿No sería más fácil hacerle una trampa, y ya?

—Es más fácil, pero, como dice Cote, esa mujer oculta algo —insistí—. ¿No les parece raro que consiga cualquier estupidez que se le ocurra?

—No entiendo. —Cote me miró con el ceño fruncido.

—Lo que pasó conmigo fue una maquinación con las estúpidas del curso: ponerme mal con las compañeras para

que mi imagen en el colegio quedara por el suelo. Pero, ¿pedirle al inspector general que me cambie de curso para que no esté cerca de su hijo? ¿Acaso no les parece exagerada la reacción del inspector general con la fotito que puso Gerardo en el Facebook?

—¿Qué estás pensando, Ema? —Milo parecía leer mi mente.

—Ella presiona al Bustos y consigue lo que quiere. ¿Por qué motivo la toma tanto en cuenta?

—Fácil, es la presidenta del Centro de Padres —respondió Sofí.

—No creo que sea solo eso, tiene que haber algo más.

—Crucé mis piernas, sin que me importara poner los pies sobre la cama.

—¿Qué cosa? —Sofí insistió.

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

A veces, sin querer se me ocurren cosas brillantes: ¿para qué vengarme de alguien? No puedo negar que hasta hoy pensé que lo único que calmaría mi mezcla de pena y rabia sería ver a la mamá de Rodrigo con la vida hecha pedazos, para que sintiera en alguna medida todo lo que yo he sufrido en estos meses; como dice la Normi: “ojo por ojo, diente por diente”. Mi problema es que, pese a que lo intento, no consigo ser mala. Entonces, en un chispazo de inteligencia que me llega de cuando en cuando, se me ocurrió que no ganaría nada estropeándole la vida a la señora, sino que lo que teníamos que hacer era descubrir la causa de su gran influencia en el colegio y dejarla en

evidencia. Por lo menos, así no podrá seguir perjudicando al resto de mis compañeros.

### ***Sábado 17 de junio (en la madrugada).***

Si hace dos semanas me hubieran dicho que terminaría completamente decepcionada de Rodrigo, no lo hubiese creído. Por más que mis amigos intentaban hacerme odiarlo, lo único que conseguían era sentirme más miserable al no poder estar con la persona que amaba. Ayer en la tarde, cuando planeábamos descubrir la conexión extraña que existe entre esa señora y el inspector general, sentía que era ella quien había arruinado mi vida y que Rodrigo era otra víctima más, por ser incapaz de defender sus sentimientos, por no reconocer que yo no había tenido nada que ver con lo que me había escrito en el chat, por no ser lo suficientemente independiente para tomar sus propias decisiones en algo tan personal como un pololeo, por acatar todo lo que le ordenaba su mamá, sin darse cuenta de lo mucho que me dañaba con su obediencia. Pese a que le dije que no quería saber nada de él, interiormente mantenía la esperanza de que todo se solucionaría y que podríamos seguir estando juntos. Sin embargo, todo eso terminó luego de una conversación por chat con Gerardo a eso de la una de la mañana de hoy.

Acababa de terminar de escribir en mi diario, y tenía tantas cosas en que pensar, que no podía quedarme dormida. De

pronto, recordé que Gerardo está al tanto de muchas cosas de la familia de Rodrigo y que, si era lo suficientemente astuta, podría sacarle información sin que se diera cuenta. Sin pensarlo mucho, tomé el portátil del escritorio y lo llevé a la cama; me conecté al chat, rogando encontrarlo conectado. Tuve suerte:

**Em@ dice:**

*Ola chico bueno XD*

**Gerardo dice:**

*Hola Ema ¿cómo estas?*

**Em@ dice:**

*Con insomnio jajaja*

**Gerardo dice:**

*Que bueno, así puedo hablar contigo.*

**Em@ dice:**

*De qué quieres hablar.*

**Gerardo dice:**

*Te quería pedir perdón por todas las estupideces que hice y dije cuando era amigo de Rodrigo.*

**Em@ dice:**

*Tú no me hiciste nada.*

**Gerardo dice:**

*Entonces te pido perdón por no hacer nada ni decir nada cuando te molestaban en el curso.*

**Em@ dice:**

*No importa.*

**Gerardo dice:**

*Y por otra cosa, yo sé algo que no te gustará nada.*

*(No estaba segura de querer saber. Respiré profundo.*

*—Es mejor que no me sigan haciendo tonta —me dije sin pensar y me predispuse a leer).*

**Em@ dice:**

*No importa que no me guste, cuenta lo que tengas que contar.*

**Gerardo dice:**

*Mira Ema, no pienses que te digo esto porque me pelée con Rodrigo, bueno en realidad sí, por eso te lo digo, pero también porque tengo una hermana y no me gustaría que su pololo le hiciera lo que él te hizo.*

**Em@ dice:**

*Cuenta de una vez, sin tanto rodeo, me estás poniendo histérica.*

**Gerardo dice:**

*Estoy seguro que Rodrigo te quiere mucho, al menos es lo que siempre decía, pero él no era lo que se dice fiel, fiel.*

**Em@ dice:**

*NO ENTIENDO!!!!*

**Gerardo dice:**

*Rodrigo andaba a la siga de Tatiana.*

*(Rodrigo siempre me dijo que yo era el amor de su vida, que quería estar siempre conmigo y que jamás me haría daño. Que los problemas que teníamos por causa de su mamá pasarían, que seguiríamos juntos, y yo le creía. ¿Cómo Gerardo me podía estar diciendo*

*que se quiere agarrar a la Tati? De esa compañera de curso con cara de mosca muerta que le cae bien a todos porque a nadie contradice, convida las colaciones, paga almuerzos, presta tareas y se deja copiar en las pruebas. Ella es la chica perfecta, los profesores la adoran porque no habla en clases, no hace desorden, siempre sabe lo que preguntan en las asignaturas y su promedio de notas es casi un siete. Mis compañeros la encuentran linda, por su cara de santa de estampita adornada por una sonrisa perenne. Es religiosa hasta el último hueso, todo lo consulta en la Biblia y, lo peor, a mí también me cae bien).*

**Em@ dice:**

*No te creo, tú me dices eso porque estás enojado con Rodrigo.*

**Gerardo dice:**

*Tú sabes que yo no miento.*

**Em@ dice:**

*Cuéntame todo.*

**Gerardo dice:**

*Esto no me lo dijo Rodrigo porque sabe que no estaría de acuerdo. Yo los vi en la calle, juntos, tú sabes que vivimos muy cerca. Sucede que hace como un mes pasaron por el frente de mi casa, iban muy contentos conversando, ya sé que me dirás que no tiene nada de malo, pero también vi que le dio un beso en la boca a Tatiana, y hasta donde yo sé, él estaba pololeando contigo.*

**Em@ dice.**

*No sé si creerte.*

**Gerardo dice:**

*Si quieres me crees, Ema, pero te lo puedo probar, te estoy mandando un mail, léelo y después hablamos.*

Apenas terminé de leer lo que me había escrito, vi que en la pantalla parpadeaba el aviso de nuevo correo electrónico recibido. Me quedé mirando el monitor por un rato, sin saber si quería ver o no lo que había llegado. Apagué el computador, lo dejé sobre la mesa de noche e intenté dormir. Me di mil vueltas en la cama, imaginándome a Rodrigo caminando de la mano con la mosca muerta de Tatiana y, sin poder más, encendí la luz, tomé nuevamente el computador y me dispuse a enterarme de la verdad.

**"De:** Gerardo Garrido. [<mailto:ggarrido2222@gmail.com>]

**Enviado el:** sábado, 17 de junio 01:35

**Para:** Ema Schulz

**Asunto:** La prueba

*Ema:*

*Discúlpame si te estoy haciendo pasar un mal rato, pero creo que siempre es mejor saber la verdad, ya decidirás tú lo que haces, cumplo con decirte.*

*Esta es la conversación por chat que tuve con Tatiana, la guardé porque pensaba hablar del tema con Rodrigo, nunca lo hice, pero ahora me sirve para demostrarte que lo que te digo es verdad.*

**Gerardo @dice:**

*Oye Tati, te sigue joteando el Rodrigo.*

**Tatiana @dice:**

*Por qué me preguntai eso.*

**Gerardo @dice:**

*Para qué te haces la tonta, si la otra vez te vi caminando toda coqueta al lado de él.*

**Tatiana @dice:**

*Pero eso fue hace como un mes po.*

**Gerardo @dice:**

*Es que yo vi onda en el ambiente jajajaja.*

**Tatiana @dice:**

*Jajajaja na q ver, ocea, siempre me tira los cortes y trata de besarme pero yo no lo pesco, está pololeando y a mí no me gusta ser la otra, tú cachai.*

**Gerardo @dice:**

*Pero yo vi que te dio un beso...*

**Tatiana @dice:**

*Sí, me dio un beso, Q HORROR!!!! Pero no me gustó nada, tu amigo es un fresco.*

**Gerardo @ dice:**

*Si parece que mi amigo en realidad es un poco fresco, tendré que hablar con él... jajaja.*

**Tatiana @dice:**

*Jajaja super fresco.*

**Gerardo @dice:**

*Si jajaja, mejor tener cuidado*

*Ya Tati, me tengo que ir a comer, chao".*

Terminé de leer el correo con los ojos llenos de lágrimas, sintiéndome la mina más estúpida de todo el mundo. Ya no lloraba por el tremendo amor que no podía ser posible por las ocurrencias de una madre posesiva; no, ahora mi pena era porque me sentía engañada, vilipendiada por una familia completa, que era como la mona y yo había caído en su juego.

Sin hacer ruido, caminé hasta el baño, me miré en el espejo, y no me gustó ver mis ojos rojos por un tipo que no valía la pena. Cuánta razón tenían mis amigos. Me lavé la cara y juré ante mi reflejo que nunca más volvería a derramar una sola lágrima por Rodrigo.

Acabo de ver en mi reloj despertador que falta poco para las cuatro de la mañana, y no he dormido nada. Mejor dejo de pensar y me acuesto.

### *En la noche.*

No entiendo a la gente, y menos aún a la Carmen. Hoy yo pretendía dormir por lo menos hasta las doce, pero no pude, porque me despertó el ruido de la aspiradora en el pasillo. Parece que en mi casa no entienden que el cartelito que cuelgo en la puerta de "No molestar, adolescente durmiendo" quiere decir eso: no hacer ruido. Cuando tengo sueño me pongo de muy mal humor, por lo que me levanté de la cama con el ánimo de decirle a mi mamá que parara la maquinita. Pero, al salir, me di cuenta que la que

estaba usándola era la Carmen, a quien miré con cara de malas pulgas. —Mi gatita linda, no vi el cartel —me dijo con su cara llena de ternura, y así nadie puede enojarse. No le pregunté qué hacía en mi casa, imaginando que mamá la había contratado para que le ayudara con el despelote que suele ser el departamento. Regresé a la cama e intenté seguir durmiendo, pero no lo conseguí, pese a que ya no se escuchaba ningún sonido perturbador.

De pronto, me dio hambre y fui a la cocina por un sándwich. Escuché voces en el lavadero, y me asomé apenas un poco, para que no se dieran cuenta de mi presencia. Carmen planchaba ropa mientras conversaba con mamá, que estaba sentada en un banquito tomándose un café, de espaldas a la puerta.

—No sé qué hacer, señora, desde que el Maxi me contó que le gustaban los hombres. Como que ya no me dan ganas de hacerle cariño, ni de hablarle. —Carmen se escuchaba acongojada.

—Pero, Carmen, cómo dices eso, si da lo mismo. Igual es tu hijo y él se da cuenta de tu rechazo; eso le hace pésimo.

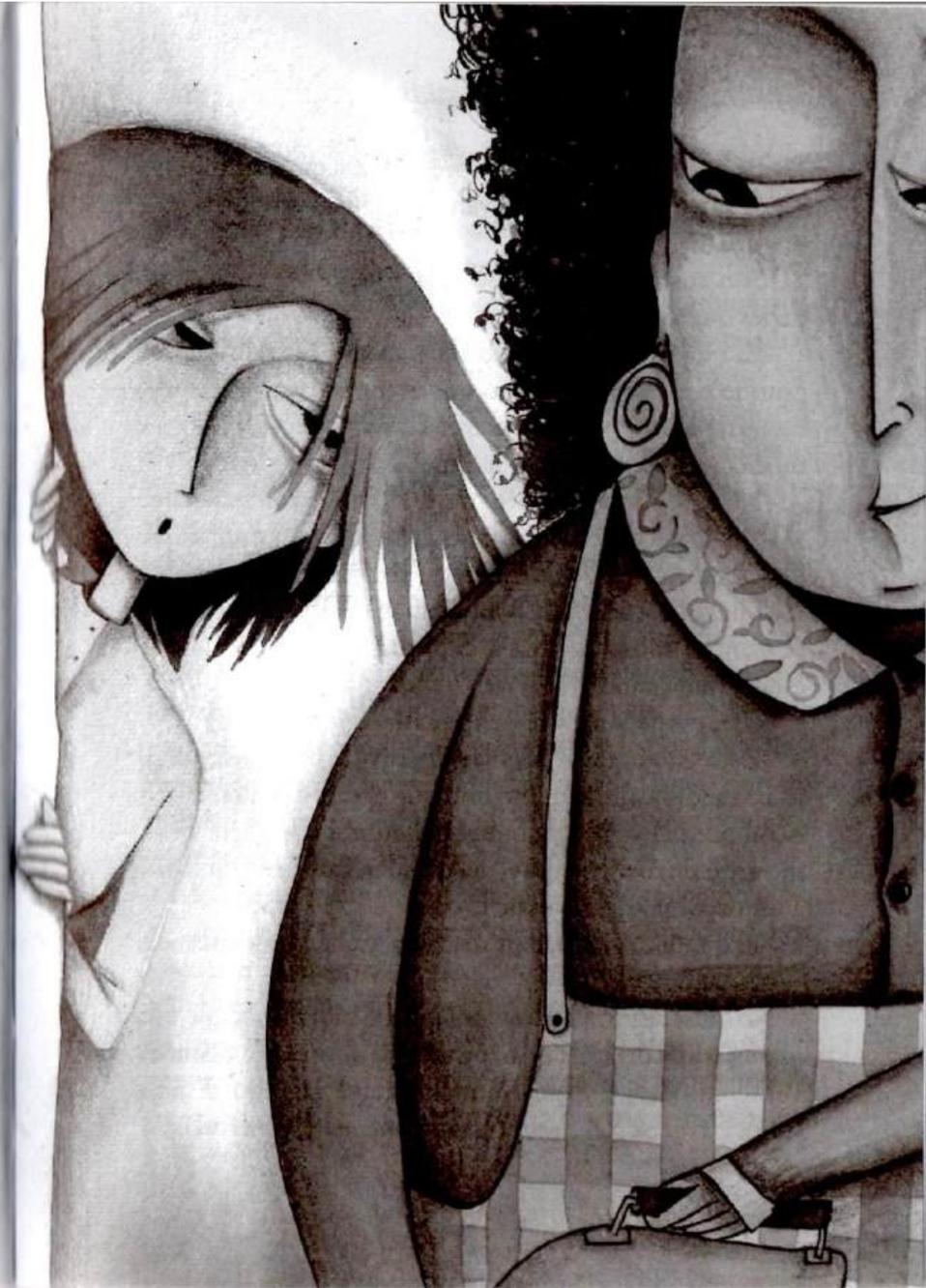
—Si sé, señora, pero no lo pue' o evitar, me da asco.

—¡Carmen! ¿Cómo puedes decir eso?

—Sé que es feo, pero me lo imagino besándose con otro hombre y me da asco.

—Pero Carmen, eres su mamá.

—¿Sabe, señora?, a veces creo que ya no lo quiero tanto como antes.



–Es tu hijo, Carmen, y los hijos se aman y punto.

–Si sé po', pero cómo le van a gustar los hombres, si él es hombre.

–Son cosas que pasan, no más. Qué le vas a hacer, tú tienes que apoyarlo.

–Es que no pue' o, me doy cuenta que lo trato mal, le grito to' o el tiempo, le digo que es un maricón y despué' me arrepiento, pero no me disculpo... ¿Y si lo llevo a médico, uste' cree que se le quite?

–No sé, Carmen, no creo que eso se quite con remedios.

–Y el Juan casi le sacó la cresta cuando lo supo; ahí si que lo defendí, es que le quería pegar con un palo de escoba. ¿Se imagina?, capaz que lo hubiera mata'o. –Carmen dejó la plancha sobre la tabla y dobló las sábanas en las que estaba trabajando.

–¿Por eso te separaste de tu marido?

–Uste' sabe que el Juan es agresivo; como defendí al Maxi, le dio conmigo, me dijo que el cabro me salió maricón porque yo lo tenía muy pollerúo. Lo hubiera visto, me gritó de to' o y despué' me quiso pegar a mí; ahí llamé a los pacos y lo sacaron de la casa.

–Es que tu marido es muy machista, es difícil que entienda.

–Sí po'

No quise seguir escuchando; me dio rabia saber que una mamá podía dejar de querer a su hijo porque era distinto. Pensé en Maxi y lo mal que lo estaba pasando. Estaba furiosa; regresé a mi dormitorio y me arreglé para salir.

–¿Qué podía hacer? –me preguntaba mientras caminaba por la calle rumbo al paradero de los micros. Tenía una idea: ir a la casa de Maxi y hablar con él, pero no sabía de qué. Pese a que aún no lo había decidido, me sorprendí subiéndome al bus 407, que es el mismo que tomo para ir a la casa de la Cote y que me deja a unas seis cuadras de la casa de Maxi.

Desde que tengo recuerdos, no me han gustado las injusticias. En Dominicana, con unos amigos pudimos rescatar unos animales de las manos de unos traficantes de mascotas y, por poco, no lo estoy contando ahora. El año pasado, cuando apenas llevaba unos meses de vuelta en Chile, me empeñé en descubrir quién era el matón del curso que estaba causando estragos entre mis compañeros más débiles. Cada vez que me involucré en estas cruzadas, luchando por lo que consideraba que estaba mal, lo hice sin pensarlo mucho, y era lo mismo que hacía ahora: lanzarme en picada a ayudar a un amigo de infancia que, en realidad, no sabía si quería mi ayuda, y al que tampoco tenía idea de cómo ayudar.

Me bajé del micro cerca del mediodía. No conocía mucho el barrio y me daba un poco de miedo caminar por esos lugares en donde me miran como si fuera una marciana. Maxi vive en un sector pobre y populoso de Peñalolén, de casas chiquitas, en las que habitan demasiadas personas para tan poco espacio, surcado por calles polvorientas de pavimentos trizados cubiertos de basura, con uno que

otro árbol raquíutico y plagadas de perros vagos a los que yo adoptaría si no viviera en un departamento. No es la primera vez que iba a la casa de mi amigo de infancia, pero siempre vuelve a impresionarme ver tanta gente en las calles; mujeres conversando, mientras los niños corretean a su alrededor, grupos de jóvenes en las esquinas aspirando con impaciencia cigarrillos que despiden un olor picante, que hacen correr de boca en boca, y chicas casi de mi edad, demasiado niñas para cargar criaturas, que pueden ser sus hijos o sus hermanos.

Me percaté de lo estúpida que había sido al no pedirle el número de celular a Maxi, para haberlo llamado para que me rescatara, porque en ese momento un tipo no muy alto, de pelo desordenado y barba de unos cuantos días, que estaba parado afuera de un negocio, me quedó mirando detenidamente, botó el cigarrillo que estaba fumando y, con tranco acelerado, había comenzado a seguirme. Me desesperé, sin saber si correr o gritar para que la gente me ayudara, porque el hombre ya estaba a escasos metros de mí. Cuando me disponía a entrar a cualquier casa para refugiarme, apareció una patrulla de carabineros. El sujeto se percató de la presencia de la policía y se devolvió, para perderse en alguno de los pasajes que desembocaba en la calle principal. Yo sentía el corazón acelerado y un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Si me pasaba algo, ¿cómo le explicaría a mamá qué andaba haciendo sin compañía en esa población? Antes de salir, le había dicho que iría

a la casa de la Cote para hacer un trabajo, porque estaba segura que si le contaba mi idea de ir donde Maxi, jamás me hubiera autorizado.

Por suerte, me acordaba exactamente cómo llegar a la casa de Carmen. Me paré frente a la reja y la golpeé con el candado que colgaba de una cadena. Al rato asomó la cara de Maxi por una ventana de la casita del fondo.

—¡Ema! ¿qué hací aquí? —me dijo, mientras luchaba por abrir el candado con un manojito de llaves.

—Tengo que ir a la casa de una compañera que vive por aquí cerca, pero llegué muy temprano, así que pensé en pasar a verte —mentí.

Maxi había vuelto al pelo crespo de los viejos tiempos; estaba vestido completamente de negro, con una polera y pantalones apretados que destacaban su sobrepeso, calzaba bototos tipo comando, su cuello estaba adornado por el mismo collar con púas que le había visto antes, sus muñecas tenían unas pulseras de ancho cuero negro y sus uñas seguían estando pintadas. Me hizo pasar con una sonrisa, mientras ahuyentaba a los mismos gatos que estaban en la visita anterior y que se empeñaban en impedirme avanzar hasta la casita del fondo.

—Estaba haciendo las cosas —se disculpó, moviendo una silla del comedor para que me sentara.

—¿Y la Alejandrita?

—Está con mi tía —explicó, sin dejar de mirarme con cara extraña.

- Ah –respondí sin saber de qué hablar.  
 –La dura, Ema, ¿a qué viniste?  
 –Quería saber cómo estabas –le respondí, sintiéndome una intrusa.  
 –Estoy bien.  
 –Qué bueno.  
 –Ya po', Ema, ¿qué onda?  
 –Pucha, Maxi, es que me quedé preocupada con eso que me dijiste de que no estabas yendo al colegio. ¿Te acuerdas cuando éramos chicos y soñábamos con lo que queríamos ser cuando grandes?  
 –Sí me acuerdo, yo quería ser doctor y tú, veterinaria.  
 –Ya po', y los dos teníamos que estudiar para eso.  
 –Tu podí' estudiar y ser lo que querái'; tus papás tienen mone'as y pueden pagar la universidad, ¿pero yo? No tengo por dónde. –Maxi se sentó en una silla, al otro lado de la mesa, sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos y encendió uno. No me extrañó, porque muchos de mis compañeros también fuman.  
 –Para estudiar tienes que haber sido buen alumno, acuérdate de las becas, pero si ni siquiera terminas el colegio, ¿en qué vas a trabajar cuando seas adulto?  
 –Ya estai' hablando como mi mamá.  
 –Perdón, pero es verdad.  
 –Putá, Ema, es que no es eso no ma' –se quedó en silencio por un momento–, ya no aguantaba el colegio, los hueones me tenían de casero, me agarraban a combo cuando se les ocurría.

- ¿Por qué?  
 –¿Pa' qué preguntai? Seguro que mi mamá ya te contó; le ha dicho a todo el mundo, anda llorando por los rincones como si yo tuviera una enfermedad mortal –dijo con rabia.  
 –He hablado muy poco con la Carmen.  
 –Qué raro. Justo cuando mi vieja está trabajando en tu casa, aparecí' para decirme que vuelva al colegio. ¿Por qué no me decí' mejor lo que te contó?  
 –Ella no me contó nada, sin que se dieran cuenta escuché una conversación de tu mamá con la mía.  
 –Ah... ¿y de qué hablaban?  
 –Ella está preocupada por ti.  
 –Yaaa, ¿porque soy gay? –me puse roja y no supe qué responderle–. Si no importa, Ema, todo el mundo lo sabe, por eso me sacaban la cresta mis compañeros de curso –continué en silencio–. No te compliqué', si yo te tengo ene cariño, soi' como mi prima, podí' decir lo que querái'.  
 –Maxi, yo también te quiero mucho y, si eres gay o no, me da lo mismo, te quiero igual –me dio mucha pena verlo a la defensiva, ahí, sentado en una silla, aspirando el humo del cigarrillo, tanto que se me escaparon un par de lágrimas–. Puchas, lo que yo no quiero, Maxi, es que te olvides de tus sueños, que dejes todo tirado porque unos estúpidos abusaron de ti.  
 –Lo he pasado muy mal –me dijo, en un susurro–, a mí nunca me gustaron las minas, me carga el fútbol y los deportes. –Se quedó pensando con la mirada perdida en

el cielo raso—. Yo creo que por eso mi viejo se dio cuenta, y me dijo que me iba a sacar lo maricón a palos, porque que prefería un hijo muerto a uno cola... Él no me quiere; ese día lo echaron de la casa porque mi mamá me defendió y trató de pegarle a ella. No lo he vuelto a ver —Maxi se puso a llorar y el maquillaje negro de sus ojos se fundió con sus lágrimas, formando un camino gris por sus mejillas—. Mi mamá pa' lo único que me habla es pa' retarme, ¿te acordái' que era re cariñosa conmigo? Ahora ni me abraza, es como si no existiera.

—No digas eso, estoy segura que la Carmen te quiere. Es que está impresionada con la noticia, pero se le va a quitar —intenté consolarlo.

—Ella piensa que estoy enfermo, y le dio con que me quiere llevar a médico para que me hagan un tratamiento... no entiende na' —Maxi correteó a un gatito que se frotaba en sus piernas y luego se limpió la cara con una servilleta que estaba sobre la mesa—. A veces creo que se siente una víctima por tener un hijo marica y por eso le ha contado a todo el mundo, para que se compadezcan de ella —el chico seguía llorando, y me paré, acercando mi silla para quedar a su lado. Le tomé una de sus manos, sin abrir la boca. ¿Qué podía decir?, nada, solo escucharlo—. “¿Qué haré yo cuando la gente de la población me mire y se ponga a murmurar cosas?” —Maxi imitó la voz de Carmen—. Me dijo una vez que le dio por encerrarse en su dormitorio con la Alejandra, para no verme la cara, ¿y qué hago yo, Ema?

—No sé —le respondí entre dientes.

—¿Qué hago yo con esto que me está pasando? Esto no es como estar gordo, que lo puedo arreglar cagándome de hambre, yendo al gimnasio y torturándome todos los días para ser flaco; pero ¿cómo me saco del cuerpo ser gay? Eso no se puede, lo intenté y no se puede. —Maxi se paró de la silla, caminó hasta el lavaplatos que estaba a su espalda y llenó un vaso con agua, que bebió con premura—. ¿Tú creí' que es muy malo que me gusten los hombres?

—No.

—¿A ti también te doy asco?

—No, ¿cómo me preguntas esa tontera?

—¿Sabí'?, estoy chato, me dan ganas de irme de acá, pero no tengo adonde. Me gustaría tener plata y rajar lejo'.

—Maxi, sé que soy una pendeja y que no tengo ni la mínima idea de cómo te sientes pero, si te sirve de algo, yo te quiero igual. No importa si te gustan los hombres o las mujeres, eso no te hace ni mejor ni peor persona, eres tú y punto. Pero, Maxi, tienes que terminar el colegio.

—Y dale, ¿sabí', Ema? Ándate donde tu amiga mejor, que quiero estar solo —Maxi seguía llorando, de pie junto al lavaplatos.

Me levanté de la silla, me acerqué a él y le di un beso en la frente, para luego salir sola a la calle. No me importaba que la gente me mirara, ni siquiera me preocupé de ver si alguien me seguía. Llegué al paradero y tome el 407 de regreso a casa, sintiéndome una estúpida. Mi amigo lloraba

porque no se sentía querido ni apoyado por sus padres, porque su cuerpo le gritaba que era distinto y yo insistía en que tenía que volver al colegio. Mientras estuve con él no entendí nada, ahora era muy tarde y quizás ya nunca más querría volver a hablar conmigo.

**Lunes 19 de junio.**

Del domingo no escribiré mucho, ya que me pasé en cama viendo tele, casi sin ponerle atención, pues lo único que hice fue pensar por turnos. De pronto, me acordaba del traidor de Rodrigo y me sentía extraña, seguía queriéndolo pero al mismo tiempo albergaba una rabia que crecía más y más, imaginando la escena de él y Tatiana caminando por la calle con cara de enamorados. Luego recordaba a Maxi con su rostro triste, confesándome que le gustaban los hombres y que su vida se había transformado en una desgracia.

Anoche me costó quedarme dormida, sin saber si enfrentarle a Rodrigo y decirle que sabía todo, o hacerme la tonta para no seguir armando escándalo. No logré tomar una decisión en ese momento, pero la respuesta de lo que sería correcto llegó sola en el primer recreo de hoy. Al sonar el timbre, salí disparada al baño. Como siempre, los pasillos estaban repletos de chicos, unos corrían sin un destino definido, otros pateaban una pelota en el patio, intentando hacer goles en unos arcos improvisados con un par de mochilas, mientras las niñas caminaban en grupos de un

lado al otro, emitiendo carcajadas coquetas. Mis amigos me enseñaban a la distancia un escaño frente al quiosco, donde me estarían esperando.

Al salir del baño me topé con Rodrigo, que se encontraba apoyado en uno de los pilares de la galería. Me dio un cosquilleo en todo el cuerpo, presintiendo que me estaba esperando. Me sonrió, para luego acercarse.

–Quiero que hablemos –me dijo, con ternura.

–No quiero hablar contigo –le respondí, inexpresiva.

–Tenemos que conversar, Ema –insistió. En ese momento vi a Colomba y Teresita dirigiéndose hacia el baño.

–Mira, son tus amiguitas –mi voz era burlona–. ¿No te da miedo que le cuenten a tu mamita que te vieron hablando conmigo?

–No le pienso hacer caso a las tonteras que diga mi mamá.

–Demasiado tarde, tú ya no me interesas –le respondí y di media vuelta para partir hacia donde estaban mis amigos. Él no lo permitió y me detuvo, tomándome de un brazo.

–¿Qué te pasa conmigo? Sé que la embarré, que hice todo mal, perdóname, yo te amo.

–Eres muy mentiroso; si quieres que hablemos, hablaremos –me zafé de su mano–. No necesitas decirme que me amas, porque si me amaras no andarías persiguiendo a Tatiana –Rodrigo se puso rojo–. Una cosa era que yo no le gustara a tu mamá y ella armara un tremendo escándalo en el colegio, del que tú no fuiste capaz de defenderme, porque eres un

mamón, y eso te lo podía perdonar. ¿Pero, andar tratando de agarrarte a la Tati mientras pololeabas conmigo?, eso no te lo perdono –le reclamé de un tirón, casi sin respirar.

–Eso no es verdad –se defendió.

–Y sigues, Rodrigo. Te vieron besando a la Tati en la calle.

–Es mentira, yo nunca haría algo así. Sabía que no me ibas dejar hablar, así que te escribí ésto –mi ex sacó un papel de su bolsillo y me lo entregó–. Léelo cuando estés sola y, si quieres, después conversamos.

Tomé el papel y, sin leerlo, lo rompí en mil pedazos ante su mirada atónita, para luego lanzar los restos al basurero adosado a un pilar. Empecé a caminar por el pasillo hacia donde estaban mis amigos, pero Rodrigo me siguió y se puso frente a mí, obstruyéndome el paso.

–¿Quién te contó? –me miró fijamente a los ojos.

–¿Ves que era cierto? –afirmé, haciendo esfuerzos para no llorar.

–¿Quién te contó? –insistió.

–¿Qué importa?, está claro que fue alguien que no te quiere mucho.

–Fue la Cote –afirmó.

–No fue ella.

–Fue la Cote, y me las va a pagar.

–Entiende, no fue la Cote y deja de hablar tonteras. ¿Qué quieres, ser igual a tu mamá y hacerle la vida imposible a todos los que te caen mal? Me das pena.

Rodrigo se quedó parado en el medio del pasillo, como perdido en sus pensamientos. No me encaminé hacia donde mis amigos, para evitar las preguntas que no tenía ganas de contestar. Como apenas quedaban cinco minutos de recreo, regresé a la sala y me senté en mi puesto a esperar que pasara el tiempo, sin ánimos de nada más.

La conversación con Rodrigo me dejó agotada, sintiendo como si hubiera corrido diez vueltas alrededor de la cancha del colegio. Me pesaban las piernas, los brazos y en la cabeza sentía un zumbido extraño. Por una parte, pensé, sería bueno terminar todo tipo de relación con él, porque lo que más odio en los pololeos es la infidelidad y Rodrigo no estaba dispuesto a ser fiel. Pero me molestaba que, pese a todo, siguiera poniéndome nerviosa si sabía que estaba cerca, y me enojaba conmigo misma al darme cuenta de lo irracional que pueden ser los sentimientos. ¿Cómo podía seguir amándolo, si al mismo tiempo lo odiaba? Estaba segura que no quería que fuéramos ni siquiera amigos, pero verle la cara a su nuevo proyecto de polola me daba furia.

Después de leer el mail que me había mandado Gerardo, ni siquiera estaba segura de querer continuar con los planes que yo misma había fraguado. Creo que si seguía adelante con la idea de la venganza, no me podría quitar a Rodrigo de la cabeza. Por eso, evité conversar con mis amigos sobre los planes, para empezar a averiguar por qué la vieja loca conseguía todo lo que quería en el colegio.

A la salida de clases no me quedó más alternativa que contarles a mis amigos lo del mail. Me miraron con cara de pena y Milo no pudo evitar decir "te lo dije"; mal momento para recriminarme de todas las veces que me advirtieron del nefasto futuro que veían en mi amorío, pero a esas alturas ya estaba involucrada hasta las patas y lo único que me quedaba por hacer era intentar olvidarme de Rodrigo. Sé que juré no volver a deprimirme por mi ex, y de verdad intenté levantarme el ánimo, pero no tuve éxito.

No quise irme a casa con Milo y Sofí, como otras tardes. Esa rutina era la parte del día que más disfrutaba: sonaba el timbre y los tres salíamos de la sala lo más rápido posible, para que a ningún profesor se le ocurriera pedirnos algo que se interpusiera en nuestro ritual. Apenas poníamos un pie afuera de las rejas que nos mantenían encerrados durante ocho horas, comprábamos unas sopaipillas en el carrito de la señora María, y luego caminábamos conversando, cantando o contando chistes las cuatro cuadras de trayecto hasta la entrada del edificio donde vivo. Luego los chicos continuaban su camino hasta la esquina de Américo Vespucio con Irarrázabal, donde Milo se despedía de Sofí y ella caminaba las otras tres cuadras que le faltaban para llegar a su casa. El recorrido, que no debía tardar más de diez minutos, nos tomaba al menos media hora; tan entretenido resultaba compartir esos momentos, que lo alargábamos todo lo que podíamos.

Hoy no quería caminar con nadie, prefiriendo darme permiso para sentirme miserable a solas por última vez.

—Llegar a casa, ¿para qué? —pensé y, en lugar de doblar en la esquina del colegio para dirigirme hacia el edificio, continué caminando por Irarrázabal hacia el poniente, con ganas de caminar, caminar y caminar sin destino. Hurgué en los bolsillos de mi chaqueta para asegurarme que tenía la tarjeta Bip, la que me permitiría tomar un micro si me cansaba y no quería regresar a pie. Divagando, los pasos me llevaron hasta la Plaza Ñuñoa, cuyos cafés y bares, a esa hora de la tarde, ya albergaba a grupos de jóvenes que espantaban el frío invernal con algunas copas que exacerbaban las carcajadas. Los miraba y me imaginaba en unos años más, ocupando esas mesas en las terrazas, ¿en compañía de quién?

Me percaté que era muy tarde cuando vi las velas brillando en las mesas de uno de los pubs del sector. Pensé en llamar a mamá para decirle que estaba terminando de hacer un trabajo y que llegaría un poco tarde, pero no tenía ganas de escuchar sus retos. Le escribí un mensaje de texto y crucé la calle para tomar un micro en dirección a casa.

—Hace rato que te estoy mirando, ¿qué haces aquí? —una voz conocida me sacó de mis reflexiones.

—¿Maxi? —giré la cabeza y me encontré con mi amigo de infancia.

—Se me han pasado como cinco micros —el chico lanzó una carcajada.

—¿Por estar mirándome?

—Te vi con cara triste.

—Es que estoy triste y me dieron ganas de caminar; ahora tengo que volver a casa.

—¿Ya estás mejor?

—Todavía tengo pena —no sé por qué le respondí.

—Vamos pa' la plaza y hablamos un rato, yo también estoy apenado.

—Y nos consolamos —le respondí, con una sonrisa forzada.

Llamé por teléfono a mamá, le dije que de regreso a la casa me había encontrado con Maxi; le conté que él estaba un poco triste y que nos quedaríamos conversando un rato en la Plaza Egaña, que está a unas pocas cuadras de mi casa y a la que mamá le tiene menos temor porque normalmente se estaciona allí un retén móvil de Carabineros. Sé que le mentí, pero en mi favor puedo argumentar que si le decía que estaba en la Plaza Ñuñoa era castigo fijo y si bien estaba desanimada, aún no tenía síntomas suicidas.

La Plaza Ñuñoa está formada por dos plazas divididas por la avenida Irrarrázaval. Me encanta ese sector; sus árboles añosos dan en verano una sombra exquisita; sus prados cuidados, sus jardines y los juegos infantiles invitan a la gente a pasar más tiempo afuera de los departamentos que se empinan en el sinnúmero de edificios que la rodean. A los universitarios les gusta mucho ir a pasar sus noches de juerga a esa zona llena de bares, pubs, restaurantes o incluso al teatro que se sitúa en uno de sus costados.

Como ya había anochecido, Maxi y yo caminamos por la plaza hasta un banquito iluminado por un farol de luz amarillenta. Uno que otro transeúnte pasaba ante nosotros con paso acelerado, intentando, quizás, escapar del frío, aunque a nosotros no nos importaba ni el tiempo ni el clima, y el mundo parecía detenido en medio de la neblina que comenzaba a cubrirlo todo.

—Tenía un pololo que adoraba, y el muy maldito andaba a la siga de una compañera de curso —le dije a Maxi, sin que me hiciera pregunta alguna.

—Uf, mala cosa —Maxi sacó un cigarrillo de su chaqueta y lo encendió —. Es un pelotudo, ¿cómo se le ocurre hacerte eso?

—Se le ocurrió.

—¿Tú los viste?

—Me lo contaron.

—Ah, ¿pero está' segura que es verdá'? La gente es re mala y a veces dicen cosas que son mentiras pa' molestar.

—Hoy hablé con él, es un compañero de curso y se delató solo.

—¿Pa' que te voy a decir que te tení' que olvidar de él?

—Estoy en eso —sonreí— y tú ¿por qué estas triste?

—Las mismas tonteras de siempre: me gusta un cabro, vine pa' acá porque toca flauta traversa en la plaza; es de esos que ponen el sombrero pa' que le den plata ¿tú cachai?, pero hoy no vino na'.

—¿Es amigo tuyo?

–Na' que ver, yo me conformo con mirarlo.

–Ah.

–Pucha', Ema, no seai' tonta, tu eri' bien bonita, ya se te va olvidar ese tipo y vai' a tener otros pololos –me consoló–. Pero yo, yo estoy frito –percibí su rostro triste–, sabí, lo único que quiero es tener a alguien que me quiera, una pareja.

–Pero seguro que vas a encontrar a alguien.

–¿Un gordo maricón? Estai' loca, mejor sigo viniendo a ver si me encuentro con el flautista, para soñar con él en la noche.

–No digas tonteras, tú eres una estupenda persona.

–¿Sabí?, quisiera enamorarme de alguien por primera vez, pero un amor de verdad, no de esos que son por poco tiempo, estar con una persona que me entienda, que no me critique, con quien pueda hablar.

–Ya llegará esa persona.

–Si a ti te cuesta mantener a un pololo, que eri' normal, que te gustan los hombres y eri' bonita, yo no tengo esperanza –Maxi se rió con desgano.

¿Qué le podía decir a Maxi? ¿que de seguro encontraría a un chico gay que se enamoraría de él? Quizás si, quizás no. ¿Cómo podrá pensar que otra persona va a quererlo si se siente rechazado hasta por sus propios padres?

–¿Estás seguro que eres gay? –le pregunté, sin pensar.

–¿Estás segura que te gustan los hombres? –me respondió y me sentí estúpida.

–Perdón.

–No importa –me contestó, dándome un leve empujón amistoso.

No quiero dejar de ver a Maxi, no quiero que se sienta solo, no quiero permitir que la Carmen le haga daño.

### *Jueves 22 de junio.*

Hace días que no escribo, porque he estado llena de cosas. En el colegio nos han estado torturando con pruebas, exposiciones y trabajos. Me he propuesto ser la mejor del curso, pues “cada nota me sirve para entrar a la universidad”, como dice mamá, aunque no es ese el único motivo: a fin de año en el cole hacen una ceremonia de premiación al mejor rendimiento de cada curso. Pese a que nunca me han premiado, ahora tengo un interés especial por ser la primera del curso, ya que en ese evento tan estirado estarán presentes las autoridades del colegio, del Centro de Alumnos, los papás y, claro, la directiva del Centro de Padres. Me muero de ganas de ver la cara que pondrá la vieja loca cuando mencionen mi nombre para entregarme el galvano de premiación.

Investigar a la “señora” se nos ha hecho un poco complicado: no sabemos por dónde partir. He visto en las series policiales que siempre escarban en los basureros de los sospechosos, por si encuentran alguna pista que los incrimine y, como creo que la tele a veces da buenas ideas,

convencí a mis amigos que teníamos que iniciar nuestra investigación hurgando en la basura. Ellos tenían muy pocas ganas.

—Estás loca —reclamó Milo, pero mi idea fue más fuerte y aceptaron a regañadientes.

El miércoles en la tarde nos juntamos en la casa de la Cote, porque ese día pasaba el camión recolector. Anduvimos dando vueltas por la cuadra en que vive Rodrigo, haciéndonos los tontos, conversando y riendo, pero con la mirada atenta por si veíamos salir a alguien de esa casa tan cuidada, en la que todo parecía estar en su lugar. Era igual a todas las demás, pequeña, de dos pisos, con ventanales vestidos con cortinas color crema, que tenían el aspecto de una vitrina con adornos y portarretratos. El jardín, con el pasto perfectamente cortado, una fuente de agua con un querubín sosteniendo una vasija, demasiado grande para el poco espacio que quedaba entre la edificación y la reja del antejardín.

Comenzaba a oscurecer cuando vimos salir al papá de mi ex con cara de pocos amigos, arrastrando un enorme basurero con ruedas, que estacionó al lado de un árbol. Alcanzamos a ocultarnos tras un laurel de flor plantado frente a la casa vecina, ya que en ese momento el hombre dio un par de miradas hacia ambos lados de la calle, como si presintiera que alguien lo vigilaba. Después que entró, esperamos un par de minutos antes de acercarnos sigilosamente hasta el recipiente. Cote había llevado un paquete

de guantes de goma y nos entregó un par cada uno. Para no hacer ruido con las ruedas, cargamos el recipiente entre los cuatro hasta una avenida a dos cuadras de la casa de la “señora”, lugar por el que transitaban muy pocos autos y cuyo bandejón central simulaba ser un parque lleno de árboles, plantas, prados, escaños y faroles que iluminaban tenuemente el lugar. Buscamos un sector solitario, para no tener que responder preguntas indiscretas. Milo, Cote y yo destapamos el basurero, mientras Sofí iluminaba el contenido con una linterna; el hedor a basura nos golpeó, y los chicos soltaron la tapa de plástico, que se cerró con un gran estruendo.

—¿Qué hacen? —les reclamé, al tiempo que miraba hacia todos lados—. Con tanta bulla seguro que nos descubren.

—Esto es asqueroso, me dan ganas de vomitar. —Cote se sacó uno de los guantes de goma y se llevó la mano a la boca, tratando de contener las arcadas.

—¿Y que querías, perfume francés?, si es basura, po’ Cote. Cúbrete la boca y la nariz con este pañuelo —la miré con cara de pocos amigos, mientras desenrollaba de mi cuello el pañuelo que traía puesto.

Volvimos a destapar el basurero y, una a una, fuimos sacando las bolsas con restos de comida, botellas, cartones y ramas. Como no tenemos la mejor de las suertes, solo al final del tacho encontramos una bolsa negra muy liviana.

—Esto parece ser basura de escritorio —dijo Cote, mientras se corría el pañuelo hacia el cuello y dejaba a la vista una

sonrisa triunfante. Tomó el hallazgo, se lo pasó a Sofí y comenzamos a devolver el contenido al basurero.

—¿Qué están haciendo?—escuchamos una voz masculina conocida, que provenía de una silueta entre las sombras.

—¿Gerardo?—Sofí iluminó con la linterna el rostro conocido.

—Nada, es que estamos reciclando. Mi abuela nunca me hace caso con lo del reciclaje y nos raptamos el basurero, ¿tú cachai?—respondió Cote, con naturalidad.

—Yaaa—el tono de voz de Gerardo me hizo pensar que no nos creía—, pero ese es el basurero de la casa de Rodrigo.

—Na' que ver, ¿por qué decí' eso?—insistió Cote.

—Porque dice "Los Alerces 5869"—respondió Gerardo, tajante, al tiempo que nuestras miradas se clavaban en la inscripción—y esa es la dirección de Rodrigo.

Sofía escondió la bolsa negra entre el follaje de un arbusto mientras nosotros, al vernos sorprendidos, le explicábamos a Gerardo, de la mejor forma posible, que encontrábamos raro el gran poder que tenía la mamá de Rodrigo en el colegio y queríamos saber el porqué.

—¿Nos vas a acusar?—le pregunté temerosa, al terminar de explicarle nuestro plan.

—Aunque no deberías hacerlo—agregó Cote—, piensa que esa vieja te dejó mal en el colegio.

—Mmmm—murmuró Gerardo, dubitativo—, sé que me voy a arrepentir, pero yo también quiero participar.

—¡Bien, Gera!—exclamó Cote con alegría, al tiempo que le daba un manotazo afectuoso en la espalda.

—Pero antes que sigan escarbando en la mugre y terminen los cuatro enfermos con quizás qué infección, ¿no creen que están viendo mucha tele? ¿Cómo se les ocurre que van a tener la suerte de encontrar algo importante justo hoy?

—Qué mala onda, Gerardo, te apuesto que encontramos algo—contestó Sofí.

—Si encuentras algo, mañana cómprate un Loto, porque sería demasiada suerte.

Nunca pensé que Gerardo estuviera dispuesto a involucrarse en nuestros planes; es más, al vernos sorprendidos, supuse que nos delataría y ya me imaginaba a los carabineros llevándonos detenidos por "hurto de basura". ¿Será esto un delito? Sofí sacó la bolsa negra de entre los arbustos y la trasladó al antejardín de la casa de la Cote, mientras nosotros cuatro devolvíamos el basurero al lugar de donde lo habíamos sacado.

Mamá me fue a buscar pasadas las nueve de la noche. Nos dirigimos al departamento con Sofí, pues habíamos planeado que se quedaría a dormir conmigo y que antes pasaría a dejar a Milo a su casa.

Nos pareció eterno el tiempo que pasó entre la comida y la hora de dormir. Cuando por fin pudimos quedar a solas en mi dormitorio, deslizamos la cama nido y nos sentamos sobre ella. Sofí abrió su mochila y sacó la bolsa negra, que se veía llena de papeles, los que vaciamos sobre unas hojas de diario que pusimos sobre la alfombra. Aparecieron escritos, algunos arrugados y otros hechos pedazos, los que uno a

uno comenzamos a estirar para leerlos. Cerca de las doce de la noche, cuando el sueño ya nos consumía y estábamos a punto de desistir, apareció un pedacito de papel ajado en que pude leer: "Señor Rector, de nuestra consideración".

–Sofí, ayúdame a encontrar el resto de esta carta –ordené a mi amiga, sin poder disimular mi emoción.

Escarbamos entre la basura, hasta encontrar cada una de las piezas de lo que parecía un rompecabezas, que ordenamos sobre la cama que ocuparía mi amiga. Nos sentíamos emocionadas, como si fuéramos un par de detectives a punto de encontrar la pista clave que resolvería el crimen. Pero, para decepción nuestra, al poner el último pedazo del puzzle pudimos enterarnos que se trataba de una rendición de cuentas del presupuesto entregado el mes de mayo.

Debimos admitir que Gerardo tenía razón, puesto que era muy poco probable que encontráramos algo de utilidad en el basurero. Lo peor iba a ser tener que verle la cara, vanagloriándose de su inteligencia superior.

A esas alturas de la noche, el sueño se nos había espantado y era difícil dormir con la cabeza llena de cosas. Se nos ocurrió un plan para ingresar al colegio y entrar a la oficina del Centro de Padres, en busca de alguna pista de lo que pretende esa mujer, pero que luego lo desechamos por las consecuencias que podría tener.

Hoy, como nunca, nos reunimos a las siete y media en punto en los escaños del quiosco, esperando que el frío

de esa hora de la mañana impidiera que los alumnos ma-  
drugadores invadieran nuestro espacio.

–Nada, no encontramos nada –anuncié, antes que comenzaran las preguntas.

–Les dije –Gerardo sacó su mejor voz de triunfo.

–No molestes, Gerardo, danos mejor una idea –Milo lo hizo callar.

–Yo tengo una que pondré en práctica hoy mismo. –Cote se sentó en el escaño con cara de inteligente, mientras se aplicaba un bálsamo labial que había sacado de un bolsillo de su chaqueta.

La chica de visos fucsias se levantó del asiento diez minutos antes de que sonara el timbre anunciando el inicio de clases, y con paso decidido marchó por los pasillos hasta la recepción. Milo se ofreció para acompañarla, pero ella no aceptó.

En clases, la espera se nos hizo eterna; pasaban los minutos y de Cote ni luces. Cuando ya estaba pensando en cómo llamar a su mamá, para decirle que nuestra amiga estaba metida en problemas, la puerta se abrió y ella entró, enseñando un pase de enfermería. Después de acomodarse en su puesto junto al mío: –Tengo noticias –me dijo en un susurro.

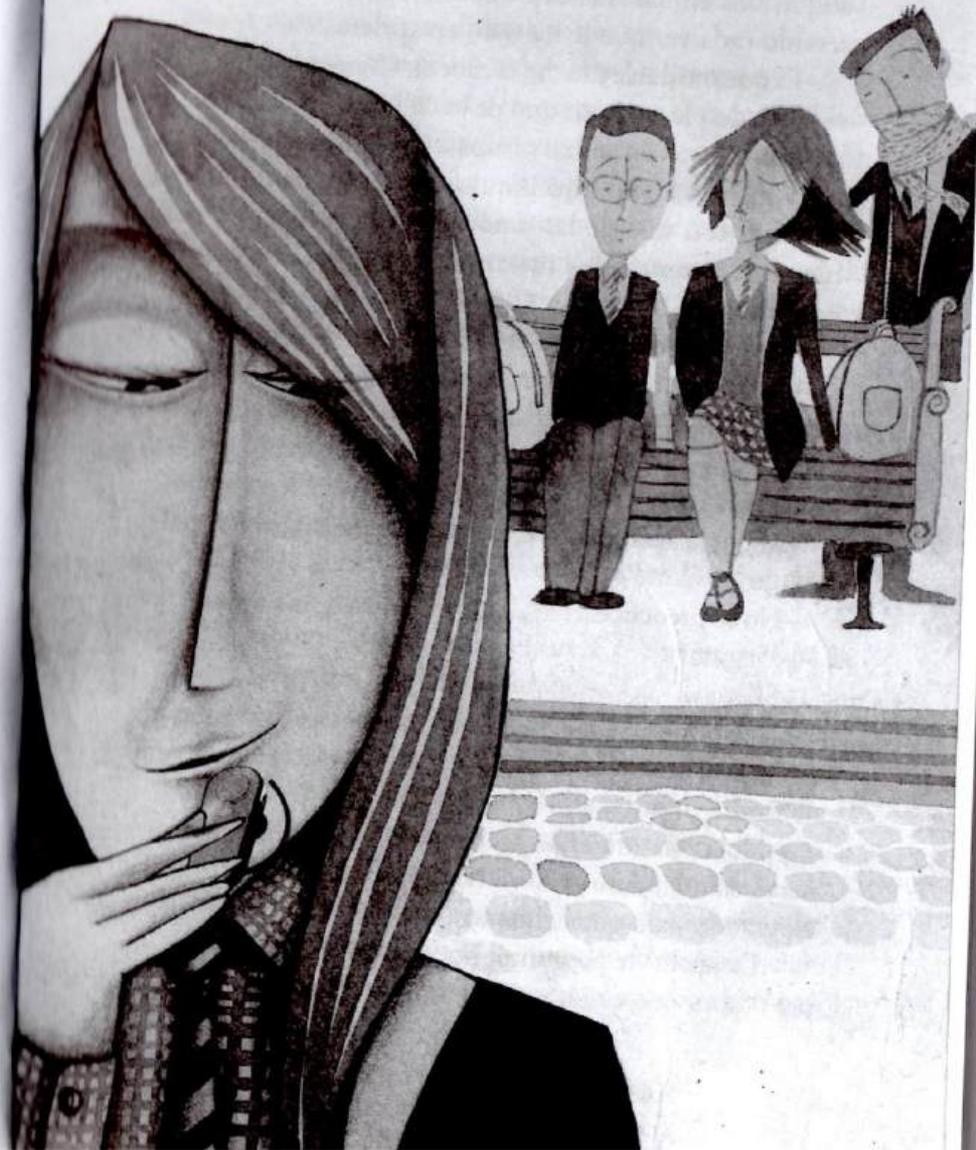
El resto de la clase de inglés fue eterna, ya que lo único que deseaba era que sonara el timbre para interrogar a Cote.

En el primer recreo, nos dirigimos con Cote hacia la biblioteca del tercer piso, donde se encuentran los computadores

de consultas que pueden usar los alumnos. Nos asignaron el equipo número 10, ubicado en un rincón de la sala, junto a los grandes ventanales con vista al patio. Cote sacó de su bolsillo un cable, que conectó al celular y luego al puerto USB del computador, al tiempo que nos contaba todo lo que había hecho antes de entrar a clases. Como sabía que Rodrigo llegaba a diario al colegio acompañado por su madre, como si fuera un niño del jardín de infantes, esperó en la recepción la llegada de la vieja. Igual que siempre, la mujer lo despidió con un beso y él ingresó al colegio con cara de chico bueno. Luego, la mujer se acercó al mesón de las secretarias, las saludó como si fueran grandes amigas, al tiempo que abrió la carpeta azul que llevaba para hacerles entrega de una carta. —Es para el rector ¿me timbras mi copia? —pidió con una amplia sonrisa. Una de las secretarias tomó el papel y lo dejó sobre la primera bandeja, que tenía la etiqueta “Rector”. Mientras la mujer continuaba conversando animadamente con las dos secretarias, Cote se moría de ganas de robarse la carta, pero no veía ninguna posibilidad de acercarse al mesón sin levantar sospechas.

El timbre de inicio de clases sonó y una inspectora se percató de su presencia.

—¿Y usted, por qué no se va a clases? —la mujer de delantal blanco sacó de un bolsillo el intercomunicador para dar aviso al inspector del curso que tenía una fugitiva. En ese momento Cote aplicó sus dotes de improvisadora



adquiridos en los talleres de actuación, que tanto le han servido cada vez que se ha visto en aprietos.

—Es que me duele mucho la cabeza. —Cote nos contó que se había desplomado en uno de los sillones, mientras se tomaba la cabeza con ambas manos—. Creo que tengo jaqueca.

La inspectora la miró inquisitivamente, habló un par de cosas con una de las señoritas de la recepción, pero luego de pensar unos instantes, le entregó un pase de enfermería.

—Vaya para que la revisen —le ordenó.

—Ya... Ay... ay... pero... ay... déjeme esperar un poco sentada aquí... ay... que me vienen unas puntadas terribles... ay... —Cote había divisado al inspector general, que venía ingresando al colegio por la puerta principal.

—Mejor la acompaño —la inspectora se dispuso a sentarse al lado de Cote.

—No se preocupe... ay... en un ratito se me quita... ay.

—¿Segura?

—Sí... ay.

La inspectora se fue, mientras Cote observaba la entrada de Bustos, quien le daba una mirada desganada a la mamá de Rodrigo.

—¡Hola! —la mujer se acercó sonriente al inspector general, saludándolo con un beso en la mejilla—. Te estaba esperando para que hablemos.

—¿De qué? —le preguntó, poco animado, el hombre, de pelo cano, que vestía un traje inmaculado.

—Tenemos algunos temas pendientes —la mujer continuaba mostrando sus dientes perfectos.

—En este momento no tengo mucho tiempo.

—Es cortito, yo también tengo que ir a trabajar. —El inspector subió las escaleras que conducen a la administración del colegio, con la mujer casi corriendo tras él.

Cote se levantó del sillón, con cara de sufrimiento, y se acercó al mesón de la recepción para mostrarles a las secretarías el pase de enfermería.

—¿No creen ustedes que es mejor llamar a mi mamá para que me venga a buscar? —Cote se apoyó en la lustrosa madera del mesón que le llegaba a la altura de las costillas, mientras con su mano izquierda sostenía el celular apuntando en dirección a la bandeja que contenía la carta de la vieja loca dirigida al rector.

—¿Qué le duele? —una de las muchachas tomó el pase y le preguntó con amabilidad.

—La cabeza —con la mano libre Cote se acariciaba la frente, al tiempo que se lamentaba.

—Vaya a la enfermería, allá decidirán lo que hay que hacer.

—Sí, mejor, gracias —respondió Cote, al tiempo que presionaba el botón de captura fotográfica de su celular.

Luego subió las escaleras, pero en vez de doblar a la izquierda en dirección a la enfermería, lo hizo a la derecha, para continuar con paso firme hacia la sala de espera de la dirección del colegio. En la puerta de vidrio, que se abre desde adentro eléctricamente, nuestra amiga mostró el papel

doblado, en el que solo se podía leer "pase". La secretaria, desde el interior, oprimió el botón sin más trámite.

—Me mandaron a inspección —Cote puso cara de chica en problemas y, como nadie cruza esa puerta por voluntad propia, le creyeron.

—El señor Bustos está con una apoderada, tiene que esperar.

Cote se sentó en un sillón, al lado de la puerta gris. La secretaria recibió un llamado telefónico y al instante se paró de su lugar y se perdió tras la puerta de la oficina del rector. Cote la escuchaba conversar animadamente y, al parecer, sin intenciones de salir pronto. Aprovechando la oportunidad, pegó una de sus orejas a la puerta de la oficina del inspector Bustos, escuchando con dificultad.

—Entiende, mujer, no puedo hacer lo que me pides.  
—Cote identificó la voz del inspector general.

—Mira, Pablo, es fácil: tú le entregas la carta al rector y le dices que estás completamente de acuerdo en que estos niños deben ser expulsados del colegio. Eres quien vela por la disciplina ¿o no?

—Sí, ¿pero por poner un emoticon en la cara de tu hijo? ¿No te parece mucho? Además, ese niño es el mejor alumno del nivel.

—¿Y la otra?, ¿no te acuerdas que se agarró a combos?

—Me acuerdo, pero la mamá de la chica habló con el rector y ahora está yendo a la psicóloga; no creo que la echen.

—¿Qué habló con el rector? —Según Cote, la voz de la mujer era de preocupación.

—No sé, no me dijo.

—Pero averigua, hombre.

—Claudia, no me molestes más ¿quieres?

—No quiero, y si no haces lo que te pido, no me va a quedar otra que hablar tú sabes con quien.

Cuando Cote escuchó que una de las sillas se arrastraba en el piso de cerámica, corrió hasta el escritorio de la secretaria y presionó el botón que abre la puerta. Salió en dirección a la enfermería, para seguir fingiendo el dolor de cabeza.

Los cuatro escuchamos el relato de Cote sin interrumpirla. —Aquí está la foto de la carta, pero no pude leerla del celular porque la letra era muy chica —se disculpó Cote, al tiempo que seleccionaba la imagen de la carta. Apretó el botón para imprimir y corrió a retirar el resultado de sus investigaciones, justo cuando sonaba el timbre del fin del recreo.

A la siguiente hora nos tocaba Artes, lo que es una suerte, porque la profe vive como en las nubes y le da lo mismo si conversamos en tanto hagamos el trabajo que nos corresponde. La sala está ubicada en un edificio solitario, de dos pisos, al final del colegio. En el primer piso están los mesones altos para seis alumnos, rodeados por incómodos taburetes, y en el segundo, la sala de exposiciones en que se exhiben los mejores trabajos de cada curso.

Los cinco nos instalamos en uno de los mesones del extremo de la sala. A través de las ventanas podíamos ver los jardines y árboles que la circundan, dándonos la

sensación de estar en otro lugar, quizás perdidos en medio de un parque y no en el colegio. La profe, vestida como siempre con una falda hasta los tobillos y un chaleco tipo hippie, nos explicó los que debíamos hacer en nuestras croqueras. Luego encendió la radio que tenía sobre su escritorio, para escuchar música celta, una lata que casi a nadie le interesa oír, pues la mayoría de mis compañeros se enchufan los audífonos de sus equipos de audio y se desconectan del mundo.

—Cote, no aguanto más, quiero ver la foto de la carta —le dije, al tiempo que la rodeábamos, acercando nuestros taburetes lo más posible al mesón.

—Calma, esperen —Cote sacó la hoja que traía doblada y la extendió sobre la cubierta de melamina blanca. Como pudimos, leímos en silencio.

*Señor Rector.*

*De nuestra consideración:*

*En vista de los graves acontecimientos ocurridos en el colegio venimos a pedirle a usted, en nuestra calidad de directiva del Centro de Padres y Apoderados, lo siguiente:*

*1. Que se retome a la brevedad el proceso sancionatorio en contra de la alumna Ema Schulz por los golpes que le propinó a una compañera de curso, hecho repudiable que merece el más alto castigo al que se pueda llegar en el Consejo Estudiantil, pues no queremos ese tipo de integrantes en nuestra comunidad educativa.*

*2. Que se le inicie un proceso de Consejo Estudiantil a Gerardo Garrido para investigar y sancionar la publicación de una foto en la red social Facebook de uno de sus compañeros, donde se mofa de él, hecho que no puede pasar a la ligera, pues el daño causado merece un castigo ejemplificador.*

*Esperando se inicien los procesos a la brevedad, se despiden atentamente,*

*Claudia Salazar*

*Verónica Herrera*

*Centro de Padres y Apoderados Colegio Americano.*

—¡Vieja maldita! —fue lo menos que se escapó de la boca de Gerardo. Por primera vez lo escuché decir un par de garabatos—. Esto es la guerra— continuó, con la cara roja de ira, mientras se paseaba de un lado a otro en el pequeño espacio que quedaba entre la ventana y la mesa de trabajo, dándose suaves golpes en la frente, como si eso le ayudara a pensar mejor.

—Ya, cálmate, que todos te están mirando —le ordenó Cote a Gerardo.

—Es que no puedo calmarme: esta vieja quiere que me echen del colegio. Le voy a contar a mi mamá, para que deje la embarrada —Gerardo se acercó y nos habló en un susurro que parecía contener con dificultad su molestia.

—¡No!, cómo se te ocurre, nos arruinarías todo el plan —Cote tomó de un brazo a Gerardo y lo obligó a sentarse en su taburete—. Queríamos descubrir algo sobre esa

mujer, y lo encontramos. Tuvimos suerte y ahora lo quieres arruinar –nuestra amiga seguía hablando bajito, para no ser escuchada por el resto del curso, que ya había perdido interés en lo que ocurría al final de la sala.

Yo entendía cómo se sentía Gerardo, ya que a mí me había tocado soportar por semanas las intrigas de la mujer.

–Gerardo, esta vieja se va a arrepentir el resto de su vida por haberse metido con nosotros –afirmé, parándome junto a él, pese a que no tenemos idea que sabe ella que pueda perjudicar al inspector general. Lo único claro es que se trata de algo grave.

En la tarde me volvió a tocar terapia con la psicóloga. Aunque parezca raro, debo confesar que me gustó hablar con Ivonne. Como quien sabe que debe cumplir una sentencia, a la salida de clases me despedí de mis amigos y subí al encuentro semanal que me mantendrá a salvo, al menos por un tiempo, del Consejo Escolar.

–Hola, Ema ¿qué tal tu semana? –Ivonne se sentó en su sillón frente al sofá.

–No le pegué a nadie, así que creo que me comporté bien –le respondí, con una sonrisa.

–Jajaja, Ema, lo normal es no andar por la vida golpeando a la gente.

–Aunque la verdad es que me hubiera gustado darle una bofetada a Rodrigo –se me escapó.

–¿Por qué?

–Me enteré que mientras pololeábamos andaba tratando de conquistar a una compañera.

–¿Y eso, cómo te hizo sentir? –Pregunta típica de psicóloga y que detesto.

–Pésimo: era lo que faltaba para sentirme la última mugre del piso. Mientras yo lloraba como estúpida porque no podíamos estar juntos, él intentaba consolarse con una chica que, de seguro para él y su mamá, es mejor que yo.

–¿Conversaste con él?

–Sí, pero no quiero hablar de eso.

–¿De qué quieres hablar?

–De algo que nada tiene que ver conmigo, de un amigo, ¿puedo?

–Claro que puedes –Ivonne se levantó de su asiento, puso un enorme cojín en el piso de baldosa blanca y se sentó, con las piernas entrelazadas y su torso apoyado en el sofá.

–Esto del amor me tiene confundida. Me siento grande aunque me traten como a una cabra chica, poniéndome siempre horarios o no permitiéndome escuchar las conversaciones de los adultos. Me carga ser adolescente, sin ser niña ni mujer, como si nuestro sufrimiento o sentimientos fueran menos importantes que los de un adulto. Más aún, nos hacen sentir como si lleváramos un letrero colgando del pecho que dijera: “Peligro: Adolescente”.

–Ya –la psicóloga abrió mucho los ojos, como si de ese modo me escuchara mejor.

–Yo me siento grande, puedo pensar, puedo ser racional, puedo entender, pero nunca me cuentan nada.

–¿Qué no te contaron?

–Tengo un amigo de infancia y me enteré que es gay.

–En verdad no sabía si contarle de Maxi a la sicóloga, pero necesitaba hablarlo con alguien que tuviera menos prejuicios, o por lo menos que no lo conociera.

–¿Cómo lo supiste?

–Sin querer; escuché una conversación de mi mamá y después mi amigo me lo confirmó.

–¿Te afectó mucho saber que es gay?

–Me da lo mismo si le gustan los hombres o las mujeres, pero los adultos se asustan y creen que tiene una enfermedad. Su mamá lo quiere mandar a un médico, para ver si se le quita, y su papá, cuando lo supo, quiso pegarle.

–¿Qué edad tiene tu amigo?

–Dieciséis.

–Ah.

–Ivonne, lo que me molesta es darme cuenta del daño que se le puede hacer a alguien inocente, a alguien que no mataría ni una sola mosca, solo porque es distinto. ¿Qué tan importante puede ser que un hombre se enamore de otro hombre? ¿Acaso ese amor es de menor calidad?

–Los afectos siempre son buenos, Ema.

–Mi amigo dejó el colegio porque sus compañeros se burlaban de él.

–Eso no está bien, el chico tiene que estudiar.

–Yo lo sé, y así se lo dije, pero para él no es lo más importante. ¿Cómo podría estar pensando en ir al colegio si ni en su casa lo aceptan tal cómo es?

–A tu amigo le espera un camino muy complicado, Ema.

–Ya me di cuenta, y me siento ridícula con mis problemas, cuando los de él son mucho más grandes.

–No porque creas que otras personas están pasando por problemas mayores, los tuyos son menos importantes.

–¿Es muy malo ser gay?

–Ni malo ni bueno, es su condición, que él no escogió. Ocurre que a la mayoría de la gente le asustan las diferencias y les cuesta mucho aceptarlas. Me imagino lo asustados que deben estar sus papás, y claro, reaccionan de la peor manera. Estoy segura que no están concientes del daño que le causan.

–Mi pobre amigo está solo y yo no sé cómo ayudarlo.

–Escuchándolo.

La hora con Ivonne transcurrió más rápido de lo que me hubiera gustado. Me agradó que no encontrara terrible la condición de mi amigo, a diferencia de la actitud que tenían mi abuela, la Paula y mi mamá cuando las vi conversando en la sala. Hoy me he propuesto ayudar a Maxi, todavía sin saber cómo, pero empezaré por escuchar todo lo que tenga que decir, por apoyarlo, por reír juntos y llorar, si es necesario.

**Viernes 23 de junio.**

Son las nueve de la mañana y estoy en casa. No fui al colegio porque desperté con un dolor de guata espantoso; cada media hora como que se me retorcián las tripas y no podía hacer más que revolcarme en la cama. Mamá me dio unas gotitas asquerosas, que calmaron mi tormento y, muy a su pesar, me dejó sola en cama porque no podía faltar al trabajo, pues tenía una reunión importante. Por suerte no estaré abandonada por mucho tiempo, ya que vendrá Carmen a trabajar a casa y me cuidará como en los viejos tiempos.

A veces me gusta estar sola como ahora, permaneciendo en silencio sin encender la tele ni la radio. Abro la ventana, aunque haga frío como hoy, para que ingresen los trinos de los pájaros y la suave brisa, y me ayuden a limpiar los malos pensamientos que durante la noche se transformaron en pesadillas.

Al escribir la fecha, caí en cuenta que falta apenas 60 días para mi cumpleaños. Primera vez que olvido el acontecimiento que será el más importante del año, mis quince años, seguramente debido a todos los problemas que llenan mi cabeza. La mayoría de mis compañeras que estuvieron de cumpleaños antes que yo, hicieron formidables fiestas de gala, al puro estilo del programa Quiero mis quince de MTV. No puedo negar que el año pasado no quise ser menos y me vi tentada a rogarle a papá que me festejara en algún salón de Casa Piedra, con llegada en

limusina, todos mis amigos y el curso completo invitados, con orquesta y fiesta organizada por Tomás Cox. En ese momento lo único que me interesaba era ser la chica más envidiada del colegio, pero ahora mi mayor preocupación es desenmascarar a la mamá de Rodrigo, y mientras no lo consiga no tendré tiempo para estar pensando en fiestas.

**En la noche.**

Esta mañana, cuando escuché abrir la puerta de entrada del departamento tuve un nuevo espasmo, ahora producido por las palabras que desean salir expulsadas, pero que están atragantadas en mi estómago. Tenía la oportunidad de estar a solas con mi nana y algo dentro de mí me decía que tenía que tomar la voz de mi amigo Maxi. Qué ganas de tener más edad para poder llamar a Carmen a mi dormitorio y decirle unas cuantas cosas sobre su hijo. Lo pensé por un instante; podía saludar a mi nana, como si no supiera nada de lo que estaba pasando y continuar metida en la cama, compadeciendo al pobre Maxi, o hablar.

—¡Hola, gatita!—Carmen abrió la puerta de mi dormitorio y se asomó, mostrando su sonrisa afable—. Tu mamá me llamó para que te cuidara.

—¡Hola, Carmen!—le respondí, al tiempo que me sentaba en la cama.

—¿Te hago una sopita de pollo?—Mi nana se aproximó y me dio un beso en la frente

–Bueno –le respondí, sin saber cómo empezar a decirle todo lo que parecía estar acumulado en mi guata.

–Entonces voy inmediatamente a comprar una pechuguita.

Carmen se acomodó la chaqueta y se dispuso a salir del dormitorio.

–¡Espera!, quiero conversar contigo. –Sentí ese cosquilleo en las manos que me viene cuando estoy metida en problemas–. Siéntate aquí, conmigo. –Carmen me quedó mirando con cara seria por unos segundo y se acomodó en la cama, frente a mí.

–¿Te duele mucho la guatita? ¿Quieres que llamemos a tu mamá?

–No, no es eso, ya casi no me duele. Es que hace unos días escuché que hablabas con mi mamá.

–Pero, gatita, ¿a uste' todavía no se le quita la mala costumbre de andar escuchando conversaciones ajenas?

–Carmen se puso roja.

–Fue sin querer –me justifiqué–, pero no me arrepiento de haber escuchado lo de Maxi.

–Ema, eran conversaciones de adultos, en las que tú no te puedes meter, porque eres muy chica. –Carmen se paró de la cama y salió del dormitorio sin mirarme.

Reaccioné, luego de un par de segundos que me parecieron una eternidad y, cogiendo la bata, salí tras ella, para darle alcance cuando iba llegando a la cocina.

–Para que sepas, Carmen, no estoy tan chica pues en dos meses más cumplo 15 ¿lo recuerdas? –me paré en la

puerta con los brazos abiertos, para impedirle el paso si era necesario. Carmen permaneció parada frente al lavaplatos, con un vaso de agua en la mano y su mirada perdida en la ventana que daba a los estacionamientos del edificio.

–Gatita, no voy a hablar contigo de mis problemas con el Maxi.

–No quiero que me hables, solo que me escuches. –Carmen se dio vuelta y me miró fijamente.

No lo pensé dos veces; casi sin darme tiempo para respirar le repetí cada una de las palabras que había escuchado de su boca aquel día en que la sorprendí confidenciándole a mamá lo desdichada, enrabada, asqueada y decepcionada que se sentía al tener un hijo gay.

–Es muy feo escuchar conversaciones ajenas, Ema.

–Ya sé, me lo han dicho como mil veces, pero no importa. Yo quiero decirte lo que he hablado con mi amigo, tu hijo, ese que te da asco.

–¿Hablaste con el Maxi?

–Él te extraña, Carmen, te necesita, tiene miedo de lo que le está pasando, de sentirse rechazado por todos, incluso por ti. Siente que, si bien no escogió ser gay, nadie lo quiere por ser diferente, y que cuando te lo dijo dejaste de ser su madre y lo comenzaste a tratar con rabia, a decirle cosas feas, que lo hacen sentirse más miserable.

–No te metas en esto, Ema, tú no entiendes. No es normal que a un hombre le gusten los hombres.

—Maxi sueña con conocer a alguien que lo quiera, que lo ame y a quien amar, pero cree que eso nunca sucederá, porque se siente rechazado.

—No sigas, Ema.

—¡Es tu hijo, Carmen, no es un vecino, es tu hijo! —le grité.

—¡Yo te quiero mucho, Ema, pero no voy a dejar que me faltes el respeto! —mi nana me miró desafiante.

—No te estoy faltando el respeto, te estoy diciendo que despiertes, que no te olvides que tu obligación es proteger a todos tus hijos, sin importar cómo sean.

—Te estás pasando de la raya, Ema, y eso no te lo voy a aguantar. Le voy a contar a tu mamá.

—Dile, me da lo mismo, no me pienso callar. —Carmen se secó la lágrima que comenzaba a rodar por su mejilla. Dejó el vaso en el lavaplatos y se fue a sentar al banquito del lavadero, conmigo tras ella—. Perdóname, Carmen, pero Maxi es mi amigo y lo está pasando mal, pésimo. Estoy segura que, si contara con tu apoyo, todo sería más soportable para tu hijo.

—En el pasaje le dicen marica —mi nana hablaba sin mirarme—. Yo no esperaba tener un hijo marica, los maricas no se casan, no tienen hijos y terminan trabajando en las esquinas. Yo no quería eso pa'l Maxi, lo quería estudiando en la universidad, sintiéndome orgullosa de él. Pero no, me tuvo que salir maricón, y ahora me queda la pura Alejandrita.

—No, Carmen, eso no es verdad. Maxi puede ir a la universidad, puede tener un título, puede ser feliz, puede

amar y sentirse amado. Si no tiene hijos, no importa, no creo que la razón de ser de una persona sea solo tener hijos. Es ser feliz, Carmen. El mundo está lleno de homosexuales realizados, es cosa que te pongas a ver la tele: periodistas, fotógrafos, estilistas, abogados, chefs, modistos o médicos. A Maxi, antes de entrar a la universidad, no le van a preguntar si le gustan los hombres o las mujeres.

—Tú no entiendes, eres muy chica.

—Claro que no entiendo, pero no tiene que ver con ser chica o grande. El amor de una madre no puede estar condicionado por la opción sexual de su hijo, por eso que no entiendo que Maxi te pueda dar asco. Tampoco entiendo que no esté yendo al colegio, ni entiendo que su papá quisiera pegarle por no ser un machote. ¿Cómo es posible que una cabra chica, que se mete en conversaciones de grandes, te tenga que explicar cómo se siente tu hijo, porque no te has dado el tiempo para sentarte a hablar con él?

Carmen se puso a llorar. Me acerqué a ella y la abracé.

—Si quieres dile a mi mamá que soy una mal educada, y me aguanto el castigo, pero era algo que te tenía que decir.

Miré a mi nana por unos segundos y luego volví a mi dormitorio, sin saber si todo lo que le había dicho serviría de algo. Por un momento, me arrepentí de esta boca tan grande, incapaz de mantenerse cerrada, que en la mayoría de los casos es la causante de todos mis castigos. Me di un par de vueltas en la cama, rogando que no me acusara a mamá, lo que me puso tan nerviosa, que hasta me volvió

el dolor de guata. Tomé más de esas gotas asquerosas, pero efectivas, y me quedé dormida.

### **Sábado 24 de junio.**

No existe mejor forma de echar a volar la creatividad investigativa que quedarse enferma en casa viendo televisión. Ignoro por qué a la tele la tratan de “caja estúpida”, si a mí me suministra tan buenas ideas.

Como dormí durante casi todo el día de ayer, al llegar la noche no tenía ni pizca de sueño. Mientras veía la serie CSI, esperando que me volviera el sueño, se me ocurrió la gran idea. En el episodio que estaba viendo había que descubrir al asesino de una bailarina y, entre las muchas cosas que hacía el rubio protagonista caracterizado de taxista, era seguir por las calles de Nueva York a uno de los cantineros del club donde bailaba la pobre muerta. Lo del seguimiento me produjo una corazonada que, aunque era la una de la madrugada, me hizo saltar de la cama, tomar mi teléfono móvil y mandar este mensaje de texto a mis amigos: “Ya estoy bien de la guata, tenemos que juntarnos mañana a las tres en la Plaza Egaña, tengo una idea”.

Faltaban cinco minutos para las tres de la tarde cuando llegué a la plaza. Pese a que me había puesto tres pares de calcetines, hacía tanto frío que no lograba sentir los dedos de mis pies. Me paré en la entrada del Metro, porque desde las entrañas del túnel emanaba una brisa un poco más

tibia, observando inquieta cada uno de los microbuses que se detenían en el paradero, para ver si de alguno bajaban mis amigos. Milo fue al primero que vi, haciéndome señas desde la esquina de Américo Vespucio con Irarrázaval. Sofi llegó apenas un minuto después y Cote con Gera se bajaron de un micro a las tres y cuarto.

El frío era tan intenso, que decidimos decender las escaleras del Metro y refugiarnos al costado del Bibliometro, en un rincón ubicado entre la pequeña caseta plagada de libros y los muros monumentales pintados de gris. Nos sentamos en la losa helada, mientras Gera, que parecía un personaje de película de gangsters con su largo abrigo negro y sombrero de ala del mismo color, permaneció de pie para no arruinar su atuendo.

—Tu idea es buena, pero tiene algunos inconvenientes—dijo Gera, al tiempo que se agachaba para quedar a nuestra altura—. Como se trata del inspector general, si nos descubren nos tenemos que dar por expulsados del colegio.

Los chicos se quedaron en silencio.

—Para que no nos detecten, tenemos que tener mucho cuidado—insistí.

—Y también un auto—Cote extendió sus largas piernas sobre el piso—. El Bustos anda en auto, así que no pretenderás seguirlo en bicicleta.

Nuevamente, el silencio. ¿Por qué las buenas ideas siempre tienen que tener un pero?, ¿cómo no pensé antes en ello?

–Mala idea, Ema –sentenció Milo, con una sonrisa burlona. No respondí.

–Para que vean lo aplicado que soy, ya averigüé dónde trabaja la señora. –Gera puso cara de misterio–. Es ejecutiva de cuentas del Banco Nacional, sucursal Providencia.

–¿Estás seguro? – indagué.

–Sí, me lo confirmó mi mamá.

–Quizás el Bustos está quebrado y no quiere que se sepa. –Sofí sacó la voz por primera vez.

–No creo, eso no es algo tan terrible –Milo echó por tierra la teoría de nuestra amiga.

–Ya que sabemos donde trabaja, podríamos mandarle un anónimo a su jefe, para que sepa que en vez de estar atendiendo a sus clientes, se lo pasa metida en el colegio –dijo Cote.

–No. ¿Qué sacaríamos? Con suerte la despiden y la vieja tendría más tiempo para seguir metida en el colegio, haciéndonos la vida imposible. Tenemos que descubrir lo que ella sabe del Bustos, es la única forma de parar la tontera –insistí con mi idea.

Regresé a casa muerta de frío, con una rabia tremenda y sin ningún avance. En el living se encontraba mamá, sentada sobre la alfombra, escarbando papeles en unas carpetas desparramadas sobre la mesa de centro. La saludé con desgano y me fui a encerrar en mi dormitorio, aprovechando que mi hermano Nico no me molestaría, ya que estaba en un cumpleaños. No quería hablar con nadie, pero al poco rato mamá golpeó la puerta.

–¿Qué pasa, Ema? –me preguntó, con un gesto de preocupación en su rostro.

–Nada.

–No me mientas, algo te pasó –insistió.

–De verdad que no me pasó nada.

–Júrame que me dirás si tienes algún problema.

–Te lo juro.

Mamá cerró la puerta y, por jurar en vano, me sentí peor de lo que ya estaba, aunque, si lo pensaba bien, realmente no pasaba nada, y era eso lo que me tenía molesta.

### *Lunes 26 de junio.*

Todo el día he estado pensando cómo fue que llegué a confiar ciegamente en Rodrigo, cómo me pude equivocar tanto y ver en él solo lo que yo quería ver. Cómo lo pude idealizar, pese a lo que opinaban mis amigos, que lo conocían de hacía años y sabían exactamente lo canalla que podía llegar a ser.

Será mejor que no piense tanto y organice mi tiempo para estudiar, ya que las próximas dos semanas que restan antes de salir de vacaciones de invierno, iremos únicamente al colegio a rendir las pruebas globales, que comenzaron hoy con Biología. Las puertas del establecimiento se abren a las nueve y media; cinco minutos antes de las diez nos forman a la entrada de la sala por orden de lista y nos van haciendo entrar silenciosamente, para hacernos sentar en los escritorios señalizados con los números de nuestras

cedulas de identidad, portando solo un lápiz de grafito y una goma de borrar. Este sistema, que no me gusta, lo instauraron el año pasado para familiarizarnos con la prueba de selección de ingreso a la universidad. Quieren que nos acostumbremos a la presión y ella se nos haga más fácil en el futuro.

A las diez en punto, el curso en pleno estaba sentado frente a un cuadernillo que contenía las preguntas de toda la materia semestral y una hoja de respuestas al puro estilo de la PSU. Mi puesto quedó ubicado en la tercera fila, al lado de la ventana; el de la Cote, justo delante de mí, y el de mi ex, en una fila más atrás. La profesora jefe y una inspectora vigilaban, paseándose insistentemente por los pasillos que quedaban entre los bancos, para evitar que nos copiáramos.

A las once y media, mientras yo revisaba por tercera vez las respuestas antes de entregar la prueba, mi ex pasó lentamente por el pasillo hacia el frente de la sala y ¡ups, descuido! se le cayó el cuadernillo, justo al pasar al lado de mi amiga Cote. —Perdón —se disculpó, educadamente, con esa cara de santurrón que me irrita, al tiempo que se apoyaba en el escritorio de ella para agacharse a recogerlo. La Cote lo miró con cara de desagrado y continuó rellenando los circulitos en la cartilla de respuestas. A partir de ese momento, se comenzaron a parar la mayoría de mis compañeros, con lo que perdí la concentración, y opté por cerrar el cuadernillo y me dispuse a entregarlo.

Los que habían terminado esperaban al resto del curso en la salida de la sala, comentando las preguntas de la prueba, y la orden que nos autorizara para irnos a casa. Cote y Catalina, sentadas en el suelo del pasillo, hablaban sin parar. Milo, Sofí, Gera y yo habíamos planeado ir a mi casa a hacer ejercicios de matemática, aprovechando los vastos conocimientos del nuevo integrante del grupo y para que nos aclarara algunas dudas. De pronto, se abrió la puerta de la sala y se asomó la profe Tamara.

—Señorita María José Tillería, entre por favor —Cote miró con espanto a la profesora jefe, se levantó, sacudió su falda y entró—. El resto se puede ir a sus casas —dijo la profe y cerró la puerta tras ella.

Los cuatro nos miramos desconcertados; si a algún alumno se le ordenaba regresar a la sala después de finalizada la prueba global, únicamente significaba que estaba metido en serios problemas. Permanecimos esperando que saliera la pobre Cote, mientras el pasillo fue lentamente quedando desierto. Los minutos pasaban con tanta lentitud que me iba desesperando. Necesitaba saber qué estaba ocurriendo adentro, pero no alcanzaba las ventanas, demasiado altas como para espiar. Sin decir una palabra, me dirigí a una sala que todavía no habían cerrado con llave, para sacar una silla, que luego apoyé bajo una de las ventanas de la sala donde nos habían tomado la prueba.

—¿Qué haces, Ema? —me preguntó Milo en un murmullo, mientras me tironeaba de un brazo para que me bajara.

–Déjame ver qué pasa, no escandalices.

Primero abrí suavemente la ventana, lo suficiente para poder escuchar, y luego asomé mis ojos. La profe Tamara estaba sentada en su escritorio, con una hoja de cuaderno en la mano, a su lado la inspectora y, de pie ante ambas mujeres, nuestra Cote.

–Pero, señorita Tamara, le insisto que yo no copié.

–María José, por quinta vez, al revisar los escritorios al término de la prueba global encontramos esta hoja en la bandeja debajo de su mesa, ¿es éste su RUT? –la mujer le mostró el papel.

–Sí, pero yo no dejé ninguna hoja en el puesto.

–¿Es esta su letra? –la profe le acercó la hoja de cuaderno, que Cote tomó con una mano y la miró detenidamente.

–Sí, pero yo no copié.

La profesora miró a Cote con seriedad, abrió el libro de clases y comenzó a escribir en él.

–Señorita Tillería, puede retirarse.

–¿Y qué va a pasar conmigo ahora?

–Eso debió haberlo pensado antes, retírese.

Me bajé de un salto de la silla y me quedé esperando, al lado de mis amigos. La puerta se abrió y Cote emergió pálida como un papel. Los cuatro la miramos sin decir palabra, y ella tampoco habló, solo caminó lo más rápido que pudo, con nosotros a la siga de ella. Salimos del colegio, hasta que la chica se detuvo en la esquina.



—¿Qué onda, Cote? —preguntó la Cata, sin que yo hubiera tenido tiempo para contarles lo que había escuchado dentro de la sala.

—Estas viejas me acusaron de haber copiado en la prueba global —respondió, con furia.

—¿Y copiaste? —insistió Cata.

—No preguntí' estupideces, eri' mi amiga y sabí' que no hago trampas.

—¿Y qué hacemos? —Milo intentó calmarla.

—Yo me voy a mi casa y no me sigan —nos advirtió, todavía con la cara roja de ira.

Catalina no obedeció y fue tras ella rumbo al paradero de los micros, mientras el resto partimos a mi casa para estudiar matemática. Mientras caminábamos, les conté lo que había escuchado por la ventana, pero no volvimos a tocar el tema hasta la hora del almuerzo. Mamá nos había dejado cazuela, la que calentamos entre los cuatro y nos sentamos a comerla en la mesa de la cocina. Junto con la primera cucharada de sopa caliente, se me empezó a aclarar lo que había pasado con Cote en la mañana.

—Fue el imbécil de Rodrigo —se me escaparon las palabras.

—¿De qué está' hablando? —Sofí me miró sorprendida.

—Rodrigo le puso una trampa a la Cote.

—¿Qué? —dijeron a coro mis amigos.

—¿Cómo no me di cuenta antes? —me agarré la cabeza con las dos manos y miré al techo, como si en la pintura

blanca se proyectara la escena de mi ex pidiendo perdón con su cara cínica.

—Habla claro po', Ema, que no te entiendo —me reclamó Milo.

—Cuando Rodrigo se dirigía a entregar el examen, se le cayó el cuadernillo justo al lado de la Cote y se agachó a recogerlo, apoyándose en el escritorio de ella. En ese momento debe haber puesto la hoja de cuaderno en la rejilla del escritorio.

—Ema, buena tu teoría y el tipo me cae pésimo, pero ¿por qué querría hacerle eso a la Cote? —Milo me quedó mirando fijamente a los ojos.

—Porque piensa que fue ella quien me contó que él andaba tratando de conquistar a la Tati cuando todavía éramos pololos. —Ya no podía seguir sentada; como pude, salí de mi lugar en la pequeña mesa y me apoyé en el lavaplatos—. ¿Se acuerdan que el lunes pasado no pude juntarme con ustedes en el recreo porque él me estaba esperando a la salida del baño?

—Sí —respondieron a coro.

—Cuando le dije lo que tú me habías revelado —me dirigí a Gera—, me preguntó quién me lo había dicho. No le respondí, pero a Rodrigo se le metió en la cabeza que había sido la Cote y recuerdo clarita su amenaza.

—¿Qué amenaza? —Sofí se paró al lado mío.

—“Me las va a pagar”. Fue él, estoy segura —los chicos se quedaron en silencio, sin poder dar crédito a lo que les decía.

Agarré mi mochila, que se hallaba junto a la mesa en que habíamos estado estudiando, y les comuniqué:

—Tengo que salir, así que espérenme un rato —les pedí desde la puerta.

—¿Adónde vas? —Milo se paró de su asiento, dispuesto a detenerme.

—A decirle unas cuantas verdades al estúpido de Rodrigo.

—Espera, nosotros vamos contigo —Sofí comenzó a retirar los platos de la mesa, para dejarlos en el lavaplatos.

—Esto lo tengo que hacer sola —les manifesté, al tiempo que me daba media vuelta para salir del departamento.

Mientras esperaba la llegada del ascensor, escuché el golpe seco de la puerta de casa, y en menos de unos segundos mis amigos estaban a mi lado, con sus mochilas al hombro.

—No te vamos a dejar sola —murmuró Milo, con decisión.

En el micro pude convencer a los chicos de lo inconveniente que resultaba que Rodrigo nos viera juntos en esto. Acordamos que ellos me esperarían en la casa de Gerardo y que, ante cualquier problema, los llamaría de inmediato.

A cada paso que daba sobre la acera humedecida por la llovizna mientras me acercaba a la casa de Rodrigo, más crecía mi rabia. Me detuve frente al número 5869 de Los Alerces trece minutos antes de las cuatro, respiré profundo y apreté el pequeño botón plateado del citófono. Como nadie contestó, insistí nuevamente, pero no ocurrió nada. Decepcionada, me disponía a regresar, cuando escuché un chicharreo seguido de una voz conocida.

—¡Sí!

—Soy Ema, quiero hablar contigo. —Se oyó el chicharreo de la chapa eléctrica y la puerta se abrió, en tanto que tras el enorme ventanal se divisaba la cara sonriente de Rodrigo.

—Qué sorpresa, pasa.

Empujé la pesada reja pintada de negro y caminé los escasos cuatro pasos hasta la puerta principal.

—Entra, estoy solo —me dijo, con un tono de picardía en su voz.

—No quiero entrar, aquí estoy bien. —Desde que concluí que él le había tendido una trampa a Cote, estuve pensando en todas las cosas que le diría, pero al tenerlo tan cerca, no me salían las palabras.

—¿Por qué tan tímida?, si te dije que estoy solito.

—No te pasí' rollos, cabrito —me volvió la furia—. No tengo ninguna intención de estar sola con alguien de tu calaña.

—¿A qué viniste, entonces? —Rodrigo traspasó el umbral de la puerta, bajó el peldaño y se paró desafiante frente a mí.

—¿Sabes, Rodrigo?, me advirtieron que tenía que tener cuidado contigo, porque eres un hipócrita, siempre poniendo caritas de chico inocente, de esos que no matan ni una mosca, pero que por detrás eres perverso.

—¿Qué querí', Ema?

—Decirte que me di cuenta que tú pusiste esa hoja en el escritorio de la Cote, para que la profe pensara que había copiado en la prueba.

—¿La pillaron? —sonrió con satisfacción—. Ahora va a sonar, y así no le van a quedar ganas de andar hablando mal de mí.

—¿Quién quiere hablar de ti? Nadie, Rodrigo, porque estás solo como un dedo, no le interesas a nadie, ni a la Cote, ni a Gerardo, ni a mí. ¿Y, sabes que es lo peor?, te equivocaste: ¡ella no fue quien te vio con la Tati! —le grité.

—Uuu, qué pena, me equivoqué —dijo, burlesco—, pero igual perdí.

—Tienes que decirle la verdad a la profe. —Intenté hablarle calmada, para ver si lo convencía de sacar a mi amiga del problema.

—Lo siento, no puedo. Acaso quieres que diga: “señorita, fíjese que pensé que la Cote era una sapa, entonces le puse un torpedo en el puesto para que la frieguen, pero sabe, me equivoqué, la sapa era otra, ¿por qué no me castiga a mí, mejor?”... No soy estúpido.

—Entonces yo se lo voy a decir.

—No seai' tonta, Ema, no te van a creer. Era una hoja de su cuaderno, era su letra, está fregada, y qué bueno, porque esa mina es de lo peor.

—Estás loco, Rodrigo, no se le hace daño a la gente simplemente porque te cae mal. —No podía creer lo que escuchaba de su boca.

—Oye, Ema, ¿por qué no dejamos de pelear? Entra, hablemos de nosotros. Estoy seguro que la Cote se las va a arreglar solita, como siempre lo hace. Es a la única del

colegio que dejan andar con esas mechas fucsias. Mejor aprovechemos que estoy solo.

—No, Rodrigo, si alguna vez pensé en volver contigo, con lo que hiciste hoy ya no existe ninguna posibilidad.

—Pero, Ema, yo te sigo queriendo. —De la nada desapareció su rostro iracundo y me empezó a hablar con ternura.

—Pero yo no, yo te odio —esta vez le decía lo que sentía realmente.

Lo miré por última vez, me di vuelta y caminé lo más rápido que pudieron mis piernas.

—¡Ema, espera... espera, Ema! —me gritó desde la reja de entrada. Ni siquiera volteé la cabeza, no quería volver a escucharlo nunca más.

Al doblar en la esquina de Los Alerces, dejé de escuchar la voz de Rodrigo. Necesitaba pensar un rato y, en lugar de caminar las tres cuadras que me separaban de la casa de Gerardo, me dirigí a la avenida del bandejón central estilo parque. Como caía una llovizna, que hasta ese momento no había percibido, me puse el gorro que forma parte de la parka, mientras mis zapatos hacían crujir el maicillo del piso con cada uno de mis pasos. —Tonta, tonta, tonta —pronuncié en un susurro, para escuchar mis palabras y convencerme sin lugar a dudas de la situación que estaba viviendo. Yo, Ema Schulz, enfrentada al Consejo Estudiantil por defender lo indefendible, queriendo rescatar un amor que creía maravilloso, agarrada de las mechas con Colomba porque

quería proteger a Rodrigo de la incompreensión de su mamá. Todo eran puras mentiras, y él no era distinto, era peor, malo, capaz de hacer cualquier cosa para salir triunfante. Dejé que las finas gotas de agua me cayeran en la cara, creyendo que ello me ayudaría a pensar con más claridad. Ahí, en la soledad, me di cuenta de lo vulnerable que me podía hacer el amor, en lo ciega que había estado, en todo lo que había arriesgado por alguien que no lo merecía. Ya no tenía rabia con Rodrigo, ahora la molestia era conmigo misma. Llegué a la conclusión que es un chico caprichoso, que consigue todo lo que quiere y que si se le complican las cosas, su mamá siempre estará allí para apoyarlo. Y que la mujer tampoco es capaz de tener límites para salirse con la suya. Mi ex resultó un buen alumno, ya que si de engaños e intrigas se trataba, aprendió de la mejor.

Dejé de divagar y me dirigí a la casa de Gerardo; quería que nos dedicáramos a pensar en la forma de ayudar a Cote a salir del lío. Lo peor era que me sentía completamente culpable de todo lo que estaba pasando nuestra amiga.

—¡Santo cielo! —exclamó la mamá de Gera cuando abrió la puerta de su casa y vio mi uniforme mojado por la lluvia. Pero, niñita, si estás empapada.

—No es para tanto, señora, se seca rápido —le dije, al tiempo que la saludaba con un beso en la mejilla.

Me hizo pasar al comedor de diario, donde estaban mis amigos haciendo como que estudiaban matemática. Me

quedaron mirando, sin poder formular preguntas, las que tendrían que esperar hasta que nos quedáramos solos.

—Si te quedas mojada, te vas a resfriar. Te traeré un buzo de mi hija para que te cambies. Gerardito, prepárale a tu amiga un té con limón y miel, que eso nunca falla —dijo instrucciones la señora.

Gera se paró de su silla y se dispuso a preparar el brebaje. Apenas sonaron los pasos de su mamá subiendo las escaleras, los chicos me rodearon.

—¿Y? —Sofi me quedó mirando, con los ojos más abiertos que de costumbre.

—Había sido él.

—Es un maldito —Milo, muy molesto, dio un golpe con el puño al mueble de cocina.

—Tenemos que contárselo a la Cote —dijo Gera, ofreciéndome un tazón de té, que comencé a beber inmediatamente para que se me quitara el frío.

Después de cambiarme de ropa, los cuatro nos dirigimos a la casa de Cote para relatarle lo que habíamos descubierto. Lo primero que ella hizo fue ir a revisar su cuaderno de biología, y pudo darse cuenta claramente de donde Rodrigo había arrancado la hoja de papel. Cote estaba tan enojada, que entre los cuatro debimos sujetarla para que no partiera a encarar al cobarde.

—Tenemos que ser más inteligentes que él —le dije, mientras la retenía para que no se levantara del sofá en que se había sentado a escuchar la historia.

—Ese pelotudo no es inteligente, es malo. Opino que tenemos que sacarle la cresta entre todos. —A Cote parecía que le salían chispas de los ojos.

—No, Cote, tai' loca, ahí sí que nos echan del colegio, ¿te imaginai' la escoba? Piensa: hacemos lo que tú dices, le pegamos a Rodrigo, él le cuenta a sus papás y mañana en la mañana están en el colegio haciéndose las víctimas, porque no van a decir lo que el estúpido hizo, y nosotros nos ganamos la carta de expulsión en menos de media hora. —Sofí se encucilló delante de Cote, dándole sus argumentos para intentar disuadirla de su idea.

—No me voy a quedar con un uno en la prueba, menos si vale por dos notas. —Cote sacó su celular para usar la calculadora y promediar la nota que le daría con esa calificación—. Cacha, me da apenas un cinco punto uno; nunca en mi vida he tenido esa nota.

—Tienes que llamar a tu mamá y contarle todo, pero sin decirle que fue Rodrigo. Ya veremos como nos desquitamos de él —le dije.

Abandonamos la casa de Cote mientras ella iba marcando el número de la oficina de su mamá. Gera caminó hacia su casa, en tanto Sofí, Milo y yo tomamos un micro para regresar a las nuestras.

En la noche, recibí un mail de la Cote.

**"De:** Cote Tillería

**Enviado el:** lunes, 26 de junio 21:28

**Para:** Ema Schulz; Gerardo Garrido; Sofía Taladris; Milo Barrientos

**Asunto:** Arreglado.

*No los llamo por teléfono porque tengo que estudiar matemática y me sale más rápido contarles en un correo, mañana respondo preguntas.*

*Llamé a mi mamá, le conté que me habían puesto un torpedo debajo del banco, pero no le dije quien fue, se enfureció y partió al colegio a hablar con el rector (nos juntamos allí). Por suerte llegamos antes de que se fueran todos los profes. La hubieran visto, armó tremendo escándalo, hizo que revisaran mis notas de Biología y todo el resto de los ramos; alegó tanto que al rector se le ocurrió que si me interrogaba la vieja de biología en ese mismo momento y yo respondía todo bien, me ponían en la prueba la nota que me sacara, pero que si me equivocaba en una sola pregunta, tenía el uno clavado y además Consejo Estudiantil. Me puse neurótica, pero por suerte respondí todo bien. De seguro el rector, la profe Tamara y la vieja de Biología quedaron furia, pero por lo menos el pelotudo de Rodrigo no se salió con la suya.*

*Gracias amigos, los amo.*

Nota. Un problema menos. No escribo más, tengo que seguir estudiando matemática.

**Martes 27 de junio.**

Tengo mil cosas que hacer y nada de tiempo. Anoche me quedé estudiando matemática hasta súper tarde. Cuando llegué al colegio, vi que habían publicado en el panel mural del primer patio las notas de la prueba de Biología y ¡¡ME SAQUÉ UN 6,9!! Estaba feliz e inmediatamente le mandé un mensaje de texto a mamá para darle la noticia; ella adora las buenas notas.

Mis amigos entraron quince minutos antes de la diez, me miraron con cara de pregunta, pero yo, como una tumba, no les dije nada. Al ver llegar a Cote, la noté algo temerosa mientras se abría paso entre los chicos aprovechando su cuerpo imponente, para ubicar su nombre en el listado. —¡Un siete! —gritó, sin poder parar de reír, caminando triunfante hacia nosotros, que la esperábamos detrás del tumulto.

Rodrigo entró al colegio acompañado, como siempre, de su madre, y ambos se dirigieron a consultar las listas.

—¿Se fijaron?, se sacó un cuatro —dijo Cote, sin disimular su alegría.

—Si en lugar de perjudicar al resto, se preocupara de estudiar, le iría mejor —se le escapó a Sofi; los demás permanecimos en silencio.

Rodrigo y su mamá salieron de entre la aglomeración de alumnos y se dirigieron hacia la enorme reja, abierta de par en par. La señora, muy seria, le hablaba a su hijo, quien miraba al suelo sin emitir palabra. Sin darnos cuenta, Cote se había alejado de nosotros, ubicándose frente

a mi ex, ignorando por completo a su madre, como si fuera transparente. —¡La Cote! —exclamó Milo, pero ya no alcanzábamos a detenerla.

—Me saqué un siete ¿viste la lista? —Cote extrajo un caramelo con palito de su bolsillo, retiró el papel lentamente y se lo puso en la boca, dándole un sonoro chupetón. Rodrigo la miró furioso.

—Tú te sacaste un cuatro —se volvió a poner el caramelo en la boca, con toda la calma del mundo y lo retiró nuevamente—. Qué pena. —Mi ex la seguía mirando—. Eri' bien mediocre, Ceballos.

—¿Qué te pasa, niñita insolente? ¿Acaso no ves que yo estoy aquí? —La mamá se paró al lado de Rodrigo, como intentando protegerlo. Cote la miró, indiferente.

—Eres patético, Ceballos, nada te sale bien. —Rodrigo continuaba en silencio.

—¡Ándate de aquí, si no quieres que llame a los inspectores! —le ordenó la mujer—. No puedes andar molestando a tus compañeros, eso no se permite en este colegio.

—Mire, señora, antes de decirme cualquier cosa, pregúntele a su hijo lo que me hizo. —Cote, unos quince centímetros más alta que la mujer, la miró hacia abajo, se puso nuevamente el dulce en la boca y se fue.

Dimos la prueba global de Matemática sin problema alguno y los cinco nos reunimos en la salida del colegio.

—La embarraste, Cote —dijo Milo, cuando ya no rondaban nuestros compañeros de curso, siempre tan copuchentos.

—¿Por qué? —En realidad, a veces Cote puede ser muy inocente.

—Ahora la mamá de Rodrigo se lanzará en picada en contra tuya y, si seguimos así, nos van a echar a todos del colegio.

—Perdona, Milo, pero no me pude contener.

Tenemos mil cosas que hacer antes que salgamos a vacaciones de invierno: estudiar para las pruebas que nos quedan y también descubrir la conexión del Busto con la vieja loca. Además, como mañana tenía cita con la sicóloga, fui a su oficina para intentar que me cambiara la sesión, pero no aceptó. —Es importante que continuemos la terapia, independientemente de tus pruebas —me respondió Ivonne.

### **Jueves 29 de junio.**

Resultado de las pruebas: Matemática, 7.0. Lenguaje, 6.8.

Hoy dimos la global de Química, que no me resultó complicada, esperando continuar con buenas notas. Mañana tenemos prueba de Historia, pero ese ramo me asusta más que los otros, porque siempre se me confunden las fechas y los lugares. Apenas salimos del colegio, a eso de las once y media, en vez de ir a estudiar en casa de Cote, tuve que ir a la consulta de la sicóloga.

Cuando me presenté a la hora agendada, me recibió sonriente desde el pequeño escritorio y, como de costumbre,

me indicó el sofá, que a estas alturas me es completamente familiar.

—¿Cómo te ha ido, Ema? —Ivonne se sentó a mi lado, como si fuéramos grandes amigas.

Por mi mente pasaron las imágenes de las pruebas y las excelentes notas que había obtenido, de Rodrigo agachándose para ponerle el torpedo a Cote, del día que me quedé enferma en casa y le dije unas cuantas cosas a Carmen, de mi conversación con mi ex afuera de su casa. Sin embargo, no supe qué contestarle.

—Yo creo que bien, he tenido buenas notas —le dije con una sonrisa.

—¿No has discutido con tus compañeros?

—O sea, de repente digo algo, pero pelear, lo que se dice pelear, no.

—¡Que bien!, te felicito. ¿Y tu amigo, del que me hablaste la semana pasada?

—No he podido verlo, con lo de las pruebas globales me lo he pasado estudiando. —No le quise contar mi conversación con Carmen.

—¿Algo más que me quieras contar?

—De verdad que esta semana estoy bien fome —me reí.

—Ya veo. —Sentí que Ivonne no me creyó mucho—. Veamos, Ema, me pidieron que tuviera el informe sobre tí listo el miércoles cinco, antes de salir de vacaciones de invierno. Necesito saber si haz escrito el diario que te pedí.

—Sí —abrí mi mochila y saqué el cuaderno en que había

escrito puras cosas lindas, porque este diario no lo entrego aunque me cueste la vida.

—No, no quiero que me lo entregues, es privado, solo tuyo. Necesito que para el próximo martes me traigas escrito en una hoja todo lo que sucedió con tus compañeritas de curso. No quiero hechos, quiero sentimientos. ¿Podrás hacerlo?

—Voy a tratar —volví a meter el cuaderno en mi mochila.

—Ema, escribe todo lo que sientas, no te restrinjas, ¿bueno?

—Bueno.

—Y ya, anda a estudiar para tu prueba de mañana, que yo no soy un ogro.

—Ivonne se me acercó para darme un abrazo.

—Ivonne ¿le vas a entregar esa hoja al rector?

—No, chiquilla, te lo dije, todo lo que se habla y entrega en esta oficina, muere en esta oficina. Quédate tranquila, te doy mi palabra.

—¿Tengo que venir el jueves de la próxima semana? —le pregunté, antes de dejar su oficina.

—No, Ema. Me hubiera gustado que la terapia durara más tiempo, pero ya me pidieron el informe. Quiero decirte que puedes venir a hablar conmigo cada vez que lo necesites —Ivonne se me acercó y me dio un beso en la mejilla. Creo que la voy a extrañar.

Estoy muerta de susto; si a la sicóloga le pidieron el informe para el miércoles de la próxima semana, quiere decir que mi tregua con el Consejo Estudiantil se termina. En

cualquier momento me entregarán la famosa citación y no tengo mucho material para asumir mi defensa. ¿De dónde puedo sacar tiempo, entre tanta prueba, para investigar un poco más? Necesito la ayuda de mis amigos.

Nota. Mejor me pongo a estudiar, luego veré qué hacer.

### **Sábado 1 de julio.**

Resultado de Química: 7,0. Soy BACAN!!

La noche del jueves no podía quedarme dormida; en mi cabeza daba vueltas y vueltas la imagen del salón del Consejo Estudiantil y el tener que enfrentarme de nuevo a la acusación. Cerca de las dos de la mañana decidí enviar un mensaje de texto a mis amigos: “No hagan planes para mañana después de la prueba de Historia, tenemos que hablar”, escribí.

Después de dar la prueba del viernes, nos dirigimos a mi departamento. Sentados en el living, les conté que la sicóloga debía entregar mi informe el miércoles de la semana entrante.

—¿Y qué quieres hacer? —me preguntó Cote, mientras bostezaba y se recostaba en uno de los sofás de la sala.

—No se me ocurre nada, estoy en blanco —le respondí, abrumada.

—Yo creo que dependes del informe que haga la sicóloga.  
—Sofía, sentada en la alfombra con las piernas cruzadas,

tomó su largo pelo negro, lo trenzó y lo dejó caer sobre uno de sus hombros.

—Tengo miedo, porque creo que dará lo mismo lo que informe sobre mí la sicóloga. Me tinca que ya tienen tomada la decisión y, de seguro, me cancelarán la matrícula para el próximo año.

—Pero, no seai' tan negativa, Ema —me reclamó Milo.

—A ver, qué tenemos —Gerardo se paró del sillón anti-guero, herencia del abuelo de mi padre, en el que se había apoltronado lo mismo que un soberano ante sus súbditos—. El chat calentón...

—Que no escribí yo —lo interrumpí.

—Ya sé, Ema, déjame terminar. ¿Tienes la copia? —Gera me miró y yo negué con la cabeza—. Malo, malo. Si lo tiene la mamá de Rodrigo, no lo va a mostrar, porque quedaría clarito que no fuiste tú quien escribió.

—¿Pero, por qué tendrían que juzgarme en el colegio por ese chat? Aunque yo hubiera escrito que quería hacer algo con Rodrigo, no tiene nada que ver con el colegio.

—¿Es que no cachai' que les ha dado con la moralidad, verdad? —Cote volvió a hablar en medio de un bostezo.

—¡Yo no soy inmoral! —me defendí.

—Nadie te ha dicho eso, solo estamos pensando fría-mente —me retó Cote.

—El problema, Ema, es que le pegaste a Colomba. Tú sabes que pelear a golpes está prohibido y que te pueden echar por eso. Puedes alegar que el chat pertenece a tu vida

privada y, realmente, el colegio no puede hacer mucho con eso. Pero le diste la zurra a la tontorrón; eso vio todo el curso, la inspectora de patio y el señor Bustos.

—¿De qué lado estás, Gera? Tú viste que la Colomba y la Teresita nos estaban grabando.

—Sí, Ema, pero el reglamento del colegio no dice nada sobre "grabaciones".

—Sí, Gerardo, pero te consta que la mamá de Rodrigo hizo que me siguieran en el colegio, que me espieran, y no me digas que eso tampoco está en el reglamento. Hay que tener dos dedos de frente para darse cuenta que no se puede acosar a nadie, ni provocar rencillas entre los compañeros, menos viniendo de una vieja que es ajena al curso.

—Ya, paren —Milo intentó calmar los ánimos—. No se trata de pelear entre nosotros, tenemos que pensar en qué hacer para que Ema se defienda en el Consejo.

—Tenemos la copia de la carta que le dejaron al rector —Cote mostró la hoja que tenía en una mano.

—Pero esa carta también la tienen ellos, y no nos sirve de nada —recalcó Gera.

—Insisto en que esto solo hubiera tenido por castigo una suspensión común y corriente, si no hubiera sido porque la mamá de Rodrigo presionó con que te tenían que llevar a Consejo. —Sofi me miró fijamente.

—Sofi tiene razón, yo escuché clarito cuando la vieja loca le dijo al Bustos que tenía que continuar con el Consejo

para que echaran a la Ema. –No sé cómo Cote podía intervenir en la conversación, pues parecía estar dormida.

–Y acuérdense que también quiere que me echen a mí –Gerardo levantó una mano.

–Tú no te preocupí, si erí “el alumno modelo”. Todos los profes lo dicen, nadie pensaría en echarte –respondió Cote, al tiempo que reíamos–. Aquí el problema lo tiene Ema, debido a que la vieja no la quiere ver ni en pintura, porque le da pánico que siga pololeando con su santo hijito.

–Volvemos a lo que les dije hace tiempo: tenemos que descubrir por qué la mamá de Rodrigo tiene tanto poder sobre el Bustos –insistí, mientras recordaba una conversación antigua.

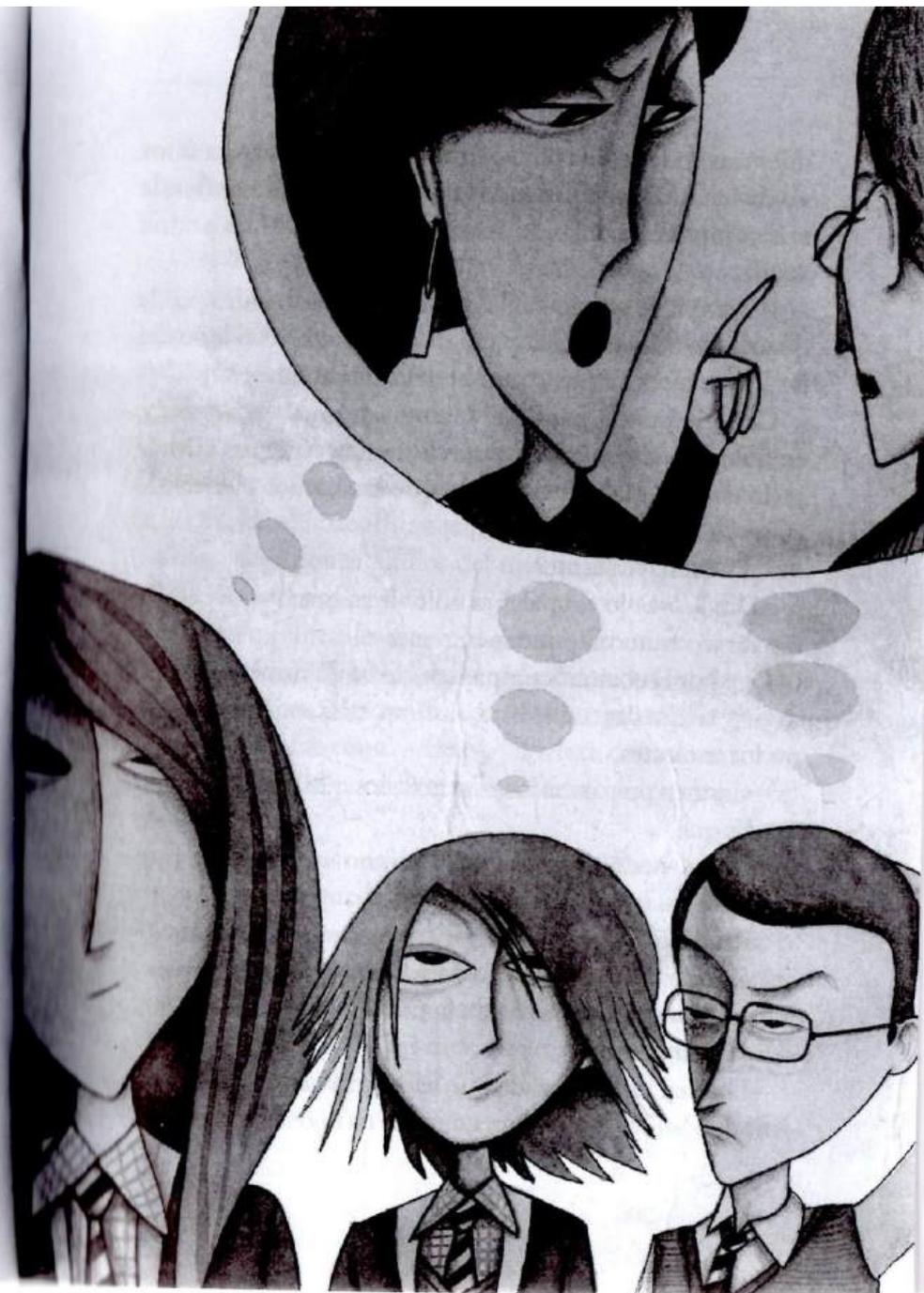
–“Si no lo haces, tendré que hablar con quién tú sabes”, fue la amenaza de la vieja loca al Bustos. –Cote recordó las palabras que había escuchado de boca de la mamá de Rodrigo.

–Ella sabe algo ¿pero, qué es? –Milo parecía hurgar en su mente, intentando encontrar la respuesta.

De pronto escuchamos el sonido de la llave entrando en la cerradura de la puerta principal, la que se abrió y vimos entrar a Carmen y Maxi.

–Mi nana y mi amigo Maximiliano –los presenté, al tiempo que me paraba del sofá para ir a saludarlos. Todos los chicos dijeron “hola” en coro.

Carmen los saludó con una gran sonrisa y tomó de una mano a Maxi para que la acompañara a la cocina,



mientras yo la seguía para pedirle que nos preparara unos sándwiches. Estaba abriendo la puerta para regresar donde mis compañeros, cuando se me ocurrió que Maxi podría ayudarnos.

—Oye, Maxi, quiero hablar contigo —le pedí, indicándole que me acompañara a la pieza de servicio, al otro lado del lavadero, que usamos como bodega de cachureos.

Cerré la puerta para que Carmen no nos escuchara y, en menos de cinco minutos, le conté sin vergüenza a Maxi el lío en que estaba metida y lo que estábamos planeando como defensa.

—¿Puedes ayudarme?

—Obvio. —Solo esa palabra salió de su boca, pero me dio un abrazo fraternal, que me levantó el ánimo.

Pasé por la cocina acompañada de Maxi rumbo a la sala.

—Tú te quedas aquí, hijo, la Ema está con sus amigos, no los molestes.

—Carmen preparaba los emparedados que le había pedido.

—Es que...

—Es que nada, tú te quedas aquí, no molestes —lo interrumpió mi nana.

—Relájate, Carmen, yo le pedí que nos acompañara —le aclaré, mientras tironeaba a Maxi para que me siguiera.

Carmen dejó el pan sobre la mesa y me llamó con una seña de su mano.

—El Maxi no tiene nada que hacer con ustedes allá afuera —me dijo bajito, como si intentara que su hijo no la escuchara.

—Yo le pedí que me acompañara.

—¿Para que se rían de él porque es marica? —me miró, un poco molesta.

—Estai' loca, Carmen, Maxi es mi amigo y no me da vergüenza que me vean con él. Jamás en la vida permitiría que alguien le hiciera daño,... parece que no me conocieras. —No respondió y salí de la cocina llevando de la mano a mi amigo de infancia.

Al llegar al living le presenté a Maxi cada uno de mis compañeros. Los chicos lo miraron, sin que les llamara la atención el atuendo: abrigo negro de cuero hasta las rodillas, pantalones pitillos del mismo color, bototos y su infaltable collar de púas. Ni siquiera les pareció extraño que se maquillara los ojos y se pintara las uñas.

—Oye, Maxi, ¿tú cachai' en la que estamos? —Cote se sentó en el sofá, dejándole espacio al nuevo integrante del grupo.

—Sí, la Ema me contó —respondió Maxi, con su voz suave.

—Tengo una idea y Maxi nos puede ayudar, porque a él nadie lo conoce

—dije, tratando de poner cara de inteligente y sonriéndoles.

Los chicos se quedaron en casa hasta cerca de las cinco de la tarde, hora en que terminamos de elaborar un súper plan, que pondremos en práctica el lunes. No pienso escribir los detalles del plan para evitar el riesgo que falle, porque mi abuela Normi dice que cuando se cuentan las cosas, no resultan.

**Lunes 3 de julio.**

Resultados de las pruebas: Historia, 6,5 (es súper buena nota, tomando en cuenta mis dificultades con este ramo).

Hoy mis amigos llegaron al departamento a eso de las ocho de la mañana, cargando sus mochilas con ropa de recambio destinada a poner en práctica el plan. Luego, partimos al cole a dar la prueba de Inglés. Terminada ésta, volvimos al edificio poco antes de las doce, y nos encontramos con Maxi, que nos esperaba en la conserjería. Me produjo un poco de risa verlo vestido completamente normal: unos jeans desteñidos, chaleco rojo, casaca de mezclilla, zapatillas, sin una pizca de maquillaje y con sus rulitos cayendo sobre sus hombros, como en los viejos tiempos en que no era esclavo de la plancha. Después de saludarlo, subimos al departamento, solitario a esa hora del día.

Las mujeres nos encerramos en mi dormitorio para cambiarnos de ropa. Sofí se puso una minifalda y medias negras, un suéter verde de cuello de tortuga con un blazer de terciopelo negro, y unas zapatillas con caña del mismo color. A continuación, Cote se esmeró en poner en práctica sus conocimientos de caracterización para que la edad de Sofí aumentara en unos diez años más: delineado de ojos y lentes de contacto verde oliva, maquillaje de rostro y cuello con una base más clara que su tono de piel, labial color durazno, corte de la chasquilla y peinado con cola de caballo. Para terminar el personaje: lentes con marcos imitación nácar.

—Nadie te reconocerá —dijo Cote satisfecha, mientras observaba el resultado de tanto trabajo.

—Tú, de hip hopero —me dijo Cote, mientras sacaba de su mochila un polerón negro con capucha, que me puse sobre una camiseta de polar para que no me diera frío. También me entregó unos jeans enormes, que a duras penas pude sujetar con un cinturón, y unas zapatillas con caña y cordones desatados. Aplicó en mi cara una base más oscura y me puso unos lentes de sol. Y, para rematar, un jockey color blanco bajo la capucha. —Escucha, Ema, se supone que eres un hombre. —No pude aguantar la risa al verme en el espejo.

La última en arreglarse fue Cote, que se encajó un traje sastrero gris con pantalones y una blusa blanca. —Se lo saqué a mi mamá —aclaró, a la vez que se calzaba unos zapatos de enorme tacón, que la hacían crecer por lo menos siete centímetros. Tiñó sus mechones fucsia con una tintura removible y su pelo quedó completamente negro, maquillándose al estilo de las oficinistas: máscara de pestañas, delineador negro y labial rojo intenso. Para terminar, sacó de su bolso una cartera negra y se la colgó de su hombro derecho.

Las tres nos agrupamos ante el espejo de cuerpo entero que cuelga al interior de una de las puertas de mi armario. —Ya estamos: yo soy la mamá, tú mi amiga y tú mi hijo hip hop —dijo Cote.

En el living nos esperaban los chicos, quienes se habían limitado a sustituir el uniforme por ropa de calle.

–Jajaja –los chicos rieron a coro al vernos entrar.

–¿Cómo nos vemos? –preguntó Sofí, al tiempo que desfilaba como una modelo frente a nuestros amigos.

–Si las veo en la calle, no las reconozco –dijo Gera y las tres nos miramos satisfechas.

–Maxi ¿y el encargo?

–Esperando afuera.

–Entonces, vamos juntando las lucas –ordené y mis amigos comenzaron a escarbar en sus bolsillos, al tiempo que me acercaba al ventanal y confirmaba que un pequeño auto rojo se hallaba estacionado frente al edificio.

Para seguir al Bustos necesitábamos movilizarnos en un auto. Maxi había contratado por el día, por diez mil pesos y la bencina, a un vecino amigo, el que nos transportaría en un Fiat 147, un autito del año de la pera que utilizaba el vecino para llevar sus herramientas de jardinero.

Creo que realmente las chicas y yo habíamos quedado irreconocibles, porque al salir del ascensor y caminar hacia la puerta principal del edificio, el conserje nos quedó observando con cara inquisidora. Se paró de un salto de su asiento y nos interrogó.

–A ustedes los conozco –se dirigió a Maxi, Gera y Milo–, pero ustedes no son del edificio y tampoco las vi entrar. ¿De dónde vienen?

–¿No me reconoce, Eduardo? Soy yo y mis amigas –le dije, quitándome los lentes de sol, la capucha y el gorro, sin poder dejar de reír.

–¿Ema?

–Sí... jajaja. –Era un hecho que estábamos irreconocibles.

Sabiendo que el inspector general acostumbraba ir a almorzar todos los días a su casa a las dos en punto, los hombres partieron al colegio en el Fiat 147 a esperar su salida.

En tanto, las mujeres caminamos hasta el metro, y partimos en un carro atiborrado de gente, orando para que el calor reinante no nos hiciera transpirar mucho, pues corríamos el riesgo de arruinar el maquillaje.

Descendimos en la estación Los Leones y caminamos las dos cuadras que nos separaban del Banco Nacional, que a esa hora ya había cerrado. Estuvimos unos diez minutos paradas discretamente frente a los ventanales, escudriñando de tanto en tanto la posible presencia de la mamá de Rodrigo. Solo conseguimos llamar la atención del guardia, que comenzó a pasearse al otro lado del vidrio con el ceño fruncido y una de sus manos tocando el arma que llevaba al cinto.

–Vamos al cajero automático –dijo Cote.

Caminamos hasta la esquina, Cote abrió su cartera e introdujo la tarjeta para ingresar al recinto, que estaba conectado al banco mediante una puerta de vidrio. Mientras hacía el retiro de dinero, nosotras continuábamos tratando de averiguar si en el interior se encontraba la vieja loca, pero nada. Solo el guardia apareció frente a nosotras, con cara de malas pulgas. Salimos derrotadas.

—Somos bien tontas —dije, decepcionada, nada nos resulta. —En realidad era muy poco probable que nos encontráramos con la mamá de Rodrigo haciendo algo que la delatara.

—Ya, Ema, nadie dijo que esto sería fácil. Les invito a un pastel, ¿quieren?, mi mamá me depositó la mesada —Cote nos mostró un billete de veinte mil pesos.

Cruzamos la calle y caminamos con paso cansino por la vereda sur de la avenida Once de Septiembre, esquivando a las personas que regresaban apresuradas a sus trabajos, pues ya terminaba la hora de almuerzo. Llegamos al centro comercial, deteniéndonos ante un par de vitrinas para no perder el viaje. Finalmente, entramos a la Cafetería Habana y nos sentamos en una mesita arrinconada al fondo del local. Me saqué los lentes de sol y me dispuse a examinar la carta.

—Miren, chicas, llegó Maxi —les dije, al darme cuenta que se estaba sentando en un escaño frente a la cafetería.

—¿Maxi está aquí? —Sofí, sentada frente a mí, giró la cabeza y vio al chico.

—Pídeme un jugo, mientras voy a preguntarle a Maxi qué hace aquí.

Me puse los lentes de sol y me paré de mi asiento, mientras Sofí ocupaba mi puesto para tener mejor vista.

—¿Qué hací aquí? —me preguntó Maxi cuando me senté a su lado, en el escaño ubicado en medio del pasillo del mall.

—Fuimos al banco, pero no vimos a la mamá de mi ex,

así que la Cote nos invitó un pastel —le expliqué—. Fue pura coincidencia, te juro, ¿y tú?

—Esperamos afuera del colegio a que saliera el auto del tipo y lo empezamos a seguir, pensando que vivía en Providencia y que en cualquier momento entraría a un edificio. En cambio, se metió en un estacionamiento público subterráneo, al que lo seguimos, estacionándonos muy cerca de él. Milo y Gera se quedaron en el auto para que el inspector no los descubriera, mientras yo lo seguía después que se bajó del auto y salió caminando rápidamente. En la esquina se juntó con una mujer, a la que saludó con un beso en la cara y se vinieron conversando súper entusiasmados hasta aquí. Ahora están sentados en la terraza de ese café.

—Nosotras estamos en el mismo café, pero en el interior. Si sale el tipo, lo sigues, ¿bueno?

—Bueno —me dijo, mientras trataba de avistar a la pareja.

—Y acuérdate que después nos juntamos en mi casa.

—Me acuerdo, Ema, no te preocupí'.

Volví a mi asiento en la cafetería y les conté lo que estaba ocurriendo. Cuando dirigimos la mirada hacia el otro extremo de la cafetería, nos dimos cuenta que, sentado al lado de un gran ventanal estaba el inspector general, charlando animadamente con una mujer joven, de uno veinticinco años, melena rubia, piel bronceada, que vestía un traje sastre color marrón y que me resultaba familiar. Ella le sonreía, mostrando una dentadura perfectamente blanca,

al tiempo que ponía una de sus manos, llenas de anillos, sobre la mesa, la que el inspector tomó cariñosamente.

—Esa mina trabaja en el Banco Nacional —dijo Cote, mientras se paraba de su lugar y corría la silla junto a mí, para tener una mejor visual.

—¿Cómo sabes? —le pregunté, con la carta tapándome la cara y dejando únicamente mis ojos descubiertos. Estaba aterrada de solo pensar que el Bustos mirara hacia el interior del café y nos descubriera.

—Fácil, po' Ema, usa el mismo uniforme que la mamá de Rodrigo —Cote me hizo recordar dónde había visto antes ese atuendo.

Se nos acercó una garzona, a quien rápidamente pedimos unos pasteles de amapolas con una bebida, pero no le entregamos las cartas, que necesitábamos para cubrirnos los rostros.

Continuamos con la observación. El inspector general se veía muy a gusto con la mujer, se reían, se acariciaban las manos y conversaban de buena gana. De pronto, el hombre levantó la mano para pedir la cuenta. La garzona le presentó el vale en una bandejita plateada, el inspector puso un billete sobre ésta y, acto seguido, se paró de su asiento, ayudando a la mujer a ponerse un abrigo también marrón y salieron caminando presurosamente, pero como si fueran solo dos conocidos.

—¿Quién será ella? —preguntó Sofí, sacándose la carta del rostro, pues ya no necesitaba ocultarse.

—Maxi dice que al parecer son amigos, porque se saludaron de beso en la esquina.

—Puede ser o puede que no. —Cote movía la cabeza dubitativamente.

Terminamos nuestros pasteles y nos dirigimos nuevamente a las afueras del banco. No vimos a la mamá de Rodrigo, ni tampoco a la mujer del café, pero sí pudimos confirmar que trabajaba allí, pues vimos entrar a más de una funcionaria vistiendo el mismo traje marrón.

Regresamos al departamento como a las cuatro de la tarde, pero de nuestros amigos, ni luces. Yo estaba un poco preocupada, porque mamá regresa a las cinco a casa y no quería que nos viera tramando algo extraño. Nos quitamos los disfraces y nos pusimos los uniformes de colegio. Le escribí una nota a mamá, diciéndole que había salido con los chicos a la Plaza Egaña y les mandé un mensaje de texto a mis amigos, para que nos encontráramos en ese lugar.

La tarde estaba horrible, hacía un frío tremendo y ya eran más de las cinco y media sin que tuviéramos noticias de nuestros amigos. Los esperábamos sentadas en los bordes de la jardinera, al lado de la entrada al Metro, con las mochilas de los chicos apiladas a nuestros pies.

—Oye, Ema ¿es medio raro tu amigo Maxi? —me dijo Cote, de sopetón.

—No, es de lo más normal —le respondí, un poco molesta por la pregunta.

–Es que es como amanerado –insistió.  
 –¿Y eso te molesta?  
 –Me da lo mismo, yo decía no más.  
 –Mira, Cote, mi amigo es gay, no es raro.  
 –Ah.  
 –¿Te molesta que sea gay? –Estaba empezando a enojarme.  
 –No, ¿por qué me molestaría?, era un comentario.  
 –Un poco mala leche tu comentario.  
 –Na' que ver, si él es gay, me da lo mismo, yo decía no más.  
 –Yo siempre he querido tener un amigo gay –Sofí parecía entusiasmada con la confesión–. Me han dicho que son súper derechos y de buena tela.  
 –A mí me han dicho lo mismo; también me gustaría tener un amigo gay, como esos que aparecen en las películas, que siempre son los confidentes de la protagonista y la ayudan en todo –dijo Cote.  
 –Qué bueno que tengan esa opinión, porque si lo molestan se las van a tener que ver conmigo –les advertí.  
 –Eri' perseguí'a, Ema –Cote me quedó mirando.  
 –Perdona, pero el pobre Maxi lo ha pasado pésimo con esto de darse cuenta que es gay. Sus compañeros de colegio le han hecho la vida imposible y hasta su mamá no acepta su condición.  
 –Chuta, que mala onda... –Cote pretendía seguir hablando, pero en ese momento se detuvo un pequeño auto rojo en Irarrázaval, del que descendieron nuestros cómplices.

Eran las seis de la tarde, comenzaba a oscurecer y el frío se sentía mucho más intenso, al punto de salir vapor de nuestras bocas cada vez que hablábamos.  
 –¿Por qué se demoraron tanto? –Cote se paró del borde de la jardinera, al llegar los chicos.  
 –Porque hacemos bien la pega, po' –respondió Maxi, mientras se refregaba las manos para hacerlas entrar en calor.  
 –Cuenten todo –les ordené.  
 Los chicos se pararon ante nosotras y tomaron sus mochilas para colgarlas en sus hombros. Maxi comenzó a hablar con esa voz delicada que antes lo había puesto en evidencia ante mis amigos.  
 –El tipo y la mujer se encaminaron como si nada hasta el Metro, se subieron a un tren con dirección poniente, pero solo viajaron en él durante tres estaciones. Se bajaron en la estación Salvador, caminaron hacia la cordillera, doblaron en la calle Huelén y, apenas unos metros más al sur, entraron en un edificio. Yo llamé por celu a los chiquillos; estos llegaron en el auto, en el que nos quedamos esperando como dos horas, hasta que nuestros vigilados salieron del edificio. La mujer tomó el Metro y el tipo tomó un taxi, que lo llevó al estacionamiento donde había dejado su auto.  
 –¿A lo mejor vive en esa calle que nombraste? –lo interrumpió Sofí.  
 –No creo, porque el Bustos bajó por Providencia y dobló en Manuel Montt, siguió derecho hasta una callecita en la esquina del Tavelli, dobló nuevamente, deteniéndose frente

a una casa un poco antigua, de pintura blanca desteñida. Tocó la bocina y salió a recibirlo una mujer acompañada de un niño de unos tres años, que no era la misma que habíamos visto antes saliendo del edificio. El Bustos guardó el auto en la cochera, se bajó y saludó con un abrazo al niño y con un beso en la boca a la mujer –Gera parecía haber quedado sin aliento.

–Yo les saqué una foto con mi celular cuando estaban en el café –dijo Cote, triunfante.

–No eres la única que piensa. Nosotros también le tomamos una foto al salir del edificio y otra al llegar a esa casa –dijo Gera, perpicaz.

–¿Quién será la esa mujer? –Yo me había quedado pensando en el encuentro del que habíamos sido testigos.

–No es por ser mal hablada, pero está clarito que no es su esposa. –Cote, que ya no resistía el frío, comenzó a dar pequeños saltitos.

–Debe ser una amiga –Sofí habló con inocencia.

–¿Amiga? No creo –insistió Cote, siempre mal pensada.

–Para ser justos, yo no vi que hicieran nada raro –agregó Gera.

–¿Qué habrá en ese edificio al que entraron?

–No tengo idea, afuera no había ningún letrero, solo el número 34 –nos aclaró Milo.

–Vamos a tu casa y buscamos esa dirección en Internet, a ver si sale algo –se le ocurrió a Sofí, pero mi casa no era un buen lugar, con mi mamá y Nico dando vueltas.

–Mejor, vamos al ciber de Vespucio –dijo, decidida, emprendiendo la marcha con el grupo.

Caminamos la media cuadra hasta llegar al ciber, arrendamos un computador y los seis nos amontonamos en el último de la fila de equipos, para estar más tranquilos. Gerardo entró al Google e ingresó “Huelén 34” en la barra de búsqueda. Ante nuestros ojos se desplegó el resultado: “Motel Huelén 34, Providencia, discreto y confiable”.

–Está clarito, la mina rubia es su amante y fueron a un motel –dijo Cote, en medio de una sonrisa de satisfacción.

–¿Tú lo pensai? –Milo la miró incrédulo.

–Estoy segura, nadie va con una amiga a un motel.

–Entonces, eso es lo que sabe la mamá de Rodrigo. –De pronto entendí todo: el Bustos engaña a su señora con la mujer que trabaja en el mismo banco que la vieja loca, y claro, lo está amenazando con contárselo a su esposa si no hace lo que ella ordena.

Permanecemos absortos unos minutos. Hubiéramos querido decir mil cosas, pero era tarde y debíamos regresar a nuestras casas. Cote, Gera y Maxi tomaron un micro. Sofí caminó sola rumbo a su casa y Milo me acompañó hasta las afueras de mi edificio.

–¿Pensaste ya en qué haremos? –me preguntó mi amigo, antes de despedirnos.

–No, y no puedo pensar ahora, tengo que escribir un par de hojas con lo que me ha pasado en el colegio para entregárselo mañana a la sicóloga. Después podré pensar.

Al entrar en el departamento, mamá me esperaba sentada en el sofá, con un papel en la mano. Me miró con pena.

–¿Qué onda, por qué esa cara? –tiré mi mochila al suelo y me senté a su lado.

–Llegó esto –me pasó el papel y el mundo se me derrumbó nuevamente.

–“Citación a Consejo Estudiantil para el día viernes 7 de julio a las 16:00 horas” –leí en voz alta, al tiempo que sentí una punzada en la guata y la cara me empezaba a arder.

–Mi vida, no te preocupes, estoy segura que todo saldrá bien. Yo te voy a proteger toda la vida –mamá me abrazó.

–Tranquila, mamá, que sea lo que tenga que ser. –Le di un beso en la cara, tomé la mochila y me fui a mi dormitorio ante la mirada sorprendida de mi madre.

Mentiría si dijera que no me preocupa el Consejo, la verdad es que me tiene los pelos de punta. Me siento tan insignificante como si yo fuera David y el colegio, Goliat. Aunque lo que habíamos descubierto hoy podría servirme como una honda para tratar de aturdir al gigante, éste, a diferencia del bíblico, no aceptará su derrota y va a pelear, porque es mucho más poderoso que yo.

Estuve pensando un rato en mis posibilidades de defensa, luego me tendí por quince minutos en la cama para despejar mi mente y me dediqué a escribir lo que me Ivonne me había pedido.

**Martes 4 de julio.**

Inglés: 7,0.

Hoy no tenía ganas de nada; parecía un alma en pena deambulando por los rincones del departamento, sin ganas de contestar el teléfono ni meterme a Internet. Mis amigos insisten en que todo resultará bien y que saldré triunfante del Consejo. No comparto su optimismo, porque tengo una pésima corazonada.

Por suerte ya no tengo que estudiar para ninguna prueba, pues imagino que con lo neurótica que quedé después de saber que tengo citación al Consejo el día viernes, se me haría imposible poder aprender cualquier cosa. Solo nos queda Arte, que es un trabajo en clases, y Educación Física.

Tenía ganas de salir del departamento, donde todo me incita a pensar en mi desgracia inminente. A eso de las tres de la tarde, como el día era soleado, decidí ir a ver a la Normi, pensando que quizás caminar las pocas cuadras que me separan de su casa ayudaría a despejar mi mente. Tomé el teléfono para anunciar mi visita y emprendí la marcha.

–Mi chiquilla, por fin se acordó de esta vieja que tenía tan botada –la Normi me recibió en la puerta de su casa con un gran beso.

–Hola, Normi –le respondí el saludo y entré, para luego abalanzarme sobre el sofá.

–¿Qué pasa, por qué esa carita? –Mi abuela se sentó a mi lado.

—¿Tú sabes lo del Consejo Estudiantil? —No sé por qué le hice esta pregunta, pues mi mamá le cuenta todo a mi abuela y con ella es casi imposible mantener un secreto.

—Algo me ha contado la Isabelita. —La Normi se acomodó en su asiento y tomó mis manos entre las de ella.

—Bueno, llegó una citación para el viernes, a las cuatro, y me tinca que no saldré bien parada.

—No digas eso, mi hijita, que yo he estado rezando harto para que todo salga bien, y tú sabes que el de arriba no me falla nunca. —La quedé mirando, deseando con todas mis fuerzas poder tener un poquito de su fe.

—Chuta, abuela, no sé si el de arriba pueda con el Consejo.

—Tienes que tener fe —sentenció.

—Es que no sé qué hacer, la señora que originó todos los problemas, y que es la presidenta del Centro de Padres, me quiere hacer la vida imposible. Con mis amigos descubrimos que está chantajeando al Inspector General para que me echen del colegio, y creo que tiene todas las de ganar.

—¿Cómo es eso? No entiendo. —Mi abuela se acomodó nuevamente en el sofá.

—Lo que te digo, ella sabe algo muy feo del inspector y nosotros escuchamos cuando la mujer le dijo que si no me sacaba del colegio, ella lo diría todo.

—Mmm, bueno, así la cosa se ve harto fea.

—Sí, po' y no sé qué hacer, estoy muy confundida. Mis amigos insisten en que tengo que hablar con el inspector

y decirle lo que descubrimos, que sabemos que lo están chantajeando y que si se le ocurre expulsarme lo diremos todo. Pero, Normi, yo no sirvo para eso.

—¿Sabes?, me acordé de algo —mi abuela puso su típica cara de cuento, que tanto me gusta —: antes que tu abuelo jubilara, en la empresa trabajaba un chiquillo bien simpático, que conocí porque una vez le traje a José unos documentos aquí, a la casa. Al chico lo querían despedir del trabajo, pues los negocios no andaban bien y necesitaban reducir el personal, pero tenían que pagarle una indemnización muy grande. Primero le pidieron que renunciara, lo que no aceptó porque perdería todos sus años de servicio; entonces le hicieron una trampa horrible, acusándolo de robar y lo echaron por eso. Yo me acuerdo que el chiquillo fue a la Inspección del Trabajo, alegó y alegó que él no era un ladrón, pero no sacó nada, y se fue de la empresa sin que le pagaran ni un solo peso de lo que le correspondía y, más encima, en su finiquito aparecía como causal de despido el robo.

—Gracias, Normi, no sabes cuanto me animan tus palabras —le dije, algo sarcástica.

—Lo que quiero decirte, Emita, es que las personas a veces son muy malas, inescrupulosas, y hacen lo que sea para lograr lo que quieren, sin importarles cuánto dañen a los demás si se trata de plata, poder o ideales mal entendidos; no les importa mentir, confabularse contra de un empleado o de una pobre chiquilla como tú, o de un grupo de gente que no tiene la misma religión o el mismo ideal político...

Si tú supieras cuantas injusticias se han cometido, Emita... Mi amor, de verdad daría mi vida para que nada de esto te estuviera pasando, pero también es cierto que sea lo que sea que pase en ese Consejo, te servirá para el resto de tu vida, porque esto ocurre en los colegios, en las empresas, en los partidos políticos, en todas partes. Chiquilla, si te echan del colegio, ellos se lo pierden, y si te quedas, tendrás una lucha permanente. Se te viene complicada la cosa, pero tienes la suerte de tener unos amigos incondicionales y una familia que te adora y que estará siempre contigo.

Tomé onces con la Normi y luego regresé a casa, pensando en la historia que me había contado. No quiero ser como ese hombre al que despidieron del trabajo acusándolo de robo, para no pagarle la indemnización; no quiero quedarme tranquila sin defenderme, pero tampoco sé si quiero seguir en un colegio con esa mujer venenosa rondando en sus pasillos.

Ayer me desvelé pensando en cómo utilizar en mi defensa lo que sabemos de la aventura de Bustos, pero me resisto a convertirme en una chantajista, lo que me haría igual a la mamá de Rodrigo. Eso no lo quiero.

### *Miércoles 5 de junio.*

Física: 6,6.

Hoy, gracias a esta espera agónica de la llegada del viernes, maldito viernes, trabajé como autómatas para la nota de

Arte. Ni mis amigos ni yo queríamos referirnos al asunto. A la salida Cote se me acercó.

—Tengo una idea —me dijo bajito, como si intentara reavivar mi entusiasmo en la venganza.

—No quiero hacer nada, Cote —le dije y me fui sin esperar a los chicos.

En el departamento me recibió Carmen con un beso sonoro y una súbita mirada de serenidad.

—Ven, gatita, quiero decirte algo —me tomó de una mano y me arrastró a la cocina.

—¿Qué pasa, Carmen? —le pregunté, desganada.

—Vine con el Maxi, pero lo mandé a comprar. —Nos sentamos en el desayunoador—. Gracias —me dijo, mientras me acariciaba las manos.

—¿De qué?

—¿Sabes, gatita?, a veces las mamás somos re brutas y necesitamos que alguien nos diga las cosas pa' que nos demos cuenta que la estamos embarrando.

—No entiendo.

—Estuve pensando en lo que me dijiste del Maxi, sobre si daba lo mismo si era gay o no, que era mi hijo y eso bastaba para quererlo igual. Hiciste que me diera cuenta de todo el daño que le estaba haciendo a él y a mí misma.

—Qué bueno, po' Carmen, algo que salga bien. Pero le tienes que decir eso al Maxi, no a mí.

—Anoche hablamos harto rato y parece que teníai' razón, los dos lloramos como estúpidos. Me contó los miedos que

tenía, que quería ser feliz, pero que no sabía cómo, y un montón de cosas más.

—De verdad, Carmen, me alegro un mundo. Si lo apoyas, Maxi volverá al colegio y, cómo sabes, capaz que hasta entre a la universidad.

—Sí, me juró que se va a esforzar. Anoche también llamé al Juan, me puse en las colorá' con él y le dije que tenía que estar con su hijo fuera como fuera.

—¿Y?

—Me fue mal, no quiere saber na' del Maxi; me dijo que él no tenía hijos maricas, que prefería al Maxi muerto que fletó, me sentí muy mal, gatita. Me quedé pensando hartó rato, ¿sabí' qué si el Juan no quiere nada con mi hijo no importa, con lo que yo lo amo basta y sobra, ya vái a ver: vamos a ir pa' lante los tres solitos... ya vái a ver.

No sé por qué me puse a llorar como tonta, lloraba y lloraba sin poder detenerme. Carmen se paró y me llevó un vaso de agua con azúcar, pero la pena no se me quitaba con nada. En eso sonó el timbre y mi nana fue a abrirle la puerta a Maxi, mientras yo seguía sin poder contener mis lágrimas.

—¿Qué onda, Ema? —me preguntó el Maxi, después de hacerle una seña a su mamá para que nos dejaran solos.

—Estoy contenta porque te arreglaste con la Carmen —le dije con hipo.

—¿Y por eso llorái'? —Maxi se había sentado en la banqueta, a mi lado.

—No

Le conté a Maxi que no sabía qué hacer para defenderme en el Consejo, que lo que habíamos descubierto el lunes no me serviría de nada y que estaba segura que me cancelarían la matrícula para el próximo año.

—Pero tu mamá te va a defender —me consoló.

—No estoy segura que eso resulte.

—Ema, escúchame, no sufrái' por las cosas que no han pasado, no vale la pena. Cuando estí' en el Consejo vái' a saber qué decir y qué hacer. Quédate tranquila, no estái' sola.

“No estás sola”. Toda la tarde pensé en la frase de Maxi. Me sentí mejor al recordar lo que mis amigos han hecho por mí y me di ánimos para continuar luchando.

### ***Viernes 7 de julio.***

Hoy me desperté tempranísimo, aunque, en realidad, casi no pude dormir en la noche. Estaba tan nerviosa, que cada vez que cerraba los ojos se me aparecía la imagen del Consejo.

Mamá y yo llegamos al colegio quince minutos antes de las cuatro de la tarde, siendo las primeras en cruzar la puerta de vidrio de la recepción y sentarnos en sus sillones a esperar. Un par de minutos después entraron Teresita y su mamá; la chica me dio una mirada mansa y luego se dio vuelta para observar por la ventana los estacionamientos. La señora, alta y rubia, se veía nerviosa, pues no paraba de enrollar la boleta que tenía en la mano, Diez minutos antes de las cua-

tro ingresó Rodrigo con la vieja loca. La mujer caminó con seguridad hasta el mesón de la recepción, sonriendo, como si estuviera en la antesala de una fiesta, mientras mi ex fue incapaz de mirarme, ubicándose al lado de Teresita. Podía escuchar sus murmullos, pero no descifrar lo que decían.

Colomba y su padre llegaron apenas un minuto antes de las cuatro; el hombre, como siempre, hablando por celular, sin prestar mayor atención a lo que sucedía en su entorno. La niña con la que me había agarrado de las mechas se detuvo frente a mí, lanzándome una sonrisa cínica, para luego sentarse a mi lado.

—Me las vái' a pagar todas —me dijo al oído.

—Gracias, Colomba, de verdad —le respondí, con una sonrisa exagerada. La chica me quedó mirando, confundida, se levantó del asiento y se acercó a conversar con Teresita y Rodrigo.

Al igual que hace un mes, el inspector general bajó las escaleras que conducen a la administración a las cuatro en punto, nos saludó con amabilidad y nos condujo hacia el mismo salón donde habíamos estado anteriormente, con nosotras al final de la fila.

—¡Ema! —escuché que me llamaban a la distancia; giré la cabeza y vi a mis amigos acercándose presurosos por el pasillo.

—¿Qué hacen aquí? —me detuve en la puerta de entrada al salón, cuando los demás involucrados en el conflicto ya habían entrado, incluso mamá.

—No te vamos a dejar sola. —Sofí me dio un abrazo y el resto de mis amigos la imitaron.

Entré al salón sintiéndome extrañamente segura: la presencia de mis amigos me incitaba a no dejarme apabullar. Busqué a mi madre entre los asistentes ubicados frente a la mesa del Consejo. La ubiqué en la primera fila, al lado de los ventanales, y me instalé presurosa a su lado, al tiempo que Milo, Gera, Cote y Sofí se sentaron detrás de nosotras. Como la vez anterior, Colomba, Teresita y Rodrigo, con sus respectivos apoderados, se acomodaron en los asientos cercanos a la puerta de entrada. Al verlos, me daban la impresión de ser un batallón infranqueable, atrincherados para dar la pelea, sin importar las víctimas que dejaran en el camino.

El inspector general, de pie ante el Consejo, comenzó su discurso aprendido y plagado de formalismos.

—Señoras y señores del Consejo, apoderados, alumnos. Nos hemos reunido hoy para continuar con el proceso investigativo y sancionatorio en el caso de hechos de violencia física entre las alumnas Colomba González, Ema Schulz y los involucrados colaterales Teresita Pacheco y Rodrigo Ceballos. Habiendo verificado que todos ellos se encuentran presentes, procedemos a abrir la cesión. —El hombre se sentó.

—¡Señor Bustos! —la mamá de Rodrigo se paró de su asiento, con esa cara de simpatía forzada que me desagradaba tanto—, disculpe que lo interrumpa, pero me he podido

percatar que en el salón se encuentran alumnos que no tienen nada que ver con el conflicto. –La mujer se dio vuelta y quedó mirando fijamente a mis amigos, cosa que también hizo el resto de los asistentes.

–Los alumnos que no están involucrados en el Consejo, hagan el favor de retirarse. –El inspector general se puso nuevamente de pie, dirigiéndose a mis amigos.

–¿Por qué? –preguntó Cote, con tono de inocencia.

–Porque solamente pueden estar en este salón las personas citadas, así que retírense, por favor –insistió el inspector, mientras la mamá de Rodrigo sonreía satisfecha.

–¡Señor Bustos! –Gerardo levantó la mano para pedir la palabra. El hombre le hizo un gesto para que hablara antes de salir–. Gracias, señor, he estado revisando el reglamento interno del colegio –nuestro amigo abanicó el cuadernillo en cuestión–, el que en el punto 1 de la página 20 titulada “Procedimiento del Consejo Estudiantil”, señala lo que paso a leer: “El Consejo Estudiantil es un procedimiento investigativo y sancionatorio entre las partes en conflicto, siendo éste un acto público para garantizar su transparencia”. Entiendo, señor, que ‘público’ quiere decir que no se le puede negar la entrada a ningún miembro de la comunidad escolar que quiera ser observador del proceso o que crea tener antecedentes relevantes que aportar.

Gerardo se quedó de pie a la espera que el rector y el inspector leyeran el reglamento. Los miembros del

Consejo hablaron entre ellos por unos minutos, mientras la mamá de Rodrigo se dirigía molesta a los otros apoderados.

–Efectivamente, hemos revisado el punto señalado por el alumno y él se encuentra en lo cierto. Pueden quedarse.

Gerardo sonrió triunfante, me dio una palmadita afectuosa en la espalda y se sentó nuevamente.

–Paso a exponer los hechos –el inspector general se puso sus lentes, tomó entre las manos un fajo de hojas y leyó–: El día lunes seis de junio del presente año, siendo las once treinta de la mañana, las alumnas Ema Schulz y Colomba González se trezaron a golpes en la sala de clases del Primero Medio A. El inspector general se hizo presente en el lugar del hecho y, después de separar a las alumnas, conversó con ellas para enterarse de los motivos de la disputa. La señorita Schulz manifestó que comenzó la rencilla debido a que mientras se encontraba acompañada del señor Ceballos, las señoritas González y Pacheco la estaban grabando con un teléfono celular. Con el fin de aclarar los hechos, considerados graves en nuestro reglamento de disciplina, los miembros del Consejo llamarán a las partes para que nos den su versión y poder tomar la decisión más justa. –Me parecía estar en una corte, al lado de mi abogado y esposada, como se ve en las películas.

El inspector dejó los papeles sobre la mesa, se puso de pie y atravesó el salón hasta donde estaba Colomba. La miró fijo y ordenó:

—Señorita González, hágame el favor de acompañarme.

Colomba se paró de su asiento, mirando hacia todos lados con aparente nerviosismo, se estiró el chaleco y la falda azul marino, como si pudiera hacerla más larga. Caminó hasta la silla ubicada a un costado de la mesa del Consejo y se sentó. El señor Bustos se puso ante ella y comenzó el interrogatorio.

—Señorita González, ¿qué sucedió esa mañana del altercado?

—Bueno, estábamos en clases de matemática y el profesor se sintió mal, así que una inspectora y un compañero lo llevaron a la enfermería. El curso estaba súper tranquilo, haciendo los ejercicios que nos dejaron en la pizarra, y cuando Teresita y yo terminamos, nos paramos de nuestros puestos y nos pusimos a grabar a nuestros compañeros, para mostrarle a la señorita Tamara que somos ordenados; pero cuando pasamos grabando por el puesto de Ema, que estaba con su pololo de esa época...

—¿Con quién estaba? —la interrumpió el inspector.

—Con Rodrigo Ceballos. —Colomba lo miró tímidamente.

—¿Qué pasó? Continúe.

—Bueno, nosotras pasamos grabando por donde estaban ellos. Ema se enfureció, fijese que me quiso quitar el celular y, como no pudo, me comenzó a pegar. Yo no sabía qué hacer, nunca me había pasado algo así —relataba Colomba y yo me convencía cada vez más que era una mentirosa profesional. ¿Cómo podía distorsionar tanto las cosas? —Yo no le quería pegar, se lo juro, pero tuve que defenderme.

—¿Es verdad que usted y la señorita Pacheco hacía tiempo que estaban vigilando a la señorita Schulz y al señor Ceballos, a petición de la madre de este último? —preguntó el inspector.

—No, nada qué ver, son inventos de Ema. —Qué cínica, mentía sin ninguna dificultad.

—¿Por qué cree usted que la señorita Schulz se molestó tanto con la grabación?

—No sé.

—¿Tiene usted algo más que aportar?

—No.

—Regrese a su lugar, muchas gracias.

Colomba se paró de la silla y caminó coquetamente, para acomodarse al lado de su padre, que parecía no importarle mucho lo que pasaba, pues tecleaba concentradamente en su Blackberry.

El señor Bustos caminó nuevamente por el salón y se detuvo frente a mí.

—Señorita Schulz, acompañeme. —Me paré y camine hasta la silla.

Desde ese lugar, lamentablemente privilegiado, podía ver todo lo que hacían las demás personas. La mamá de Rodrigo parecía darle instrucciones al oído a su hijo. Teresita y su apoderado estaban tomados de la mano con cara de espanto. Mi mamá me miraba a la distancia, comiéndose las uñas, se veía asustada. Mis amigos observaban lo que ocurría sin hacer el menor ruido, mientras Gerardo anotaba todo en un cuaderno.

—Señorita Schulz, ¿qué ocurrió el día seis de junio del presente año a las once treinta de la mañana? —El inspector, de pie ante mí, me miraba fijamente.

—Las cosas no pasaron como dijo Colomba.

—¿Cuál es su versión de los hechos?

—Es verdad que el profesor de matemática se sintió mal y lo llevaron a la enfermería. No es por ser soplona, pero los chicos del curso apenas se vieron solos comenzaron a hacer desorden, jugando una pichanga en la sala, tirándose los estuches por la cabeza, gritando o, en el mejor de los casos, hablando. Mi compañera de puesto se fue a conversar con una amiga y en su lugar se sentó Rodrigo, que en ese tiempo era mi pololo. Nosotros no hacíamos desorden, solo hablábamos tomados de la mano. Rodrigo me dio un beso en la cara y cuando miré hacia el frente, vi a Colomba y a Teresita que nos grababan con un celular, solo a nosotros y a nadie más. Les pedí que pararan, pero Colomba contestó que no, porque le mostraría las imágenes a la mamá de mi pololo, que le había prohibido a Rodrigo juntarse conmigo. Es verdad que me enojé mucho e intenté quitarle el aparato, pero no pude porque Teresita salió corriendo, llevándose. También es verdad que no pude contener mi rabia y le pegué a Colomba, porque no daba más con todo lo que ella me estaba haciendo.

—¿Podría ser más clara? ¿A qué se refiere con que “no daba más con lo que ella le estaba haciendo”?

Me quede mirando a la audiencia en silencio, preguntándome si debía contar todo o dejar las cosas como estaban. De pronto, mis ojos se detuvieron en el rostro de mamá: “cuenta todo” leí en sus labios mudos, que parecían orientarme a la distancia. Me di valor y continué:

—Desde hacia un tiempo, Colomba andaba hablando cosas malas de mí en el curso y con todos quienes estuviera dispuestos a escucharla. Se dedicó a difamarme diciendo que era una suelta, una puta, y cada vez que podía me molestaba con eso. Al principio intenté no hacerle caso, defenderme como pudiera, pero sin golpes, solo pidiéndole que se callara, que no hablara tonteras que no eran ciertas. Colomba y Teresita me seguían todo el tiempo: si iba al baño, allí estaban ellas, en el casino, en el patio, en el quiosco; siempre tras de mí, vigilando mis pasos, para luego contarle a la mamá de Rodrigo si hablaba, abrazaba o simplemente me sentaba al lado de él. —Me puse a llorar como tonta; el inspector tomó un vaso de agua y me lo pasó.

—¿Por qué le contaban todo a la mamá del señor Ceballos?

Di un último sollozo, sequé mis lágrimas con el puño de mi chaleco, miré la cara molesta de la mujer causante de mis problemas, y me decidí a contar todo.

—Porque la señora Claudia se los pidió. —Me quedé callada.

—¿Por qué?

—Porque la mamá de Rodrigo encontró una conversación nuestra por chat y no le gustó lo que decía.

—¿Usted hablaba mal de la señora?

—No, yo casi no escribí, fue Rodrigo quien me propuso que cuando nos juntáramos nuevamente nos acariciáramos, que tenía ganas de tocarme. Yo nunca manifesté que quería hacer lo mismo, pero la señora Claudia se molestó mucho y le dijo a mi pololo que yo era una chiquilla suelta y sucia, y que no quería que siguiéramos juntos. Yo creo que ella pensaba que Rodrigo no iba a terminar conmigo, y por eso llamó a las amigas de mi ex pololo, Colomba y Teresita, para que le informaran todo lo que hacíamos, y ellas se tomaron muy en serio la misión. Me hicieron la vida imposible, usted no se imagina lo terrible que es saber que todo el curso murmura cosas malas de una y cuando nos grabaron, me imaginé que a Rodrigo lo sacarían del colegio para que se alejara de mí y ya no soporté más las humillaciones.

—Si lo estaba pasando tan mal, ¿por qué no se acercó a mí o a otra autoridad del colegio para denunciar la situación?

—Tenía vergüenza; a esas alturas ya me había convencido que era una niña suelta y sucia.

—Y prefirió pegarle a la señorita González. ¿Sabe usted que eso está prohibido en el colegio y que es causal de expulsión?

—Sí, pero no lo pensé en ese momento.

—Muy mal hecho, pues, señorita Schulz. ¿Tiene algo más que agregar?

—Yo sé que estuvo mal no decirle a mi mamá ni a ustedes lo que me estaba pasando, también sé que actué mal al pegarle a Colomba, pero ella también hizo cosas malas; habló mal de mí, me insultó y me grabó sin mi autorización.

—Ya lo sabemos, señorita. Puede volver a su lugar.

Regresé a mi puesto, vi en mi reloj de pulsera que faltaban veinte minutos para las seis y parecía que el Consejo no tenía para cuando terminar.

—Señorita Pacheco, acérquese por favor—dijo el inspector desde la testera del salón.

Teresita se levantó de su asiento, le dio una mirada asustada a su madre y caminó como tiritando hasta la silla.

—Señorita Pacheco, ¿es verdad que la mamá del señor Ceballos le pidió a usted y a la señorita González vigilar a la señorita Schulz y a su pololo?

Teresita, sentada en la silla, miraba fijamente a la mamá de mi ex. Intentó hablar, no le salieron las palabras y se puso a llorar como una Magdalena. El inspector le acercó un vaso de agua, que bebió presurosa.

—Señorita Pacheco, responda la pregunta—insistió el inspector.

—Es que no puedo—dijo sollozando.

—¿Por qué no puede?, ¿no se acuerda de ello?

—Es que juré que no diría nada.

—Veamos—el inspector se quedó pensando por unos segundos—. ¿Usted juró que no diría que le pidieron vigilar a la señorita Schulz y al señor Ceballos?—Teresita asintió con la cabeza y siguió llorando con más ganas—. Regrese a su puesto.

El señor Bustos tomó su lugar en la gran mesa donde estaban los demás integrantes del Consejo: el rector, la representante del Centro de Padres, el representante del

Centro de Alumnos y mi profesora jefe. Tomó nuevamente los papeles, mientras hacía comentarios inaudibles.

–Señora Claudia Salazar, ¿puede acercarse, por favor? –pidió desde su asiento.

La mamá de Rodrigo se paró y caminó con toda calma hasta llegar a la silla, se acarició el pelo rojizo y sonrió algo nerviosa.

–Señora Salazar ¿me puede explicar por qué hizo que vigilaran a la señorita Schulz y a su hijo? –el hombre la miró con los ojos muy abiertos.

–Yo no pedí que vigilaran a Ema, solo a mi hijo. Estoy en mi derecho, además sé lo que es mejor para él.

–¿Admite entonces que le pidió a la señorita González y a la señorita Pacheco que los vigilaran? –insistió el inspector.

–Mi marido y yo le quitamos el permiso para pololear a mi hijo y lo único que quería era asegurarme que no se juntara con Ema, que no era una buena influencia para Rodrigo. No tenían una relación sana, pues pensaban en hacer cosas que no corresponden a su edad y eso yo no lo iba a permitir. Usted tiene hijos, así que me imagino que se puede poner en mi lugar.

–Yo la entiendo, señora, pero si estaba tan preocupada, suponemos que habló con la madre de la señorita Schulz. ¿Lo hizo?

–No

–¿Por qué?

–Yo no conozco las costumbres de esa familia: la chica es hija de padres separados y, quizás, para ellos eso es normal

–dijo, con desprecio–. Nosotros somos una familia bien constituida, muy apegada a la moralidad, y no queremos que Rodrigo se vincule con personas que lo perjudican en su desarrollo personal. Usted me entiende.

–No, no la entiendo. Usted debió hablar con la madre de la señorita Schulz y no armar conflictos entre los compañeros, y así nos hubiéramos ahorrado este Consejo. ¿Usted tiene la conversación de chat que se mencionó?

–No, la borré. Para nosotros fue muy fuerte ver lo que la niña escribió allí...

–¿Por qué mente, señora? Yo no escribí nada, nada, solo puse yaaaaaa, nada más. Fue su hijo quien hizo las proposiciones –me paré de mi asiento y la interrumpí; no estaba dispuesta a permitir que la vieja siguiera contando las cosas como se le ocurrieran.

–Señorita Schulz, cálmese por favor –dijo el inspector, casi gritando.

–No puedo callarme, no pienso callarme, ella no dice la verdad, porque si fuera así, que yo le propuse cosas a Rodrigo, hubiera guardado la conversación de chat. No lo hizo para poder armar este escándalo.

–¡Cállese, señorita! –El inspector se veía enojado.

Mi mamá me tomó de la mano y me obligó a sentarme. Se puso de pie, levantó la mano y, sin esperar que le dieran la palabra, se dirigió al inspector:

–Señor Bustos, esto parece chacota, yo le creo a mi hija, porque ella no tiene ningún motivo para mentirme.

Además, vi lo mal que estuvo todo ese tiempo en que fue presa de insultos y habladurías propiciadas por la presidenta del Centro de Padres, que piensa que por ser hija de padres separados es una niña de costumbres cuestionables. Sepan ustedes que Ema ha sido educada con grandes valores. A todos nos quedó claro por qué Ema le pegó a Colomba, el punto aquí es que se sopesen las atenuantes de la falta de mi hija, que fue llevada al límite de su paciencia. Ema pegó el primer golpe, pero eso fue después de que se cansara de ser objeto de insultos y malos tratos, incitados por un adulto en un curso de adolescentes. Ella no es más responsable que Colomba de lo que pasó. Y si lo analizamos bien, las dos chicas fueron víctimas de la apoderada que tiene sentada adelante.

Mi mamá terminó de hablar y se produjo un alboroto en que todos comentaban lo sucedido, pero sin ponerse de acuerdo en nada.

—¡Silencio! —gritó el inspector—. Señora Isabel, su hija cometió una falta grave y tendrá que atenerse a las consecuencias de sus actos. Es la única forma en que aprenda a no andar por la vida solucionando sus problemas a golpes —vi una sonrisa en el rostro de la mamá de Rodrigo—. Creo conveniente que nos tomemos quince minutos para decidir las sanciones; ya tenemos todos los antecedentes a la vista.

Solo los integrantes del Consejo permanecieron en el salón. Mamá y yo caminamos por el pasillo hasta la recepción, donde también estaban Teresita, Colomba y Rodrigo con sus

apoderados. No me quise quedar allí, pues no tenía ganas de seguir viéndoles las caras, así que mientras mamá iba al baño, mis amigos y yo nos dirigimos al jardín, que está hacia la salida del colegio.

—Gracias por acompañarme — dije a los chicos.

—Siempre contigo, Ema —respondió Milo, mientras me daba un abrazo.

—Estoy segura que me van a cancelar la matrícula para el próximo año, y la vieja se va a salir con la suya.

—Tranquila, Ema, toma las fotos que le sacamos al Bustos y que yo imprimí —Cote me pasó dos hojas dobladas—. Si ves que la cosa se pone peor, cuentas todo lo que vimos y nosotros te serviremos de testigos.

—Gracias Cote, pero no —les dije y los chicos me quedaron mirando con cara rara.

—¿Por qué?, si esto te puede salvar —insistió Cote.

—Yo no soy como la mamá de Rodrigo, no ando chantageando a la gente para conseguir lo que quiero o creo justo. Dije todo lo que tenía que decir y los del Consejo verán si me creen o no.

—¡Está' loca, Ema! La vieja no puede seguir haciendo impunemente lo que se le ocurra en el colegio —me reclamó Gerardo—. Era una venganza ¿recuerdas?

—Entiende, Gerardo, yo no soy como ellos, no puedo ser como ellos.

Los quince minutos que el Consejo se tomó para decidir pasaron más rápido de lo que me hubiera gustado. Eran

las siete de la tarde cuando la recepcionista se asomó por la puerta de vidrio para llamarnos.

Todos volvimos a los mismos lugares que habíamos ocupado anteriormente. Nadie hablaba y se respiraba una atmósfera tensa. El inspector general distribuyó unas hojas, que firmaron cada uno de los integrantes del Consejo, y se dispuso a informar la decisión.

—Señores, hemos llegado a una decisión en este conflicto. El hombre carraspeó, se puso los lentes y se paró frente a la audiencia.

—Señor Rodrigo Ceballos, de pie por favor. —Mi ex se levantó de su lugar—. Aunque usted no tuvo participación directa en los hechos que el Consejo está sancionando, le aconsejamos, sin embargo, que en el futuro no mezcle los problemas personales con las actividades académicas. Se puede sentar.

—Gracias, señor Bustos —agradeció mi ex, con su hipocresía habitual.

—Señorita Teresita Pacheco, de pie por favor —la chica obedeció—. Usted ni nadie está facultada para difamar ni grabar a ningún miembro de la comunidad estudiantil, a no ser que obtenga su autorización. Sus actos son reprochables y, por lo tanto, queda suspendida por una semana a partir del día veinticuatro de julio, ¿entendido?

—Si señor —respondió, sin poder dejar de tiritar.

El inspector tomó otra hoja de la mesa, mientras yo no daba más de los nervios. La tortura no terminaba.

—Señorita Colomba González, de pie por favor. No puede grabar ni fotografiar a sus compañeros sin su autorización; tampoco puede espiarlos, y para que exista una pelea se necesitan por lo menos dos. Si un compañero la agrede, usted debe informarlo a los inspectores, sin devolver el golpe. Por decisión unánime, queda suspendida por dos semanas a partir del veinticuatro de julio, ¿entendido?

—Entendido —dijo Colomba, con cara de alivio.

—Señorita Ema Schulz, de pie por favor. —Me paré de la silla con un nudo en la guata—. Ante un problema como el vivido, usted debió acudir a las autoridades del colegio para que la ayudaran. Entendemos que fue víctima de un sinnúmero de situaciones lamentables, pero en el Colegio Americano están prohibidas las agresiones físicas, sin excepción. Siento mucho informarle que, por tres votos a favor y dos en contra, queda usted expulsada del colegio a partir de hoy. El lunes estarán disponibles sus documentos, para que busque otro establecimiento educacional —los ojos se me llenaron de lágrimas, pero me contuve—. ¿Entendido?

—Sí, pero quiero saber quienes votaron a favor y quienes en mi contra, es mi derecho —dije, sintiendo las miradas alegres del grupo de insidiosos que comenzó mi desastre.

—En contra de su expulsión votaron el representante del Centro de Alumnos y su profesora jefe. A favor, el rector, la representante del Centro de Padres y quien habla —me dijo serio.

—¿Eso quiere decir que usted decidió? —le pregunté, mientras pasaban mil cosas por mi cabeza.

–Yo solo voté, señorita –me contestó, mientras sentía los tirones en mi chaleco que me daban mis amigos sentados a mis espaldas.

–Vamos a ir al Ministerio –mi mamá se paró de su silla enfurecida–, lo que ustedes están haciendo no es justo –sus palabras se confundían en mi mente con los murmullos de la Cote, que insistía en que contara que sabíamos que el inspector estaba siendo chantajeado.

–Vaya donde quiera, señora, la decisión está tomada. –El hombre se escuchaba molesto.

–Claro que...

No dejé que mamá terminara la frase. Di unos pasos para quedar ante la mesa de los integrantes del Consejo. –Quiero decir algo –dije–. No es necesario que mi apoderado vaya al Ministerio, ni es necesario que les suplique que me dejen terminar el año en este colegio, porque la que no quiere seguir aquí soy yo, conviviendo con alumnos y apoderados que hacen lo imposible por conseguir lo que quieren a costo de hacer daño, de denigrar, de maquinan planes perversos, o con miembros de este Consejo que se ven obligados a tomar decisiones para ocultar yayitas de su vida personal. Señor Bustos, yo sé el motivo por el que usted votó a favor de mi expulsión, y mis amigos también están enterados de ello. Pero no se preocupe, no me interesa hacerlo público, ni me interesa arruinarle la vida como ustedes lo han hecho tan livianamente con la mía. Tome –le pasé doblada la foto en que aparecía saliendo

acompañado del motel, la que el hombre abrió con una expresión de pánico que no pudo disimular–. Le doy las gracias por obligarme a salir de esta mediocre comunidad.

Todos permanecieron en silencio; hasta el padre de Colomba dejó de lado su Blackberry para enterarse de lo que sucedía. Salí del salón sin mirar a nadie, acompañada de mis amigos y de mamá, que obviamente no entendía nada de lo que había pasado.

–¿Qué onda, Ema?... ¿Por qué no te defendiste? –Gera me miró con ojos tristes.

–No servía de nada decir lo que sabemos –le tomé las manos y le sonreí.

–No te entiendo, Ema, dejaste que te echaran, sin siquiera patear.

–Cote, dije todo lo que tenía que decir, no me guardé nada.

–Y ¿qué vái' a hacer ahora? –Sofi estaba apunto de ponerse a llorar.

–No tengo idea –respiré profundo, intentando llenar mis pulmones con ese aire frío que refrescaba mi mente–. Supongo que buscar un colegio que admita expulsadas –se me escapó una sonrisa sincera.

Los cuatro chicos me rodeaban. Unos metros más atrás, mi mamá hablaba por teléfono, sin dejar de mirarme. Fue tan extraño: me sentía libre, incluso algo contenta. La carga que me pesó por meses había desaparecido con la sentencia del Concejo Estudiantil.

Mi tranquilidad se quebró al ver pasar a Colomba acompañada de Rodrigo, quienes reían entusiasmados. Se detuvieron frente a nosotros y nos lanzaron una mirada triunfante.

–Te dije que me las íbai’ a pagar –dijo Colomba con altanería, al tiempo que acarició su cabello.

–Te dije, pendeja... –Cote intentó defenderme, pero yo la interrumpí.

–Gracias, Colomba, de todo corazón.

–Estáí’ mal de la cabeza, Ema, te echaron, ¿no cachaste?

–La chica se colgó del brazo de mi ex pololo–. Perdiste –me miró, levantando las cejas y luego sonrió.

Mis amigos ya no se podían contener, Cote estaba que le daba un golpe a la intrigante, mientras Sofí, Milo y Gerardo querían decirle unas cuantas cosas, lo que yo no permití.

–No, Colomba, no estoy mal de la cabeza. Te doy las gracias, porque gracias a ti ahora tengo dos nuevos amigos, que valen más que todo el oro del mundo.

La chica miró a mis amigos con cara descompuesta, sin saber qué hacer.

Me dirigí a mi ex, que aún estaba cerca:

–Y gracias a ti también, Rodrigo –mi ex se sorprendió al escuchar mis palabras–, ya que contigo aprendí a reconocer lo que no quiero en un pololo, y a que gracias a las intrigas de tu mamá pude darme cuenta del tipo de colegio en que estaba metida y del que me hubiera ido aunque no me echaran.

Mamá guardó el celular, caminó hacia la salida del colegio y me esperó en la vereda. Levantó una de sus manos haciéndome una seña para que la siguiera. Miré a mis amigos, como si estuviéramos solos en el mundo, le di un abrazo a cada uno de ellos, el que terminó con los cinco entrelazados llorando, como si fuéramos unos nenitos.

–Siempre contigo, Ema –dijo Milo, y el resto de mis amigos repitió la frase.

–Siempre juntos, chicos –les dije.

Me separé de sus brazos cálidos y sinceros, sorbeteé los mocos, que con tanto llanto ya no podía contener, limpié mis lágrimas con las mangas de la parka y caminé altiva al encuentro de mi madre. Al cruzar la reja que separa la calle del colegio, pude al fin respirar tranquila.